Emil Ludwig

Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin

Y un cuarto: Prusia

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO AYALA

Este singular opúsculo de uno de los más renombrados biógrafos del siglo XX, Emil Ludwig, fue publicado por primera vez en español en 1939, en una traducción preparada por Francisco Ayala en el Buenos Aires en que se había exiliado. Para su trabajo, Ayala se basó en los manuscritos originales del autor, a medida que éste los iba redactando. Hoy recuperamos este libro, en el que el lector se encontrará con la capacidad de análisis de un biógrafo que, ya en fecha temprana, es capaz de estudiar los mecanismos y motivaciones de determinados comportamientos que le son contemporáneos. Ludwig se había entrevistado con Mussolini y con Stalin, y esbozó para ellos sus retratos del natural. No sucedió lo mismo con Hitler, al que describió sin haberlo conocido. Especial interés tiene el último capítulo, en el que Ludwig busca el origen del militarismo alemán en el espíritu prusiano.

epublibre

Emil Ludwig

TRES DICTADORES: HITLER, MUSSOLINI Y STALIN. Y UN CUARTO: PRUSIA

ePub r1.1
orhi 21.04.2022

Título original: *Three portraits: Hitler, Mussolini, Stalin*
Emil Ludwig, 2011
Traducción: Francisco Ayala

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia

Prólogo

HITLER

I UN HISTÉRICO CREADOR DE HISTORIA

1

2

3

4

5

6

II HITLER ANTE LA JUSTICIA

III PRONÓSTICOS

MUSSOLINI

1

2

3

4

5

6

7

STALIN

1

2

3

4

5
6
UN CUARTO DICTADOR: PRUSIA
1
2
3
4
5
6
7
8
EPÍLOGO
Sobre el autor
Notas

(cualquier modificación/corrección realizada sobre la edición-papel se indica con fuente roja sobre fondo amarillo)

La palabra *libertad* suena tan bien que no se podría prescindir de ella aun cuando expresara un error.

GOETHE

Prólogo

Los retratos de contemporáneos no pueden respirar la paz que tratamos de dar a los cuadros del pasado. Historia contemporánea objetiva no es ni posible ni deseable. Las pasiones son precisamente lo que hace tan interesantes las exposiciones de Tucídides o Cicerón. Sin embargo, hay que distinguir entre exposición subjetiva y partido. Quien, como el que esto escribe, se sabe completamente desligado de todo partido e interés, puede esforzarse por alcanzar, aun en medio de la guerra, aquel grado de contemplación platónica que, en atención a su obra pasada, tienen derecho a esperar tanto los lectores como él mismo.

De los dictadores de Europa conozco a dos por conversaciones, y al tercero por descripciones. Estoy en contra de los tres, porque los tres están en contra de la libertad. A pesar de ello, sus caracteres me cautivan, como a todo el mundo, precisamente hoy en que una parte de nuestro destino depende de ellos. Por esto he controlado de manera constante mis concepciones, y en algunos puntos concretos me separo en estos retratos de otros que antes tracé de los mismos hombres. Después de la guerra todo el encanto de la dictadura que se ha apoderado del mundo actual, como se apoderó del mundo de ayer el encanto de la música de Wagner, desaparecerá en un momento.

Estas tres personalidades son tan distintas como sus fines. Pero su jerarquía respectiva es diversa si se atiende a la personalidad o si se atiende al fin perseguido. En las páginas que siguen podrá verse cómo, en cuanto a sus fines, Stalin es más interesante que

los otros dos; pero como personalidad, lo es Mussolini en cambio. El lector podrá contrastar sus propias impresiones con la exposición que aquí hago. Una obra de esta naturaleza estimula tanto a la contradicción como al asentimiento.

He agregado a Prusia, en calidad de un cuarto dictador, para arrojar a la discusión pública, cuanto antes, ciertas propuestas.

E. L.

Moscia (Suiza), noviembre de 1939

HITLER

Pensando en el pueblo alemán he encontrado frecuentemente con la mayor amargura que en su conjunto es tan mísero como es respetable en lo individual.

GOETHE

I
UN HISTÉRICO CREADOR DE HISTORIA

1

Entre todos los hombres célebres del presente no hay ninguno de aspecto tan insignificante como Adolfo Hitler. Roosevelt representa el mejor tipo del americano; nadie le tomaría por un francés, nadie le confundiría con un médico o un clérigo. Mussolini, con su cabeza de César romano, representa, tan pronto como hace su aparición, al dictador latino. La señorial cabeza de Edison delata en cada rasgo, a un tiempo, su nación y su espíritu. Churchill tiene toda la apariencia del hombre de Estado inglés. Incluso Stalin tiene una expresión muy personal.

Hitler, ni parece alemán ni un hombre de Estado, y ni lo más mínimo puede pasar por representante de la raza que ha divinizado. El más destacado higienista etnólogo de Alemania, Max von Gruber, profesor de la Universidad de Múnich, gran nacionalista, declaró como testigo ante los Tribunales en 1923: «Por primera vez vi entonces de cerca a Hitler. Rostro y cabeza de mala raza, mestizo, bajo, frente huidiza, nariz fea, pómulos anchos, ojos pequeños, pelo oscuro. Expresión del rostro, no de una persona que tiene pleno dominio de sí mismo, sino de un convulso demencial. Y en fin, la expresión de un satisfecho sentimiento de sí mismo».

Todo lo que su imagen, sus costumbres, su estilo, nos denuncian sería por completo trivial si no estuviera movido por este

convulso demencial que puso de relieve el sabio, única cosa que explica sus éxitos.

Un hombre patológico que, como es frecuente en la Historia, se ha empinado hacia un sentimiento de sí mismo mediante la exageración enfermiza de ciertos motivos, y que de él saca sus resoluciones y actos. Con este temperamento cálido, con esta proclividad a las locas empresas, se distingue por completo de Mussolini, que es frío y cínico. La vinculación, con frecuencia investigada, de genio y locura se hace clara en los momentos más fuertes de la vida de Adolfo Hitler. Le hace inimputable, y si después de una gran catástrofe hubiera de comparecer como acusado ante una Corte mundial de Justicia, se haría cuestionable si psiquiatras serios podrían declararle responsable. De aquí se deduce cuán poco significa un tratado con él o una promesa suya.

De su juventud pueden ya desprenderse los elementos capitales de su carácter inquieto y saltarín. Está lleno por el deseo apasionado de saltar sobre un mal punto de apoyo. No puede advertirse en él ni la voluntad de dicha tranquila. Ninguna especie de amor a nadie, padres, hermanas, mujeres, sino, por el contrario, odio apasionado contra todo lo que en el mundo es más valioso que él. Ya su padre malgastó toda su vida queriendo hacer olvidar su honrosa artesanía de zapatero y su condición de hijo habido fuera de matrimonio, y convertirse en un empleado con uniforme y gorra, con título y pensión. Se esforzó hasta su muerte —pequeño empleado aduanero bohemio— por representar algo en su pequeña ciudad, valer, ser alguien; incluso hizo desaparecer el nombre de su madre —se llamaba Schicklgruber—, y adoptó el nombre de su suegra. También sus tres matrimonios estuvieron impregnados del mismo deseo de poder ingresar en una mejor sociedad, tomando la primera vez como esposa a una muchacha de catorce años, y la tercera vez a una de veintitrés, que fue luego la madre de Hitler.

Así, el hijo heredó ya el resentimiento del padre. Pero en lugar de arrojarse con celo en los estudios que le hizo iniciar su madre a costa de grandes sacrificios, los interrumpió; primero, a los catorce años a causa de un padecimiento pulmonar, y luego sin causa alguna, y dejó transcurrir toda su juventud sin hacer siquiera el intento de apropiarse unos conocimientos, un oficio. «En la medida —escribe él mismo— en que las escuelas secundarias se alejaban, cuanto a materia docente y educación, de mi ideal, me hice íntimamente indiferente. Lo que por obstinación desaproveché en la escuela había de vengarse después de modo amargo». Declara en su libro que ya entonces no soportaba ninguna coacción para cierto orden del trabajo o ciertas tareas, sino que quería llegar a ser un artista libre, un pintor. «Bien —dijo la pobre madre—, vete a la Academia de Bellas Artes de Viena». Pero allí es rechazado por falta de talento, y después tampoco es admitido en una segunda prueba. Igualmente la Escuela de Arquitectura, donde entonces intentó ingresar, le rechazó, porque ni tenía un certificado escolar, ni tampoco demostró la gran capacidad que, según los reglamentos, hubiera podido suplir al certificado. La reprobación no hirió nunca su orgullo. Como entonces murió su madre, se quedó a la intemperie en Viena, sin medios ni conocimientos.

Durante cuatro años —la mejor época de la vida de un joven trabajador que quiere formarse— vivió Hitler sin realizar esfuerzos, sin una actividad, dependiendo de la simpatía de fundaciones ricas, en su mayor parte judías: primero en un asilo de vagabundos, y después en un Hogar para hombres; y esto, en 1900, es decir, en una época en que no había desocupados forzosos. A veces llevaba valijas a la estación para algunos pasajeros, a veces iba a limpiar la nieve. Recibía la comida en las cantinas para gente pobre, fundadas por el judío Barón Königswarter. Lo único que hacía para mantenerse era pintar pequeñas tarjetas postales o retratos según modelo, que un amigo suyo vendía para él a trafi-

cantes y en una tienda de muebles que los colocaba en el respaldo de los sofás.

El dibujante Hanisch, que fue amigo, durante casi un año, de Hitler, a la sazón de veinte años, y que le ayudaba en su venta, le ha descrito después en sus recuerdos amistosamente conservados; y entonces dibujó Hitler dos carteros, uno de los cuales, anegado en sudor, se sube un calcetín, mientras que el otro, a su lado, risueño, le recomienda en verso un nuevo polvo contra el sudor. Este dibujo de propaganda lo hacía para el judío húngaro Neumann, que le regaló dinero, camisas y un llamado «Kaiserrock» (abrigo del Emperador), y a quien Hitler expresó entonces la mayor gratitud. Dentro de su largo abrigo, con un bozo oscuro sin afeitar en la mandíbula al estilo del popular presidente, le llamaban «tío Krüger».

Espiritualmente Hitler fue captado en Viena por el entonces incipiente antisemitismo, con el que edificaba un partido el burgomaestre de la ciudad; éste se dirigía contra los judíos acomodados, al frente de muchos negocios, que eran tan numerosos en Viena, y no buscaba otra fundamentación que la lucha contra esa competencia. Hitler, que, como todos los hombres desidiosos, estaba siempre a la busca de una clase o de un pueblo culpables que le cerrase el acceso al bienestar y a la consideración, se unió a esa cohorte, porque veía en Viena muchos judíos influyentes; aunque al mismo tiempo se hacía mantener con dinero judío, y todavía pintaba una tarjeta de año nuevo para el médico judío de su familia y se la enviaba a Linz desde Viena: «Rendidamente agradecido, Adolfo Hitler».

Mientras que se hacía dependiente así de representantes de una raza cuya influencia comenzaba a combatir, surgía en él, de un innato sentimiento de vergüenza, un odio contra aquellos hacia los cuales estaba obligado a experimentar gratitud, pese a todas sus teorías. A esto hay que añadir que se encontraba a veces,

en el asilo, judíos sucios, oliendo a miseria, de los que él pretendía deducir un juicio de carácter general.

Las innegables dotes que más tarde ha demostrado Hitler hubieran debido conducirle de joven a ganar dinero de alguna manera, aun sin examen ni preparación, si no hubiera sido llevado por su repulsa a todo trabajo reglamentado, hacia el llamado ensueño de artista; pero su falta de talento le desalojó de ahí. ¿Qué queda para tal joven, que a todo precio quiere elevarse socialmente? La política, y por cierto, aquella en que casualmente había caído Hitler. Leía entonces, según él mismo cuenta, folletos sueltos sobre la política pangermánica, austríaca y social del día; se orientaba sobre los tópicos, y descubría, en sus largas discusiones con otros inactivos asilados, que sabía discutir mejor que la mayoría. En realidad, no era todavía un orador, pero su cálido y violento modo de dominar a los otros con gritos, sus gestos vivos y, sobre todo, la envidia en él tan arraigada hacia todos los que tenían buena ropa, paseaban en hermosos coches y habitaban buenas mansiones o podían entrar en un palco de la Ópera, la pasión llena de odio de sus discursos, le daba una ventaja sobre los demás y sustituía en él a los argumentos.

Poco a poco aprendió a fundamentar la moda antisemítica adoptada en Viena; y al mismo tiempo, aun cuando había sido bautizado católicamente, se convirtió, ya en estos años, en un enemigo violento de la Iglesia Católica, contra la que entonces dirigían el llamado movimiento de «*Los von Rom*» (independencia frente a Roma) los mismos hombres que hacían responsables a los judíos en Austria de todos los males. La tercera cosa que enseñaba ese partido era la reunión de Austria con Prusia, y Hitler describe más tarde su entusiasmo cuando, en medio del Parlamento de Viena, bajo el reinado del Emperador Habsburgo, alguien gritó «Viva los Hohenzollern». La poderosa Alemania atraía a este nativo austríaco como gran potencia, igual que todo lo que reflejaba categoría, influjo y brillo en la vida. Su juventud

inactiva oteaba los altos tejados hacia los que podía trepar lentamente cualquier dirigente por entonces desconocido. Mientras que se entusiasmaba por Alemania y participaba en el pequeño partido, que ya existía, de los amigos de una anexión de Austria, se revolvía con pasión en sus debates del asilo contra los socialistas, a los que pertenecía, sin embargo, por razón de clase, como una especie de «trabajador». Hitler no quería otra cosa que entrar en el mundo burgués, exactamente igual que su padre. Condes y príncipes eran inalcanzables; no los envidiaba. Los trabajadores eran hombres miserables; los evitaba. Pero ser burgués, burgués asegurado, ése era su ideal, y como los judíos no eran ni nobles ni obreros, sino burgueses, en parte situados en lo más elevado de la vida, los odiaba también por eso.

De repente, la guerra salvó al supuesto pintor, quien había intentado fortuna, por último, en Múnich, con la misma falta de éxito. Lleno de odio contra todo aquello de que él procedía, su país, su clase, sus padres y hermanas (que por lo demás, no aparecen nunca en sus memorias), se alistó, para sustraerse al servicio militar en Austria, como voluntario en el ejército alemán. Al fin pertenecía por primera vez en la vida a una comunidad poderosa, el ejército alemán. Al fin se encontraba ante una finalidad y una meta; a saber, la de contribuir a proteger al imperio y al pueblo alemán. Llorando —escribe él— cayó de rodillas lleno de gratitud por la declaración de guerra. Pues está acostumbrado a relacionar consigo mismo en forma de halo todos los acontecimientos, y por ello afirmó en sus memorias que todo el pueblo alemán deseaba esta guerra, porque la deseaba él.

En los cuatro años de guerra que pasó en el frente occidental, sufrió Hitler una ligera herida, así como una lesión producida por los gases, que todavía afecta hoy día a su voz y le impone la moderación en comida y bebida. Después de que con posterioridad han sido investigados todos los documentos y testigos alcanzables sobre el servicio de guerra de Hitler, resulta que pasó todo

el tiempo como ordenanza en el estado mayor del regimiento y, por lo tanto, no en las trincheras, y que ese estado mayor del regimiento sólo perdió un hombre en la guerra. Según los libros escolares alemanes habría recibido la Cruz de Hierro de primera clase por un acto brillante: el de haber sorprendido en una trinchera a doce o quince franceses, haberlos hecho prisioneros y haberlos conducido ante su comandante. En la historia del regimiento, en que se describen con nombres y acciones otros dos hechos muy análogos, no hay una palabra de todo este cuento. No se ha demostrado en modo alguno —aunque tampoco sea imposible— que haya recibido, en efecto, la Cruz de Hierro, única orden que lleva siempre.

Es chocante que, en cuatro años y medio, sólo haya llegado a ser cabo. Una vez que faltaban suboficiales manifestó el jefe de su compañía: «A este histérico no le hago yo suboficial». Posteriormente se ha llamado Hitler a sí mismo «soldado desconocido de la guerra mundial», aun cuando por desgracia no yace en el panteón de éste, en Berlín.

Cuando después de la guerra surgieron una multitud de ligas secretas, dirigidas en parte por la Reichswehr, para espolear al pueblo alemán contra la paz de Versalles y armarle contra sus prescripciones, algunos oficiales reconocieron las grandes dotes de orador del soldado licenciado Hitler, y le emplearon como agitador. Sólo al verse envuelto en un proceso político se desentendió de mala gana de la Reichswehr. Hitler se adhirió a uno de los clubs de partido que se fundaron en Múnich, precisamente el que había de ser más tarde de los nazis, y se hizo rápidamente, entre los años 1919 y 1923, un orador popular pronto conocido. Tomó clases de oratoria con un cómico, y completó tan bien su arte de orador, que pronto atrajo a su camino a miles de personas. Esta es la primera fuente de su éxito.

Los alemanes son quizá la única nación que nunca ha tenido un gran orador popular. Rara vez se encuentra junta la música

con el arte oratorio, ni en los hombres ni en los pueblos. No es, pues, maravilla que los ingleses, que como nación no son musicales, hayan producido los más destacados oradores políticos, y los alemanes, que son musicales en alto grado, apenas si han producido algún orador. Al ser nombrados los ministros alemanes por los reyes y príncipes, y no por los parlamentos, carecían de escuela oratoria; Bismarck habló por primera vez en su vida al pueblo después de su dimisión, a la edad de setenta y siete años.

El arte oratorio de Hitler está en conexión con su estudio de las masas, al que se consagró apasionadamente después de la guerra. Declaró en su pequeño y nuevo partido que todo había de venir de la sugestión de la masa, entendiendo que el error de los republicanos alemanes era no haber dado otra vez a los alemanes banderas, músicas y canciones. Como discípulo de Ricardo Wagner, que le había enseñado los desfiles, coros y actitudes heroicas, demostró Hitler mucha más fantasía que todos los que en la República le habían precedido; naturalmente, la forma más barata de la fantasía. El mismo buscaba los símbolos, él mismo dibujaba su bandera, decidía acerca de cada cuello y cada botón de las tropas del partido que entonces comenzaban poco a poco, y que luego fueron las S.A. (Secciones de asalto).

Importó la cruz gamada que los soldados alemanes habían visto en Finlandia por primera vez, y que había sido empleada allí después de la guerra en un cuerpo franco, procedente de Asia. Pues los finlandeses, que en parte derivan de los mongoles, la recogieron de Mongolia; y así resulta que el partido que sostiene la supremacía de la raza germana, lleva como distintivo el símbolo de una estirpe extranjera, y ni siquiera blanca. Lo principal es que llama la atención. Él se ocupó personalmente desde el comienzo de todos los efectos de iluminación y proyectores, de la instalación y de la música en la sala. Educó a la masa en el saludo con el brazo derecho, le enseñó las canciones y transformó a la

multitud obtusa de oyentes pasivos en colaboradora y actora de sus solemnidades.

En este aspecto, como *régisseur* y propagandista, se ha mostrado verdaderamente genial. En su libro consagra treinta y dos páginas a la guerra, y de ellas veinte a la cuestión de la propaganda; propaganda que en esa ocasión hicieron muy mal los alemanes. «Sólo por su propaganda —escribe— ha ganado la Entente la guerra». Todo lo que se le repite constantemente a una multitud, escribe él también, «lo mismo si es verdad que si es mentira», estará dispuesta a creerlo; sólo hay que repetir lo mismo siempre. Domina magistralmente la técnica del orador de asambleas y puede aparecer, según convenga, como cómico, serio, chistoso, trágico, cínico. Lo que mejor hace es la gradación ascendente desde un comienzo serio, sombrío, hasta la acusación en que su voz se sobrepasa y empieza a gritar. Su eficacia —en pleno contraste con Mussolini—, estriba en que lanza conceptos místicos como «Honor», «Sangre», «Tierra», y con ellos envuelve a sus oyentes en esa nebulosa de mística que los alemanes prefieren al cielo claro de la lógica y la claridad. Con ello ha conquistado millones de corazones, en especial a las mujeres, porque todos creen ver ante sí a un profeta cuyo corazón palpita por el destino de su pueblo. Estos gritos histéricos, estridentes, son sin duda auténticos: Hitler habla en una tremenda excitación. Pero al mismo tiempo es lo bastante taimado para instalar en el tablado un dispositivo con el que, cuando aprieta un botón, atrae sobre sí los proyectores, de manera que sus momentos estáticos puedan ser bien filmados. Análoga combinación de excitaciones y trucos se encuentran también con frecuencia en otros grandes actores.

Cinco años después del fin de la guerra, creyó Hitler haber llegado tan lejos con su joven partido como para arriesgarse a un golpe de Estado. Actuaba conjuntamente con el caudillo de la guerra mundial, Ludendorff; tenía a su favor una parte de la Reichswehr bávara, pero en contra, en cambio, a los prusianos

en Berlín; en el aniversario del armisticio del año 1923 intentó en estas condiciones un *putsch* en la Bürgerbräu de Múnich, con el que pretendía derribar desde Baviera la República alemana. En esa noche tuvo encerrados, con gran suerte, en un cuarto, durante la Asamblea gigante, al general Ludendorff y a algunos de los Ministros de allí, obligándoles, con el revólver empuñado, a entregarse y colaborar, si bien luego fue abandonado por casi todos. Además, para el otro día había ordenado la marcha de más de cien de sus prosélitos armados contra la policía, también armada. En una callejuela estrecha de Múnich hizo ésta frente a los sublevados. Dispararon, y quedaron en la calle catorce hombres muertos. En el mismo momento desaparecía, en un auto, Hitler.

En el proceso que se le siguió como jefe de la rebelión ha quedado completamente esclarecida esta circunstancia.

Mientras que Hitler huía en auto, en los primeros minutos de su primera lucha, el general Ludendorff caminaba derecho hacia los carabineros, y pasaba por entre ellos, confiado en que ninguno osaría disparar sobre él. Estos primeros catorce héroes del nazismo fueron solemnemente honrados por su jefe en ese mismo lugar con un monumento grandioso, por ese mismo jefe que los había abandonado en el peligro. Cinco años más tarde apareció Hitler, en una asamblea, también en Múnich, llevando de la mano a un muchacho, y contando que había sido para salvar a ese niño por lo que entonces había saltado al auto. En el proceso no figuró ningún niño, ni ahora tampoco lo conocía nadie.

Después del fracaso del golpe de Estado y de la disolución de su partido, Hitler demostró la apasionada tenacidad de su esfuerzo al no dudar un momento siquiera de su misión, sino que volvió a comenzar de nuevo por otro lado. Pasó un año preso en una cárcel que tenía toda clase de comodidades, sólo que no podía alejarse. Esta prisión, que él ha utilizado de manera intensa para la formación de su propia leyenda, se distingue de los campos de concentración, luego creados por él, como un coche-ca-

ma se distingue de un vagón de ganado. Allí comenzó también a escribir su libro, cuyo capítulo decisivo, sin embargo, no redacta hasta 1926, y por lo tanto, es falso que lo hiciera, como sostienen sus partidarios, bajo la impresión fresca de la ocupación del Ruhr, que ya había concluido en 1923. El imposible lenguaje del libro demuestra que ha sido él verdaderamente su autor.

En los ocho años siguientes, que van desde sus treinta y seis a sus cuarenta y cuatro años de edad, reconstruye el partido y demuestra ahora sus brillantes dotes para la organización, tan grata siempre al carácter de los alemanes. Comprendió que nadie podía elevarle mejor que la desanimada clase media, que estaba desilusionada en todos los sentidos. Hitler no ha convencido nunca, ni conquistado, a los obreros; lo que ha hecho es someterlos más tarde. Rauschnig describe cómo los odiaba. Pequeño-burgués de nacimiento, Hitler ha comprendido y conquistado el alma del pequeño-burgués. Restituyó a éste el sentimiento de sí mismo y su propio orgullo en la forma de títulos, uniformes y paradas. Cada uno que entraba en su partido podía adornarse, según el sentimiento de su importancia, con alguna insignia, y era, cuando no jefe de grupo, al menos representante del representante del cajero del partido en una aldea. La pirámide a que de siempre estaban acostumbrados los alemanes, ese edificio en que cada cual tiene algo que soportar en sus hombros, pero en cambio puede pisar con sus pies a otro, fue edificado de nuevo por Hitler. Los alemanes, que prefieren el orden a la libertad, y cuya pasión es la obediencia, se sintieron felices de tener que encuadrarse en una supraordenación y subordinación, en lugar de la igualdad que les angustiaba. En esto reside la segunda razón del éxito de Hitler.

Aun cuando hubo de habérselas con una docena de competidores de otros nuevos partidos, todos los cuales querían levantar al pueblo alemán de su derrota, consiguió Hitler batir a todos con su partido; primero, porque a la mayoría de los hombres les

parecía el más grande orador; segundo, porque era un hombre sin religión, sin filosofía, sin ningún freno moral, que no retrocedía ante ningún medio. Mientras que a sí mismo y a los demás decía constantemente que sólo tenía importancia restablecer al pueblo alemán, se ocultaba a sí mismo y a los demás su deseo de remontarse, y finalmente terminaba creyendo en sus motivos ideales.

Como quiera que los Bancos y los señores de la industria querían liberarse de los socialistas con sus exigencias de salario y sus huelgas, daban dinero para este partido popular.

El ejército, a su vez, tenía interés en mantenerse en buenas relaciones con él, pues en todos sus discursos prometía a las masas la renovación del espíritu militar, un nuevo ejército, nuevas victorias. Pero la grave experiencia del primer golpe de Estado fracasado había prevenido a Hitler contra un nuevo golpe de fuerza. Ahora quería conquistar el poder sólo mediante la mayoría, y se empeñó con tenacidad, aun contra algunos de sus amigos, en llegar «legalmente» al gobierno. Después de cinco años de una propaganda como hasta entonces nunca se había conocido, consiguió enviar al Reichstag, a fin de 1930, 110 diputados, siendo así el partido de representación más fuerte. Con ello presionó la voluntad del Presidente del Reich y le cercó. Hindenburg desconfiaba de Hitler, porque él era un mariscal de campo y el otro un simple cabo; porque él era un *Junker* y el otro un pequeñoburgués; porque él era un prusiano y el otro un austríaco. Durante años no le había dejado acercarse. La historia de su asalto, que he relatado en mi libro sobre Hindenburg, terminó cayendo el anciano ochentón como víctima de una intriga, en la creencia de que nombraba un canciller que habría de gobernar con los otros partidos y bajo su presidencia. Cuando el 30 de junio de 1933 apareció al lado de Adolfo Hitler en el balcón de la Wilhelmstrasse y silbando muy complacido la marcha que abajo, entre miles de antorchas, estaban tocando, no sospechaba el proceso

que había desencadenado en aquel día, y la responsabilidad que asumía ante la historia.

2

Toda dictadura desconoce el sentido del humor, y la alemana también. La razón más profunda de que los norteamericanos no tengan nunca un dictador, la encuentro yo en su humorismo. Un hombre que aparezca siempre adusto y que sólo pueda hablar al pueblo con pathos sonoro, provocaría un eco de hilaridad en la condición natural del pueblo americano. Los italianos y los alemanes tienen también sus formas de humor, pero éste no impregna sus vidas. Cuando se comparan las actas de los parlamentos de los diferentes países, se encuentra la indicación «risas» a lo largo de los discursos, con la frecuencia máxima en Washington y Londres; menos en París, y al mínimo en los antiguos extractos de sesiones de Roma y Berlín, cuando en estas capitales había aún parlamentos; ambos pueblos aman la tragedia y no tienen grandes comedias. En América, la historia de presidentes populares como Lincoln, Theodor y Franklin Roosevelt, está esmaltada de bromas. Quien se toma en serio a sí mismo en ese país está perdido.

Los alemanes están, como dice Clemenceau, enamorados de la muerte. Eso pone en conexión con la mística su concepción del mundo, y también con la música. Las tres propiedades se expresan en ese individualismo suyo de que están llenas todas las cuestiones de espíritu y de fe. La separación de espíritu y Estado, que distingue fundamentalmente la Historia alemana de la inglesa o la francesa, ha producido eremitas en las cosas espirituales, mientras que en el Estado aparece como unidad obediente. «He encontrado con frecuencia un dolor amargo al pensar en el pueblo alemán, que tan digno es en lo individual y tan mísero en su

conjunto». La frase procede del más grande de todos los alemanes, de Goethe.

Por eso les ha sido tan fácil en Alemania a los cerebros medianos alcanzar la dirección política, y tan difícil conseguir un puesto en el campo de la espiritualidad. Bismarck era odiado en su país, hasta que fue sustituido en forma grosera por un joven Emperador arrogante. Los grandes generales como Scharnhorst o Moltke, los más importantes ministros como Humboldt o el barón Von Stein, no fueron populares. Por el contrario lo fueron siempre los espadones sin espíritu, el general Wrangel, el Mariscal Blücher, el Mariscal Hindenburg; y los hombres ilustrados como Bethmann, Hollweg o Rathenau se hicieron enseguida sospechosos a los alemanes como ministros. La ilustración pertenece a las salas de estudio; no se gobierna con la pluma, sino con la espada. Al gobierno corresponden manifestaciones amenazadoras, espadas desenvainadas: actuaciones rápidas. Por eso Alemania no ha tenido nunca, con la excepción de Bismarck, un político de alto rango en el gobierno, y sólo muy de vez en vez en la propia oposición.

Hitler, que llegó al poder por sus grandes dotes de orador y *régisseur*, llevó también a la cancillería del Reich todo el estruendo amenazador que los alemanes confunden tan de buena gana con la grandeza. Lo que no aportó él, fue añadido por el aparato de su discípulo Goebbels. Apenas nombrado canciller del Reich quiso Hitler demostrar al mundo cómo, a la manera de un San Jorge, derrotaba en Alemania el dragón del comunismo. Afirmó, al quemarse el Reichstag, que los comunistas lo habían hecho, y cuando el mundo entero se negó a creerlo, tuvo necesidad de abrir un proceso ante el Tribunal del Reich, proceso que perdió moralmente, pues puso en claro de quién fue la culpa del incendio.

Aun más importante fue para él el día en que murió Hindenburg. Esta fecha, el 2 de agosto de 1934, fue el día más peligroso

y más grande de Hitler. Año y medio había gobernado como Canciller, y aun cuando había destruido todos los otros partidos, estaba, sin embargo, mantenido en su puesto, formalmente, por el Presidente del Reich, del cual dependía. A la muerte de éste, estaba obligado por la Constitución a convocar plebiscito para la elección de nuevo Presidente, y por ello, a contar con la posibilidad de su propia dimisión. Desde hacía tiempo venía calculando la vida que le podría quedar a Hindenburg, viejo de ochenta y cinco años, pero sobre esto había recibido impresiones diferentes de dos médicos distintos. Se hablaba entonces, como posibles sustitutos del Presidente, del yerno del antiguo Kaiser, del Mariscal Von Mackensen, del hijo de Hindenburg, e incluso del antiguo Kronprinz (Príncipe heredero del Imperio). ¿No había de temer Hitler que por segunda vez se le escapara el juego de entre las manos? ¡Qué situación! Los dos terribles días de muerte, aquel 30 de junio de 1934 en que hizo matar a sus levantiscos partidarios, y aquel 25 de julio en que fue baleado el canciller austríaco Dollfuss estaban aún muy cerca…

Cuando el viejo mariscal yacía muerto, Hitler salió de Bayreuth hacia su lecho mortuorio, celebró una reunión de Gabinete en Berlín e hizo aprobar allí una ley que lleva fecha primero de agosto, es decir, un día antes de la muerte de Hindenburg. En esta ley se nombra a Hitler sucesor de Hindenburg y se le confiere el derecho de nombrar representante. «Esta ley entra en vigor con efecto desde el instante de la muerte del Presidente del Reich, Von Hindenburg». Así no se arriesgaba al plebiscito, sino que se hacía elevar por personas que eran hechura suya a la jefatura del Estado. Ahora dependía todo de que los generales quisieran aceptar ese acto de fuerza.

Esto sólo era posible si el entonces Ministro de la Guerra, Von Blomberg, se pronunciaba por Hitler en un manifiesto. Sí, este general dio a Hitler de buen grado un nuevo título, y le llamó en el manifiesto «Führer del Reich y del pueblo alemán». El ejército

se juramentó en ese día con un jefe de Estado que no existía con semejante título. Una vez que todo esto hubo tenido lugar, dispuso Hitler una votación popular para que el pueblo alemán confirmara la usurpación de su jefatura suprema.

A fin de asegurar por completo esa votación fue necesario un testamento de Hindenburg, que todavía el 13 de agosto, es decir once días después de la muerte, no era conocido ni del propio hijo, ni del secretario de la Presidencia, Meissner. De improviso, cuatro días antes del plebiscito, apareció un testamento que acababa de encontrarse, y del que dijo *The Times*, de Londres, que era «tan importante como el incendio del Reichstag». Nadie lo ha visto, no está fotografiado en manuscrito, no se ha dado a conocer el lugar del hallazgo y la razón de que antes no se hubiera encontrado…

Consiste, por mitad en la impresión de un trozo de *Memorias* de Hindenburg, y en la otra mitad, en la expresión del deseo de que el movimiento «de mi canciller Adolfo Hitler» alcance en lo sucesivo la bendición del pueblo. En un discurso, que el hijo de Hindenburg pronunció por radio el día anterior a la votación, se subrayó eso con las palabras de que su padre había visto en Hitler su sucesor inmediato al frente del pueblo. El testamento era tan falso como la culpabilidad de los comunistas en el incendio del Reichstag.

A pesar de todos esos trucos, todavía entonces recusaron a Hitler más de cinco millones de ciudadanos, lo que significa, dada la estrecha vigilancia de la votación, que en realidad no fue secreta, una gran demostración de los últimos alemanes todavía no sometidos.

3

Después de eso, a pesar de todos los actos de violencia, Hitler ha aportado sin duda a los alemanes éxitos positivos. ¿Qué es lo que Hitler ha traído a los alemanes?

El mandato y la espada. Pues ellos —único pueblo en la Historia— no obedecen por la coacción, sino por una pasión de obedecer; y les era extraña la libertad de que sólo habían gozado por primera vez durante catorce años en su Historia. No se sintieron felices sino cuando de nuevo tuvieron ahí lo que les gusta: el mandato. Cuando Hitler les lanzó tres veces seguidas, en un gran discurso pronunciado el primero de mayo de 1938, la palabra *obediencia*, vibraban las ondas de la radio por el torrente de entusiasmo que esta palabra desencadenó en la multitud.

La segunda cosa que trajo a los alemanes: la espada —entendida simbólicamente, pues ya no se ven espadas más que en las películas históricas; en la guerra se ven sólo ametralladoras, que son menos románticas, y menos adecuadas para dibujos y canciones—, la espada alemana, digo, que el enemigo victorioso había arrebatado y que Hitler traía de nuevo, ha sido para esa nación belicosa el más grande regalo, el que es capaz de colmar por fin su apasionada añoranza. Durante trescientos años, y muy en particular en los últimos cincuenta, el uniforme había dominado las calles alemanas. El teniente era el sueño de toda muchacha. El orden, los desfiles, las banderas, eran todo el brillo de la vida. Todo esto había desaparecido durante catorce años, porque un pueblo no puede reponerse con tanta rapidez, ni moral ni espiritualmente, después de una derrota; y además, porque los directores de la República carecieron de fantasía. Pero cuando todo barbero volvió a tener un casco y todo deshollinador unas botas altas, se expandieron los corazones de este pueblo de soldados. Hoy hay en Alemania más botas de montar que en la pampa; lo que no hay son jinetes.

Ricardo Wagner había vuelto a dar su simbolismo a la espada alemana, y cuando en *Las Walkirias* ve Segismundo que esa espa-

da sale de entre el fresno, todos los espectadores se sienten conmovidos. Como quiera que tales ideas son inconciliables con los principios del evangelio, es lógica la lucha contra la Biblia en la nueva Alemania. En los libros conteniendo el texto wagneriano puede leer todo extranjero cómo los tratados son mantenidos según la moralidad germánica. Los alemanes fueron desgraciados en tanto carecieron de la espada. El aplauso del mundo entero, después de la guerra, por sus descubrimientos, líneas de navegación, zeppelines, y hacia sus grandes músicos, físicos y escritores, no satisfacía su orgullo, hasta tanto que el mundo no volviera a temblar ante el gigantesco Moloch acorazado de un ejército alemán. Nadie puede negar el auténtico idealismo de que se encuentra llena la juventud nazi alemana, pues siente el placer de la lucha, está dispuesta a la guerra y aguarda la muerte heroica. Por lo demás, no ha visto con sus ojos la guerra, como nosotros. En todo caso no quieren en realidad, hoy por hoy, ni la tranquilidad ni la paz, ni la felicidad personal; quieren el sacrificio por la comunidad, la victoria de la idea alemana. Igual que otros creen en Dios, creen ellos en la superioridad de la raza alemana y en su derecho a gobernar el mundo.

Todo esto, su nuevo Führer no se ha limitado a prometérselo, sino que ha comenzado a realizarlo ante su vista. Si el Reich había perdido en el Tratado de Versalles seis millones de ciudadanos en Europa, bajo Hitler ha ganado cuarenta millones, y el terreno conquistado es rico en productos naturales. También la República alemana pretendió la Renania, el territorio del Sarre y Austria como países alemanes, aunque no los consiguiera; sólo el robo de Checoslovaquia separa prácticamente a los demócratas de las conquistas de los nazis. Que todo esto haya sido realizado mediante simples amenazas demuestra la debilidad del adversario, pero también, al mismo tiempo, el gran talento táctico del jefe alemán. La irrupción del reclamo, hasta ahora de aplicación limitada a la vida de los negocios, en la vida del Estado, ha hecho

posible a un dominador de estos días alcanzar sus fines por la propaganda y por el *bluff*, en lugar de conseguirlo mediante negociaciones dentro de las formas de proceder de los honestos negociantes. Además, también la rapidez con que puede proceder un dictador, supone una ventaja técnica sobre la lentitud propia de un gobierno controlado.

Estos formidables éxitos exteriores, el aumento de las materias primas y del número de soldados, que Hitler ha conseguido para Alemania en seis años, los ha alcanzado aplicando los mismos medios que desde el primer momento se mostraron de efectos felices en la política interna. Con la nueva fábrica de armas en que transformó a Alemania todos salieron ganando: los grandes señores, millones; y los trabajadores, su salario. Apenas en los primeros meses de su gobierno, Hitler tomó cuatro millones de hombres en paro forzoso y los puso a construir fusiles, tanques, aviones, naves de guerra, fortificaciones. Miles de oficiales licenciados, que no habían aprendido nada más que a preparar o dirigir la guerra, volvieron a encontrar al fin sus puestos y sus ingresos. Con gran habilidad supo Hitler reconciliar su ejército privado con el nuevo ejército del pueblo mediante trasiegos de varios años, para asegurar así su guardia de *corps* y de protección.

Ningún otro pueblo hubiera dado tan de buena gana lo que él exigió para eso del suyo: privarse y darse por satisfecho en cuanto a comida, vestidos, habitación, etc. El entusiasmo de los alemanes, cuyo honor militar se restablecía de nuevo, la ocupación de millones de hombres en el rearme, la innata voluntad de obediencia, la gran frugalidad, la falta de deseos de libertad; todo esto que corresponde al carácter alemán, contribuyó a aliviar su trabajo a ese hombre decidido. Especialmente favorable fue el momento elegido, pues los años malos de la postguerra habían pasado ya con mucho. La afirmación de Hitler de que el comunismo se hallaba a las puertas cuando él arribó al poder es una in-

vención, pues la última revuelta comunista se remontaba a ocho años atrás.

Tampoco tenía apenas que temer Hitler de los antiguos enemigos, pues las tres grandes cargas de la paz de Versalles que él afirma haber destruido habían sido suprimidas mucho tiempo antes de su advenimiento por Stresemann, Rathenau y Brüning por vías pacíficas: la ocupación de Renania y la reducción de las reparaciones, mientras que la Reichswehr podía elevarse ya a trescientos mil hombres. Hitler hubo de reconocer que nadie les impedía armarse, pues el rearme secreto había comenzado mucho antes de su llegada al poder.

La cuestión era ahora saber si la antigua Entente consentiría la remilitarización de la Renania. En esta situación se mostró magnífico conocedor de la opinión pública. No se preocupó de tratados, sino que se confió en el amor a la paz de sus vecinos, que había de impedirles quince años después de la conclusión de la guerra invadir la zona prohibida. Hitler y Goebbels tenían sus gentes en París y Londres y seguían con informes innumerables el estado de ánimo que allí dominaba. Cuando interrogué en 1936 acerca de la causa de esta situación a uno de los más famosos generales de Francia, me replicó: «Aquí ningún presidente puede hacer un movimiento sin ser atacado». Como los franceses cometieron la falta de hablar todos los días durante quince años de su seguridad y amor a la paz, sin amenazar nunca, entendieron los alemanes que tenían un vecino al que sólo le interesaba poseer y cosechar su huerta, y que construyó, con un cortés saludo, un cerco a su finca para no ser perturbado en su tranquilidad. Durante quince años han creído los ingleses en el deseo de conquista de los franceses, y no en el de los alemanes. Consideraron a los alemanes como *gentlemen*, es decir, como ingleses, y a los franceses como belicosos, es decir, como alemanes. Si en París y Londres hubieran gobernado hombres como Clemenceau y Churchill, habría tenido que sufrir Hitler una invasión en su país

todavía no bien armado, y hubiera caído del poder en 1935. Pero los Baldwins y Chamberlains no querían correr ninguna especie de riesgo, y sobre todo porque la City rechazaba la guerra como comienzo de transformaciones sociales, y el americano no deseaba producir con eso desórdenes. ¿No tenía razón completa al decir: «Si verdaderamente la Renania, el Sarre o Austria están habitadas por alemanes, por qué hemos de meternos en una guerra a más de cinco mil millas para impedir a los alemanes que adquieran esos países germánicos»?

Hitler obtuvo sus éxitos gracias a la debilidad de sus vecinos, pero gracias también a la falta de escrúpulos de su conducta. El modo como sabía influir en las elecciones era tan nuevo como la celeridad con que procedía. Un amigo me refirió lo que a él le había contado la viuda del arquitecto Troost: poco después de la ocupación de la Renania vino Hitler a ella —su marido había sido un viejo amigo muniqués del Führer— y le dijo: «Durante dos días he sudado gotas de sangre pensando si quizá no debería penetrar. Ahora ya está hecho. Ahora a lo sumo podrán charlar».

En estas palabras se reconoce al jugador que, con la tensión máxima, pone todo a una carta, en la creencia firme de que hay que osar algo cuando los otros jugadores no gustan de arriesgar nada.

Y sin embargo, si se tienen en cuenta todos los grandes éxitos que Hitler puede exhibir ante su pueblo, todo el crecimiento en poder y hombres alcanzado sin que haya caído un único soldado, ¿de dónde viene la singular apatía que, fuera de los miles de hombres a quienes se ordena marchar, mantiene a los alemanes como hechizados? Revolución no la hacen; pero tampoco gozan de felicidad y contento. Cuando una voluntad enérgica obtiene en seis años tantos éxitos exteriores, cuando vuelve a ser su país temido del vecino y, sin embargo, el ánimo del propio país cae en lugar de subir —y tal ocurre desde el tercer año del gobierno

hitleriano—, ello tiene que tener sus razones profundas. ¿Cuáles son esas razones?

4

La primera razón es la indignación que producen los actos de violencia, que no se han limitado simplemente a las primeras semanas del nuevo régimen, sino que han ido aumentando siempre a lo largo de seis años. Cuando el 30 de junio de 1934, Hitler hizo fusilar sin procedimiento ni tribunal mil cien hombres, se elevó en todo el mundo un clamor. Y como entre ellos se encontraban sus mejores amigos, se comprendió de lo que ese hombre era capaz. El Mariscal Hindenburg hubo de suscribir un telegrama de gracias y de reconocimiento a su canciller por esas muertes. Fue casi su último documento: murió cuatro semanas más tarde.

Entonces y ahora asolaban penas de muerte, asesinatos y prisiones, las filas de los adversarios políticos. Todos los viejos partidos a cuyo mantenimiento se había obligado Hitler en forma solemne al tomar el poder, fueron violentamente reducidos a escombros por él. Los alemanes, acostumbrados a ideas de Derecho, vieron con terror cómo hacía estragos una clase de hombres carentes de Derecho y de Cultura, a cuyas armas no podían, sin embargo, resistirse.

La segunda razón del encono es la lucha contra la Iglesia. A la persecución contra los judíos habían asentido los alemanes, porque efectivamente tenían desde siempre una orientación antisemítica. Poseemos pruebas de que en los *pogroms* han participado no sólo las tropas S.A., sino que también se implicaron profesores universitarios. La explicación más profunda de ese sentimiento antijudaico de los alemanes, la analogía de ambos pueblos en ciertos aspectos, el que uno y otro se consideren «el pueblo elegido», fue ya reconocida por Goethe. Ahora se necesitaba una

víctima propiciatoria. Verdad es que se había permitido a catorce mil judíos morir en defensa de la patria, pero ahora se borraban sus nombres de los monumentos conmemorativos de la guerra.

También el cristianismo había significado para las últimas generaciones alemanas mucho menos que en Inglaterra o los Estados Unidos; no hubo ya ni discusiones sobre dogmas e interpretaciones, ni lucha de las distintas sectas. Pero, no obstante, la Iglesia existía, era visitada y formaba una parte de la vida de familia. Esta ha sido conmovida por la injerencia del Estado, la importancia del matrimonio ha disminuido de modo aterrador, los jóvenes se rebelan contra los viejos. A ello hay que añadir los mártires. Los jóvenes comunistas que se han dejado fusilar a centenares por su libertad no pertenecen a la pequeña burguesía, cuyas familias gobiernan a Alemania con arreglo al modelo de su Führer. Pero los cardenales, obispos y párrocos de ambas confesiones que defendían con constancia la Biblia contra el Estado, recuerdan al pueblo la única revolución que ha vivido, le recuerdan a Lutero. Su lucha, el proceso del párroco Niemöller, la prisión de cuatro mil clérigos, revuelve al pueblo.

En tercer lugar, viene la vida privada de muchos dirigentes. Hitler pasa por ser un asceta, porque a causa de su dolencia de estómago practica el vegetarianismo, aunque, por otra parte, no con rigor. Pero todos saben que, mediante su libro, comprado por la coacción, en ediciones de millones, a nueve pesos el ejemplar, se ha hecho rico, y tiene además participación en las mayores casas editoriales del nuevo Reich, fundadas por amigos suyos. El príncipe Bismarck vendió sus memorias a su editor por un millón de marcos. El príncipe Bülow las suyas por medio millón; ambas aparecieron después de la muerte de los autores, de modo que no cabía contar para las altas tiradas con el temor o el respeto hacia los poderosos. Hitler se hace millonario a sí mismo, y luego, sobre esta base, renuncia a su sueldo. Del lujo, de los castillos y fincas, bosques y cacerías, de las adquisiciones in-

contables de plata y piedras preciosas, por lo que se refiere a otros magnates del partido, habla el mundo entero…

La cuarta razón del odio está en la anulación del espíritu alemán. Nosotros los llamados «autores quemados» recibimos constantemente nuevas cartas de lectores antiguos que se quejan de que nuestros libros no les son accesibles. Investigadores y médicos, profesores de Historia, periodistas y filósofos soportan mal la forzosidad de no escribir aquello que consideran es la verdad. Si bien el espíritu alemán se ha sometido rápidamente al comienzo, y el último profesor alemán que prestaba juramento lo hacía no más tarde de ocho semanas después del advenimiento de Hitler, esto es debido a que había sido muy dura la presión a que estuvieron sometidos los alemanes por la derrota y la penosa paz durante largo tiempo, y esperaban al fin verse libres de ella. Algún tiempo después advirtieron que, dependientes hasta entonces de potencias extranjeras, ahora estaban sometidos a un poder interno cuya falta de espíritu les aterrorizaba. Precisamente los investigadores que se ocupaban de la teoría de la raza, como el profesor Günther; precisamente los filósofos y poetas que habían anunciado la ascensión del poder alemán, como Spengler y Stefan George, se desviaron del poder sin espíritu con que se gobernaba. La ocupación de los puestos más honrosos en las antes tan famosas Universidades y Clínicas alemanas por gente joven ignara, colocada por el partido, ha producido una grave depresión en el pueblo de Goethe y Kant.

La última y más profunda razón del recelo de millones de personas es la general inseguridad jurídica. En un país en que ya no se reconoce ninguna Constitución escrita; en un país en que el Ministro de Justicia establece el postulado capital: «Es Derecho lo que es útil en Alemania»; en un país en que la policía es nombrada sólo por el partido dominante para permanecer cruzada de brazos allí donde el partido comete crímenes, nadie puede sentirse seguro. En un país en que más de cien mil hombres se en-

cuentran presos sin juicio en campamentos, tienen que dormir sobre sacos de paja en ámbitos helados, porque piensan acerca de Dios y del Estado de modo distinto que el partido dominante, no se puede llevar una vida alegre aun cuando uno personalmente se halle en libertad. Cada cual teme que otro pueda denunciarle, nadie se atreve a hablar abiertamente, todas las cartas son entregadas a la censura del partido, ya no es privada ninguna conversación telefónica, no puede imprimirse una palabra que no agrade a los que gobiernan. Quien oye en la radio emisoras prohibidas, va a la cárcel.

A la inseguridad se añade el sentimiento de indignidad de una vida semejante. El alemán, cuando no ha llegado por medio del partido a la riqueza y a la posición social, se siente hoy mucho menos libre que en la época del Tratado de Versalles, en que se le prohibía el fusil, pero no la palabra libre, y podía maldecir, no sólo de sus ministros alemanes, sino también del tratado de paz. Millones de personas se avergüenzan de no ser ya ciudadanos de un Estado de Derecho.

5

Entretanto su Führer reside en su villa, en las montañas bávaras, en el límite de la antigua Austria, a la que siempre ha perseguido con odio porque procede de ella. Desde allí ordena a los ministros, porque en Berlín no se siente seguro; allí convida a sus amigos. Antes de las diez no ve a nadie. Los ministros esperan con frecuencia hasta mediodía. Habla continuamente, y rara vez escucha; con frecuencia charla hora y media sobre un mismo asunto, de modo que el despacho de las otras cosas tiene que quedar pendiente.

Sus placeres son el cine, del que puede ver en una tarde tres piezas seguidas, y la visita de actores y actrices de cine, con los

que durante toda una tarde habla de arte, su amor desdichado. Sus raras experiencias con mujeres han tenido siempre un final repentino.

Todas sus relaciones con mujeres fueron de corta duración, según señala Konrad Heiden en su excelente biografía. Erna Hanfstaengl, hermana del primer compañero de negocios de Hitler, Ernst Hanfstaengl, a quien desterró poco después de su acceso al poder, volvió a ser su pasión alrededor de 1926-1928. Ella era muy conocida en la sociedad muniquesa. Pero su abuela americana era la judía Mrs. Heim. El *Völskischer Beobachter* publicó un desmentido: Hitler no estaba comprometido con la señorita Hanfstaengl. En realidad, ella prefería al celebrado cirujano Sauerbruch, de Múnich, quien fue llamado poco después a la Universidad de Berlín.

En 1931-1932, Hitler fue con frecuencia huésped de la viuda de Sigfrido Wagner, en Bayreuth, con la que se le suponía comprometido: pero de repente, esta relación terminó de modo tan abrupto que Hitler dejó la casa con su séquito en el término de una hora y estableció su cuartel general en una pequeña aldea próxima a Bayreuth.

Con su sobrina Angela Raubal, hija de su hermanastra Angela, la cosa tuvo caracteres de novela trágica. Esta bella y bien considerada muchacha del campo sentía pasión por su interesante tío, y se contaba en 1928-1929 que a éste se le veía por todas partes con la muchacha, a la que él llamaba Geli, mientras que ella a él le llamaba Alf. Después de la dramática ruptura, ella le llamaba «*grauslicher Kerl*» (mozo despiadado) y él la llamaba «su apacible calamidad». Cuando al final de 1931 quiso ella dejar su departamento en la «Braunes Haus» (Casa parda) de Múnich, él se opuso: tuvieron una discusión en la ventana de la Casa parda; él partió para Hamburgo y le prohibió salir de allí. Ella comenzó entonces, sola en esa casa, una carta, sin una palabra dramática. A

la mañana siguiente, 18 de septiembre de 1931, se la encontró muerta de un tiro en su cuarto, a los veintitrés años de edad.

Pocos días después de muerte de la muchacha, los amigos de Hitler estaban aterrados por su suicidio. Pero a los pocos días era sepultada en el cementerio central de Viena con asistencia de un cura católico, lo cual no hubiera sido posible tratándose de un suicidio.

Con permiso del gobierno austríaco, Hitler fue la siguiente semana a visitar la tumba, y regresó en la misma noche. En el lugar circulaban versiones muy negras acerca de la muerte de la chica.

Después de ocho años, no hay todavía sobre su tumba sino un papel con algunas palabras… Como todos los hombres iletrados, Hitler busca siempre periódicos, y jamás un libro. Ni una vez, a lo largo de las seiscientas páginas de su libro, ofrece una sola cita alemana: no conoce ninguna. Como no habla ningún idioma extranjero, hay necesidad de traducirle todo. Como no cultiva ningún deporte, no monta a caballo, no sabe conducir auto, le gusta ir de paseo llevando bajo el brazo un látigo de piel de hipopótamo por lo que pudiera ocurrir. Del pueblo no sabe nada, pues en sus visitas, rodeado de gentes de uniforme, y en sus desfiles por delante de varias filas de tropa, está separado siempre del pueblo.

En una ocasión he podido observar el actor que hay en él; en 1931, en el Kaiserhof de Berlín, cuando, en ocasión que conversaba yo con periodistas americanos, me hicieron notar la presencia del Canciller Hitler. Venía con piernas y manos colgantes, vistiendo un flamante abrigo, escaleras abajo, jugando con la barra de metal que allí ponen a las llaves para que no se guarden inadvertidamente en el bolsillo, sino que se entreguen al portero. Daba vueltas a la llave sobre ese mango, y en eso se divertía, muy pronto levantó la vista a veinte pasos de nuestro grupo: en

el mismo instante dejó caer la mano, puso en orden brazos y piernas, compuso un gesto serio, y representó para nosotros a Napoleón, que, embargado por sus proyectos, venía hacia nosotros con lentos pasos.

Su egolatría es tan grande que se rodea constantemente de retratos suyos. Con ocasión de que su amigo Troost le hizo una hermosa arca tallada para guardar papeles, y cuando al enseñársela le preguntó qué se pondría en el gran espacio que había dejado libre en el centro de la cubierta, contestó inmediatamente Hitler: «Ahí se pone mi retrato de perfil». Y encargó un retrato suyo en forma de Lohengrin. En sus discursos predomina de tal manera su propio yo que despiertan la impresión de que Hitler concibiese la Historia universal sólo como materia de su personal biografía. Hitler, que en sus discursos salta como en un baño de placer, se siente tan a gusto hablando que es muy difícil que termine, y así, ha pronunciado discursos públicos hasta de tres horas y media, sin fatigarse. Cuando pronunció su primer discurso como Canciller del Reich el seis u ocho de febrero de 1933 nos hallábamos sentados en el *hall* del palacio del Presidente Masariyk, en Praga, para escuchado en el *hall* por la radio. El Presidente, quizá el hombre más ilustrado de Europa en su tiempo, y desde luego el más distinguido jefe político, a la sazón con ochenta y tres años de edad, escuchaba inclinado; de pronto se levantó, se marchó sin saludar, y a la mañana siguiente acudió una media hora más tarde a nuestra cita, diciendo: «Perdone usted, es que no be dormido. ¡Y ésa es la Alemania de Goethe y de Kant!».

Una opinión tan simple fue bastante para sacar de tino más tarde, cuando la supo, a ese hombre, Hitler, que tiene el deseo insatisfecho de entusiasmar a todos los seres humanos. Ahí está él, dominando a ochenta millones de hombres, y fuera de las fronteras unos centenares de periodistas que escriben en contra suya. Eso no puede él soportarlo, y es el único hombre de go-

bierno que en cada uno de sus discursos se desata contra la prensa que le es adversa en el extranjero. Pues Hitler no anhela, como las auténticas almas de dominador, el poder; quiere, como las almas de comediante, el constante aplauso, y por cierto, de todo ser viviente. No es lo bastante orgulloso para vivir con la visión de nuevas situaciones y países, y despreciar a sus enemigos, como Napoleón, odiarlos como Bismarck, o casi olvidarlos, como César. Sueña con los vivas y gritos de una multitud que ante sus ojos se ha ampliado de centenares a millones, y que quiere acabar extendiéndola al globo terráqueo. Los psiquiatras saben algo de este anhelo de olvidar un choque o dolencia sufrida en la juventud mediante representaciones gigantescas de sí mismo.

El ideal de este alemán furibundo es Napoleón, no Bismarck ni Federico. Cuando apareció hace una docena de años mi libro sobre Napoleón, lo leyó tres veces, marcándolo con gruesas rayas rojas, según me contó en el año 1926 su amigo Strasser, después asesinado por él. (Desde entonces, algunos emigrados me acusan en broma de ser el culpable de todo). Su gran sueño es alcanzar la estatura de Napoleón. Solamente olvida que éste superaba en una cosa a todos los hombres vivientes: era el mayor soldado y mariscal de su tiempo, mientras que Hitler no valió para servir una ametralladora.

Está, además, decidido a ser el más grande orador, y quiere demostrárselo a sí mismo a cada instante. Por eso emprende todos los años una de esas grandes campañas de propaganda por Alemania. Ese zumbar por el aire de una ciudad a otra, esa serie de revista de tropas y de gentes que gritan el «Salve», esas salas resplandecientes, esos proyectores, altavoces, banderas y orquestas: todo esto substituye para él lo que significaba para un soldado de la vieja época el tronar del cañón. Allí es él el gran mariscal, y —hablando— confirma ante sí mismo su poder. Con esto adormece su resentimiento doloroso por la pérdida de su condición de artista, y decreta la construcción de los mayores locales

del mundo, de las pistas automovilísticas más anchas del mundo, de los aviones más rápidos del mundo.

Tales naturalezas supertensas caen de repente en la tristeza o en la brutalidad. El mismo hombre que el 30 de junio de 1934 fustigaba en el rostro a los propios amigos que tenía desarmados ante sí, rompió de repente en lágrimas, según Goebbels describe, al ser nombrado canciller del Reich.

Hitler, un hombre que vacila entre las lágrimas y la fiereza, teme al mismo tiempo palacios y castillos que hace edificar, y vive como pequeño-burgués nato en una casa de campo, entre cuadros, con arreglo a las preferencias de los pequeño-burgueses. Cuadros de Grützner en que frailes risueños levantan un vaso de vino, o los «Pecados» de Stuck, en que una belleza fundamentalmente sombría aparece rodeada por una serpiente. O bien se pasa tres horas en un café de Múnich sentado con sus amigos entre crema de leche y pasteles de manzana. De repente se siente de nuevo dominado por sus planes de construcción, y cuando un Ministro le representa los costes de las obras, se descarga diciendo que no está para ocuparse de pequeñeces.

Hitler se acerca a la ventana, tamborilea en los cristales y espera hasta que el funcionario se retira.

El genio auténtico, por el contrario, se preocupó siempre de tales cosas, y así Napoleón preguntaba a su Ministro por qué había subido en Marsella dos *sous* el precio de la sal.

Sólo un loco puede decir, como dijo Hitler, el 28 de agosto de 1939, al Embajador británico: «Prefiero hacer la guerra a los 50 años que cuando tenga 55». Y también: «Yo soy un artista y deseo retirarme de la política».

Hombre de tendencias extáticas, relampaguea de repente con sus decisiones como de entre las nubes. Entonces ninguna fatiga le parece demasiado grande; entonces puede, durante veinticuatro horas, ordenar, deliberar, volar, dictar sin dormir ni comer.

Así, en un par de días hace Historia universal. Después de una de tales semanas de tensión extrema, se retira con la misma manera súbita, se hace invisible para todas las gentes, y se va a pasear al bosque de su casa de la montaña, sólo acompañado de su perro y de su látigo con piel de hipopótamo.

6

La guerra era inevitable. Desde hace cinco años, poco antes del advenimiento de Hitler, he expuesto públicamente esta profecía y la vengo repitiendo de modo constante. Era inevitable, porque no se trataba de terreno o dinero, ni de materias primas o colonias, puntos sobre los que pueden siempre ponerse de acuerdo las partes interesadas. Se trata de dos filosofías, y la Historia muestra que si es cierto que los reyes han podido con frecuencia avenirse en el último instante sobre cuestiones objetivas, en cambio las cuestiones morales y filosóficas fueron siempre resueltas, al final, por la guerra. De ahí las muchas guerras de religión. Se ve en esto la paradoja de que la pugna material puede resolverse pacíficamente mientras que las diferencias ideales sólo se zanjan empleando los cañones.

Ni Alemania es la única nación, ni Hitler el único hombre de Estado que hayan quebrado tratados, pisoteado la moral y oprimido pueblos, ni siquiera en la época actual. Pero es el único que ha hecho un principio de la amoralidad, y una religión de la perfidia. Nadie antes que él ha hecho proclamar por su ministro de Justicia: «Es Derecho lo que es útil a Alemania». Con él cesa, no sólo el Estado de Derecho, sino hasta la voluntad de vivir en un Estado de Derecho.

No fue Bismarck quien educó en esta doctrina al pueblo alemán. La conocida frase: «El poder tiene la precedencia sobre el Derecho» nunca fue expresada por él en esa forma. Nunca encar-

celó ni asesinó a sus adversarios políticos. Era duro, pero no cruel. El hecho de que tanto Napoleón como Bismarck sean todavía acusados por la posteridad de haber condenado sin juicio, cada uno a un único adversario, muestra los límites en que se encerraban ante los dictadores. Por lo demás, eran cristianos, o al menos, no combatieron los preceptos evangélicos.

Hitler hace confesar a sus oficiales y soldados una religión pagana que profesaban las tribus germánicas hace dos mil años, cuando Alemania estaba amenazada por lobos, y no por S.A. (Secciones de asalto); cuando se huía de los osos, y no de la Gestapo; sólo que entonces era permitido y deseado matar a esos animales salvajes con la lanza y la espada. Una religión acomodada a un pueblo vestido de pieles en las selvas vírgenes quiere introducirse ahora en el pueblo superindustrializado, con cañones automáticos, tanques y gases. La mayor parte de todo eso se encuentra en las óperas de Wagner; no es casualidad que Hitler sea un apasionado wagneriano.

Esta nueva filosofía está resuelta a someter al pangermanismo a todos los pueblos que lo repugnan. Por eso esta guerra, a diferencia de la anterior, es una cruzada, aunque naturalmente tenga —como las viejas cruzadas— otros motivos y consecuencias accesorios. No se trata de una nueva distribución de cereales y aceite, sino de la fundación de una sociedad nueva. Así como hace cuatrocientos años se unió el mundo para batir a los turcos, hoy de nuevo vuelve a unirse, aunque en un mundo mucho más complicado y complejo.

Esta es la razón de que la guerra haya sido declarada contra un único hombre. La culpa solidaria del pueblo alemán es bien clara, porque no ha recibido a este hombre por ley de herencia, sino que lo ha elegido repetidas veces, y aun cuando millones de personas se hayan visto forzadas, muchos millones más se sienten entusiastas de él. La dirección espiritual fue suya en seguida. Sólo una docena de autores y artistas adoptaron el primer día una

actitud decidida en su contra. Están ahora fuera de las fronteras alemanas; es para el que esto escribe un honor contarse entre ellos y el que hayan sido quemados sus libros, en mayo de 1933, en la gran hoguera.

La separación entre Estado y espiritualidad en Alemania, que la distingue desde hace cuatrocientos años de todos los otros Estados cultos, ha dado lugar a que vivan, ante los ojos atónitos del mundo, dos Alemanias. El espíritu alemán, el único que ha hecho grandes en el mundo nombres alemanes, Goethe, Kant, y la pléyade de la música alemana, todo lo que sirve a la Humanidad y ha procurado a los alemanes un lugar de honor, carece de influjo en el Estado y se produjo casi siempre contra su acción. Mientras que Prusia se desarrolla en los años trescientos hasta convertirse en gran potencia, el espíritu y el arte se desvían cada vez más de Prusia. No ha producido ningún gran músico, y apenas un poeta, Kleist; todos los otros proceden de la Alemania no prusiana y de Austria, floreciendo en pequeñas cortes o en ciudades libres, y celebrando hallarse exentos de responsabilidad en la dirección del Estado.

Todo lo que ha hecho brillar el nombre de los alemanes en el mundo ha nacido fuera de Prusia: en Suabia, Baviera, Sajonia, Austria, en el Rhin o en las ciudades hanseáticas, o proviene por mitad del extranjero: Kepler y Gerstenberg, Durero y Holbein, Goethe y Schiller, los Humboldt y los Brentano, Bach y Haendel, Mozart y Beethoven, Haydn y Gluck, Schubert y Weber, Schumann y Wagner, Brahms y Bruckner. Las únicas grandes cabezas producidas por Prusia, Kant y Lessing, eran enemigos apasionados del espíritu prusiano.

Puesto que los alemanes aman más el orden que la libertad, los mejores espíritus abandonaron el gobierno a una pequeña clase de frente estrecha, testaruda y dura. Pero puesto que ésta representaba en el Estado todo el brillo y resplandor, surgió también entre los cultivadores del espíritu un deseo de agradarle y

recibir la recompensa de una orden o un título. De este modo, la burguesía, que hacía más de un siglo había sido llevada por el príncipe a la victoria y que nunca había visto un enemigo en el país, acabó con el poder de esta pequeña casta de unos cuantos miles de hombres. El deseo de control, de libertad, vivía sólo en unos cuantos. Alemania es el único país que, de hecho, no ha realizado nunca una revolución, ni en 1848 ni en 1919, cuando sólo llevaba una cadena herrumbrosa; cuando huyeron veintidós príncipes, obligando a los ciudadanos irresolutos que allí habían quedado a liquidar una guerra no emprendida por ellos.

¿No había de cumplir un pueblo absolutamente guerrero, después de una derrota tan grande, el deseo de reponerse y de vengarse? Si este pueblo hubiera sido de otro modo, sobre todo si hubiera estado políticamente educado, se habría podido consolar reconociendo que, apenas concluida la guerra, sus grandes descubridores y sabios, artistas y escritores, recibían homenaje fuera del país, en el mundo que hasta entonces había sido enemigo.

Pero el honor alemán no reside en el espíritu; reside en la espada, y sólo cuando la espada vuelva a relampaguear desde la rama de fresno, sólo entonces se sentirá restablecido otra vez el sentimiento de honor herido de los alemanes. Las paradas, las músicas y el orden de que había pendido su corazón desde hacía dos siglos, les faltaban en la República, gris y sin fantasía. Sobre esto hay que contar en la escena de Versalles. Aquella sala de los espejos, en la que se reflejó la Historia, había llegado a ser una especie de propiedad espiritual de la nación alemana con la fundación del Imperio por Bismarck. Ahora era el símbolo de la derrota alemana. Fue muy comprensible, pero poco sensato, que Clemenceau trasladara la escena a esa sala. Desde entonces millones de miembros de las Juventudes Hitlerianas están poseídos por la idea de volver a ella y dictar otra vez allí a los franceses una paz como en 1871.

Lo que hay en el fondo del alma alemana es el deseo de vengarse del delito cometido por el mundo que, encontrándose las fuerzas muy dentro del territorio enemigo, les engañó y dejó deshonrados en un armisticio, libremente ofrecido por Alemania, con la doble mentira de que ellos no habían comenzado la guerra, y de que no la habían perdido, han sido ducados los alemanes durante veinte años, ¿Qué milagro es que la gente joven no creyera ya a la de más edad, más seria, más precavida, que lo sabía mejor?

Hoy se reconoce aquello que yo había inútilmente advertido: que el sueño y el ideal alemán, el más profundo deseo de millones de corazones tiende hacia París, y nada más que hacia allí. Pues el punto de concurrencia de todas las canciones y poemas, de todas las fábulas y leyendas de los alemanes, es sólo el Rhin y lo que se encuentra al oeste de él.

Esa separación entre el espíritu prusiano y el no prusiano sólo puede ser resuelta mediante la división de Alemania en norte y sur, incluyendo naturalmente en el sur a Austria. Con este argumento, todavía ahora se ganaría fácilmente en Alemania al espíritu del sur. Prusia fue siempre temida como un dictador, pero nunca amada. Es característico que el austríaco Hitler haya debido disfrazarse de prusiano y adoptar una voz y un tono de sargento, que no tenía en su juventud, para ser temido. Y ni siquiera este dictador todopoderoso ha conseguido forjar una unidad en el Reich: tan grandes y profundas son las resistencias. Lo que entre los alemanes se ha tachado siempre como particularismo es más bien la razón de sus rendimientos mayores. Goethe declaró que la cultura alemana total sólo sería posible cuando no hubiera una capital, sino media docena. Si se retrotrajera Alemania a esa situación se haría bien a su espíritu, se neutralizaría al mismo tiempo su ansia de poder y no se pondría en peligro la totalidad alemana; tanto más cuanto que esas partes irían a una Federación europea de Estados, previsible para después de la guerra.

Así pues, las razones de la guerra se reflejarán en sus consecuencias. No se puede inculcar a un pueblo el deseo de libertad mediante una derrota; se necesita un siglo para desterrar de él la pasión de la obediencia. Pero se puede desligar y hacer libre lo más precioso que ese pueblo posee desde siempre. La unidad de Alemania, hecha en los veinte años de política de paz de Bismarck, fue aún fortalecida por el imperialismo de Guillermo al comienzo, después conmovida por la derrota, y en 1923 hubiera casi llegado al desmoronamiento. Entonces, la voluntad de revancha ha hecho crecer de nuevo, durante un decenio, una parte de ese sentimiento unitario. Hitler, después de un primer refulgor, ha conmovido gravemente esa voluntad de unidad, hoy más baja que nunca desde 1870.

Acerca de las razones materiales que conducen a la derrota alemana, otros han sacado consecuencias de conocimientos económicos que yo no poseo. Yo sólo puedo citar las razones íntimas.

La derrota de los alemanes se deduce para mí necesariamente de los cuatro siguientes factores psicológicos de sorpresa y desilusión:

1) Sus nervios están tensos y excitados desde hace siete años, y por lo tanto fatigados, mientras que los del contrario están descansados.

2) Desde hace ciento veinticinco años los alemanes no han visto en su país la presencia de un enemigo mas allá de un instante, y no conocen el cuadro de la devastación ante el que pueden ceder presa del terror.

3) La debilidad y transigencia que durante años han mostrado las democracias les ha formado la idea de que Francia e Inglaterra carecen de vitalidad, y sus fuerzas combativas pueden sorprenderles de repente.

4) Desde hace siete años han visto a su Führer obtener éxitos ininterrumpidos, y la magia que ha ejercido con ello desaparecerá con el primer revés, de manera que, sin dominio y sintiéndose engañados, se sublevarán contra él en el interior, y se rendirán en el exterior.

Estas cuatro razones internas desmoralizarán a los alemanes más rápidamente que el bloqueo al que están acostumbrados, entorpeciendo su fuerza combativa, mientras que un pueblo libre, crítico, descansado, y experimentado en las invasiones, como Francia en la pasada guerra mundial, soporta todos los contratiempos para terminar venciendo.

II
HITLER ANTE LA JUSTICIA

La Haya, día .....194...

EL PRESIDENTE DE LA CORTE DE JUSTICIA DE LA HAYA:

El defensor alemán del acusado tiene la palabra.

EL DEFENSOR: ¡Señores Jueces! Quien en medio de una pasión que embarga al mundo, frente al ardiente grito de venganza, se atreve él sólo a elevar su voz a favor del hombre proscrito que se encuentra ante nosotros, no puede entregarse a las fórmulas jurídicas, para contraponerlas a otras fórmulas. Está penetrado de un profundo sentimiento hacia el acusado. Sólo esto me da la fuerza para oponerme al mundo entero, a favor del acusado, en la hora de su caída.

No estoy completamente solo. Después de que casi todos sus viejos amigos abandonaron a su Führer a la hora de la derrota, y la mayor parte aún antes, un pequeño grupo de hombres y mujeres alemanes me ha confiado la defensa de un hombre al que se mantuvieron afectos hasta el final, aun cuando por último le haya faltado la fortuna, después de años de lucha. Estos postreros alemanes fieles a su Führer son todos cristianos; ninguno de nosotros se ha entregado a la nueva fe pagana.

La Historia está llena de ejemplos análogos a éste; el último fue el de Guillermo II. «*Hang the Kaiser!*», «¡Colgad al Kaiser!», resonaba en las calles de Londres entonces, con ocasión del final de la penúltima guerra. Hubiera sido injusto, pues el Kaiser era un hombre débil, que a pesar de sus discursos bravucones temía la guerra, a la que terminó siendo empujado por el conjunto de la gente que le rodeaba con su tintineo de espadas. Durante cua-

tro años se mantuvo tan en segundo término que su fuga al final no sorprendió a nadie. Y Guillermo era sólo un heredero irascible.

Hoy se encuentra ante nosotros un hombre del pueblo, cuya plena responsabilidad nadie ha negado. ¿Cuáles fueron sus motivos?

Como alemán de una provincia separada del resto, se sintió poseído ya en la juventud por el deseo de ver poderosa a su gran patria. Después de la derrota, ese deseo adquirió los caracteres de una pasión. Para renovar el honor y el poder de su patria, se lanzó a la lucha, con una docena de hombres, contra la pesada y letárgica conformidad de una República débil y desanimada. Con una elocuencia que no sacaba su eficacia de las escuelas de retórica sino de un corazón cálido, consiguió agrupar alrededor de su idea en pocos años, miles, y pronto, millones de compatriotas. Ya antes de ahora ha mostrado la Historia caso de que un hombre consiga, lleno de voluntad, levantar a un pueblo derrotado desde la postración de su derrota, en imponente ascensión hacia las alturas. Tales naturalezas proféticas son empujadas por su fe, con tal fuerza que en seguida dan alas a los miles de personas que penden de ellas entre la desesperación y la esperanza.

Igual que los primeros cristianos, combatidos por un mundo incrédulo, osaron creer en la liberación de sus almas, asilos primeros nacional-socialistas osaron proclamar el resurgimiento de un pueblo desarmado y descorazonado. Lo imposible fue lo que atrajo a las masas; lo ilimitado. ¿Qué otro partido o filosofía demostró en Alemania poseer la fuerza necesaria para fundir todas las clases y opiniones?

¿No era éste el verdadero idealismo que también a ustedes, señores jueces, les han infundido en la escuela? ¿No era ésa la voluntad heroica de los antiguos héroes, que llena las almas de los libertadores, desde Epaminondas y Mario, desde Guillermo Tell

y el príncipe Eugenio, hasta Nelson y Blücher? En esta madera estaba tallado nuestro Führer.

«Pero —replicarán ustedes— no se limitó a la liberación a que nosotros hubiéramos prestado nuestra anuencia. Pasó desde la unión de los alemanes al sometimiento de Europa». Frente a eso, permítanme recordar la pasión de aquellos hombres geniales, que se desarrollan más allá de sus primeras metas. ¿Qué artista, descubridor o conquistador se ha conformado nunca en un cierto límite, y ha permanecido dentro de él?

El escrito de acusación le imputa la muerte de miles de hombres que sin su dominio vivirían todavía hoy. ¿Hay algún gran hombre de Estado que haya alcanzado sus fines en la Historia sin víctimas? Ni siquiera Solón o Marco Aurelio quedaron libres de culpa. ¿Cómo iba a retroceder nuestro Führer ante el sacrificio de unos miles de compatriotas descontentos, que eran más europeos que alemanes, y que con sus visiones pretendían oscurecer la misión del pueblo alemán? Sólo mediante la opresión en su propio país se han edificado los grandes imperios, desde César hasta el Rey Sol. ¡O es que quizá la Iglesia cristiana, que nos une a todos, ha podido establecer su poder sobre los hombres sin persecución y calabozos, sin torturas y muertes?

Ustedes, señores Jueces, pertenecen a nacionalidades distintas, y cada uno está orgulloso de la suya. Pónganse en el lugar de aquellos millones de alemanes que durante tanto tiempo han estado orgullosos de su patria y que de pronto, al final de la guerra anterior, se vieron tratados como parias por un mundo envidioso y triunfante. Se les obligó a cargar con la culpa de la guerra; se mutiló su país, se ocuparon sus provincias fronterizas, se boicotearon sus productos, se les hizo firmar un tratado de esclavitud y se les excluyó, sin embargo, de la Sociedad de Naciones erigida en ese mismo tratado. Sobre las almas de esos hombres, que habían sacrificado dos millones de los suyos en una lucha contra el mundo coligado, cayó la noche.

Y de repente, en esa noche brilló una chispa. Un joven desconocido trató de despertar el sentimiento de sí mismos en estos hombres derrotados. Les dijo que eran un gran pueblo al que se negaba, y que poseían la fuerza para demostrar otra vez al mundo su vieja gloria. Una gran nación volvió a reconquistar su orgullo.

Si tales motivos y éxitos hacen un delincuente del jefe de una nación, ¿qué era entonces, señores jueces, Alejandro, a quien enalteció Aristóteles?, ¿qué Napoleón, asombro de Goethe? Sus imperios han caído, pero su gloria resuena todavía, después de los siglos. ¿No dejó Napoleón su país más pequeño y más pobre que cuando arribó al poder? Y sin embargo, Inglaterra no se atrevió a matarle. Con toda rapidez se hizo legendaria su figura.

Quizá dentro de un siglo se haya formado una leyenda alrededor de nuestro Führer, tan rica en rasgos fulgurantes como la de los grandes conquistadores de épocas pasadas. Se contará entonces cómo una vez un hombre levantó a Alemania de la miseria; elevó un país inerme al rango de Estado militar temido, al que sus vecinos abandonaban voluntariamente una tierra tras otra sin mover siquiera una mano. Que sucumbiera al fin a la superioridad de sus enemigos, es el destino trágico de todos los grandes héroes populares, o de la mayoría. Es una fatalidad, pero no una culpa.

Si ustedes, señores jueces, ofendidos, perjudicados, bajo la impresión reciente de su victoria, osaran aniquilar a un hombre semejante habrán emitido un fallo contra el espíritu de la Historia y contra el espíritu del Cristianismo.

EL PRESIDENTE: El acusador público tiene la palabra.

EL ACUSADOR PÚBLICO: ¡Señores jueces! La acusación que yo debo sostener hoy no emana sólo de las naciones que han terminado por triunfar sobre el enemigo. Es una acusación de la Humanidad. Por eso debería pasar revista ante ustedes al cuadro de

los miles de seres que han perdido, por las empresas de este hombre, vida, libertad, sentimiento de sí mismos, seguridad y propiedad. Pero con ello no haría sino repetir lo que el mundo ya sabe. El escrito de acusación está ahí, ante ustedes, formando un grueso volumen, y contiene todos esos datos. Por ello no les expondré nada del montón de crueldades que todos ustedes han conocido con espanto. Callaré acerca de todas las persecuciones y muertes que pesan sobre la cabeza de este hombre.

Mi intención es más bien elevar mi acusación contra este siniestro personaje, del terreno de la sangre y el dolor, al terreno del espíritu. Lo que él y su defensor oponen no es nada semejante a la comparación con otras figuras históricas, que han producido muchos sufrimientos y que, sin embargo, han cosechado la gloria de las generaciones posteriores. Lo que su defensor alega es la grandeza y pureza de sus impulsos nacionales. A ustedes y a mí nos niega el derecho de juzgar, porque pertenecemos al partido de los vencedores, y porque esta victoria sólo ha tenido lugar hace unos meses.

Eso no es razón. Nosotros no hemos abandonado este acusado a sus compatriotas, porque lo hubieran hecho pedazos. Entre los altos jueces que ante mí veo se sientan alemanes que durante todos estos años han tenido que soportar, callados, en su patria, aquello a que no prestaban asentimiento. Otros son espíritus europeos y neutrales de gran valía; sólo algunos pertenecen a los Estados triunfadores.

Se ha dado a esta Corte de Justicia, en la que no se sienta ni siquiera un solo judío, una composición que permite esperar una justicia como la que correspondería al Estado de Platón. Pero si nosotros, tan diversos, no nos sintiéramos lo bastante sensatos para poder juzgar ya hoy —como confirmará la Historia universal después de siglos—, tendríamos que entregar el prisionero a sus compatriotas, e inhibirnos.

Las grandes sombras que el defensor ha evocado son las más adecuadas para oscurecer la figura del acusado. Admitimos que una Francia agotada y una Europa martirizada hubieran visto con gusto en el patíbulo al Emperador Napoleón después de su caída. ¿Por qué, se preguntaba entonces, ha de vivir un aventurero semejante, si dos reyes, de Francia y de Inglaterra, herederos de viejas estirpes, fueron decapitados por sus sublevados pueblos? La razón por la cual se dejó vivir entonces al Emperador reside únicamente en la estremecida admiración del mundo contemporáneo. Y por eso también su figura ha ascendido constantemente en la apreciación de la posteridad durante un siglo, mientras que la de su sobrino ha sido olvidada. Ambos perdieron en la batalla decisiva el trono y la libertad, y Napoleón III no tuvo menos, sino mucho más poder que el acusado de hoy. Sin embargo, el mundo que tembló ante él por dos decenios, no le ha erigido ningún monumento.

¿En qué se distinguen los grandes conquistadores Napoleón y César de los igualmente victoriosos Solimán y Gengis-Kan? En el espíritu y en el carácter. Sus armas, sus métodos, su cinismo, eran iguales. Alejandro el Grande no hubiera sido nada mejor que Atila, en cuanto conquistador, si su ser no hubiera revelado genio y su vida, espíritu. «Las grandes personalidades, dice Goethe, se salen del campo de la moral; obran de modo elemental, como el fuego y el agua». Cuando Goethe admiraba a Napoleón, el conquistador de su patria, era su personalidad lo que le atraía.

Lo que a nosotros nos justifica para aniquilar al acusado, cosa que nadie se atrevió a hacer con Napoleón hace ciento veinticinco años, es la pequeñez de su personalidad, que le ha impedido entrar en la serie de los grandes hombres. Lo único que le hubiéramos pedido es que hubiese ganado, como Napoleón, sesenta batallas. No le echamos en cara que haya dirigido un ejército sin entender nada del comando de ejércitos. Pasamos por alto en esta hora, inclusive todos los juramentos violados, todos los trata-

dos vulnerados, pues que todo eso se da en otros pueblos y en otros dominadores. No le reprochamos hoy sus víctimas, ni sus derrotas.

Por lo que acusamos a este hombre en nombre de la Historia es por la vacuidad de su ser, el nihilismo de su espíritu, la oquedad de sus discursos, la insensatez de sus ideales. Lo que le echamos en cara hoy es la mentira inmensa con que ha querido engañar a hombres y mujeres, familias y estirpes de un gran pueblo hondamente agitado en lo espiritual, sólo para superar el sentimiento de su propia inferioridad y para encontrar en el aplauso de millones de personas engañadas un sustitutivo de aquello que a su ser pequeño-burgués se le había cerrado para siempre. Nada de lo que acaba de exponer su defensor acerca de sus motivos es cierto; son pretextos fríos y meditados. Tenemos ante nosotros al más consumado farsante de la Historia moderna, y sólo un pueblo tan paciente y tan dócil a la voz de mando como el alemán ha podido dejarse engañar por él durante largos años.

De la misma manera que los más hábiles especuladores alemanes reunieron una fortuna con la caída de su nación y de su moneda, así este hombre devorado por el deseo de ser algo, fracasado en todos los terrenos, abusó de la derrota para empinarse. No es verdad nada de lo que el defensor ha dicho a propósito del honor alemán. Después de una derrota sin igual, les surgió a los alemanes, como por milagro, un procurador idealista, Wilson, para quien el sacrificio capital de la guerra exigía establecer una paz de la justicia en lugar de una paz de la violencia. Pues aun en donde tenía faltas, el tratado de Versalles evitaba humillar a los vencidos. No les imponía ninguna indemnización de guerra, hacía que el pueblo decidiera en plebiscito sobre los territorios dudosos, y la única falta que cometía era no atreverse a ejecutar con resolución lo que se había acordado. El honor alemán había sido restablecido después de unos pocos años, pues todo lo que en el mundo ha hecho grande el espíritu alemán, arte y ciencia, músi-

ca y técnica, navegación marítima y aérea, fue saludado y celebrado por el mundo entero. Incluso las tres últimas exigencias del Tratado de Versalles, ejército pequeño, reparaciones y ocupación de Renania, habían sido anuladas en los últimos años antes de Hitler. No vencidos, como decía el defensor, sino arrogantes y exigentes han zumbado los alemanes diez años después de su derrota por los países extraños. El enemigo contra el que pretendía dirigirse el nuevo señor de los alemanes, ya no existía; el tratado estaba, prácticamente, ya sin efecto antes de que el dictador lo desgarrara.

También ha engañado al mundo con su segundo pretexto. Proteger a Europa del dragón del comunismo fue la misión con que se presentó este San Jorge; y luego, de la noche a la mañana, se alió con él, porque quería tener libre el flanco para sus conquistas. Con esta doble mentira había engañado, primero a sus compatriotas, y luego a sus vecinos occidentales. Como un brillante táctico al que falta toda dote estratégica, consiguió conquistar una posición tras otra sin lucha, hasta que por fin vino la batalla. La decencia de sus adversarios naturales les hizo prestar oído, una tras otra, a sus palabras de honor. Él se reía para sus adentros, pero en el exterior presentaba el gesto adusto de los tiranos.

Junto a esas mentiras que desparramaba por el mundo, lo que le convierte hoy en acusado de la humanidad es su lucha contra el espíritu. Entre todos los brutales actos de su gobierno ninguno es peor que el de condenar al espíritu alemán en sus mejores representantes, o quemarlo, o —en la medida en que los ha dejado permanecer en el país— obligarles a someterse a la servidumbre de una razón de Estado. La opresión de clérigos y profesores, filósofos y escritores, es lo que ha sublevado al mundo. Una vez más se ha visto que un régimen de tiranía no puede mantenerse a la larga, lo mismo hoy que en Siracusa antaño. Los fríos discursos fraseológicos de esos tribunos populares desengañaron al

mundo, cada vez más, conforme pasaban los años, al compararlos con el genio del pasado, y poner junto a su rostro vacío el de aquellos hombres que sólo son comparables con lacayos de las Universidades alemanas. Tiene un profundo sentido el hecho de que en todos estos años no haya encontrado un solo pensador o poeta que lo ensalce.

Pues todas las virtudes que adornaban a los grandes conquistadores cínicos, como Marco Antonio o Teodorico o César Borgia, faltan al hombre que se encuentra ahora aquí preso, ante vosotros. La cobardía personal que demostró en su primera lucha el 9 de noviembre de 1923, en las calles de Múnich, no ha sido después desmentida por ningún acto animoso. La infidelidad que ha demostrado a sus amigos más próximos cuando los hizo matar el 30 de junio de 1934, no ha sido desmentida por ningún rasgo de fidelidad. La gracia que César concedió a sus enemigos, faltó por completo en su camino de dominador. No conoció la tolerancia con que incluso algún Emperador-soldado permitió libertad de expresión a poetas y filósofos. Su promesa de hacer prevalecer la utilidad común sobre la utilidad propia la ha quebrantado con su personal prodigalidad y codicia. La aplicación y ahondamiento en el detalle que caracterizan a las naturalezas infatigables como Napoleón o Bismarck, han sido echados de menos por todos sus colaboradores. A este hombre del pueblo le falta todo rasgo de esa naturalidad con que se mezclaban al pueblo tirano figuras como Harun-al-Raschid o Federico el Grande. Allí donde otros reyes iletrados se callan, él sostiene en largos discursos la pretensión de saberlos rectos caminos del arte, para vengarse de la falta de talento propio.

Mediante la astucia y la trampa, mediante una ilimitada capacidad de hablar y de mentir, consiguió el acusado, en un pueblo sin oradores y sin educación política, ser, primero, nombrado tambor mayor de un grupo de aventureros sedientos de poder, y elevarse finalmente a héroe nacional, con todos los trucos de la

guardarropía. El pueblo más paciente y menos ejercitado en los negocios de Estado del mundo entero se sintió feliz de ver en la cúspide a un hombre que osaba armarle de nuevo, que le libraba de una breve e incómoda libertad y de una responsabilidad a la que no estaba habituado, y que volvía a darle banderas y música, ordenación y jerarquías, sin lo que la mayoría de los alemanes no encuentran sal a la vida. Mientras que todo esto lo lanzaba envuelto en un manto de mística nebulosa, encontró a la multitud. Quizá su mayor promesa consistió en que habría de fundar la dominación de un caudillo de vándalos con ideas de pensadores.

El hombre que se encuentra aquí ante vosotros, señores jueces, no ha sido nunca salvador ni libertador de su pueblo. Hay un tremendo engaño en el fondo de sus actos que han conmovido al mundo. Le acusamos porque la suma de miseria que ha concitado, no ha reconocido el servicio de ninguna idea, de ningún espíritu ni genio alguno, sino el servicio de un alma estrecha, insegura, que busca masas gigantescas para olvidar su limitación. Le acusamos porque ha asfixiado los talentos de su pueblo para hacerse empujar hacia arriba por sus debilidades. Le acusamos en nombre de la Humanidad porque él, que produjo este mar de lágrimas, no deja tras de sí otra cosa que la figura y el rostro de un Cagliostro, quien, por otra parte sólo movió a los hombres por su dinero.

El acusado, al contrario, ha robado a hombres innumerables todos aquellos bienes que significan la felicidad. No ha considerado en nada la vida humana, y sólo se ha cuidado de proteger la suya. Ha reducido la propiedad de todos, y sólo la suya y la de sus amigos ha aumentado. De todas las libertades, sólo ha guardado y aumentado la suya propia. Para crear la sugestión de un Emperador medieval, ha arruinado a un pueblo. Si inclinándose en su favor se le considera un enfermo mental, habría que castigar entonces a todos los cuerdos que le han obedecido, y ello sería absurdo. La lógica y la astucia que transparece en el fondo de

sus fingidos éxtasis, demuestra que no lo es. Pues, como todos los histéricos, fue frío y claro, siempre que así le convenía. Por eso su engaño terminaba al llegar a su conciencia, y él no sucumbía a sus humores salvajes, a los que sucumbían los demás. Pues como en lugar de una gran ambición le impulsaba sólo la vanidad quejosa, permaneció siempre dentro del camino de su «yo», sin ponerlo nunca en peligro.

Al emplear la mentira no simplemente como medio de lucha, sino elevándola, según sus palabras, a dogma de la influencia sobre la opinión, ha educado en la mentira a un pueblo que no es peor que los otros; lo ha inducido a martirizar y matar a ciudadanos inocentes a causa de su fe.

De esta manera ha vuelto a mancillar con la mácula de pueblo brutal y guerrero el nombre alemán que se había restablecido con tanto brillo ante el mundo en los campos del espíritu. Su país, que había salido intacto de la primera guerra, ha quedado destrozado en varios puntos como consecuencia de la segunda, buscada por él.

Si alguna vez la Humanidad ha tenido derecho a pedir todo el castigo para un solo individuo; si alguna vez la Historia se ha alzado reclamando una alta justicia, es en este caso. Señores jueces: el acusado de la Humanidad se encuentra ante vosotros.

III
PRONÓSTICOS

Quien ha estudiado bien a las personas que actúan, sus fuerzas y sus debilidades, puede predecir después del tercer acto de una tragedia, cuál ha de ser su final, si no en los detalles, sí en las líneas generales. No hemos cultivado durante decenios la psicología de los pueblos para retroceder ahora ante la tarea de formular unos pronósticos. Quien ha predicho durante años esta guerra y la constelación en que se produce, puede bien tomar sobre sus hombros riesgo de errar públicamente en sus pronósticos. Estos son los que yo hago, con fecha 15 de septiembre de 1939[1]:

1) La victoria sobre Hitler es segura si no lucha aliado militarmente con Rusia; entonces sería más difícil. Inglaterra no ha interrumpido nunca una guerra en Europa antes de haber derrotado a su adversario; la independencia de América no puede aducirse como ejemplo. Como ahora parece indisoluble la unidad anglofrancesa para lo que dure esta contienda, esta alianza cuenta con las mejores perspectivas. Aun cuando el número de hombres en el campo de batalla es más reducido, el material puede considerarse como inagotable.

La guerra puede durar mucho, pero podría acortarse por la muerte de su promotor. Pero sobre tales acontecimientos no puede calcular ningún político; los pronósticos deben considerar al Führer como inmortal. Un fin violento sólo podría venirle por su parte de su propia gente, que quisiera deshacerse de él en circunstancias malas, al comienzo de movimientos subversivos. Rauschnig, el antiguo presidente del Senado de Danzig, cuenta que a él ya hubo de declararle un jefe nazi la posibilidad del «sacrificio del Führer» por motivos místicos. Pero encubrir motivos

políticos bajo la máscara de una mística semejante es uno de los grandes trucos del nazismo.

2) El final ideal de esta guerra sería, naturalmente, la revolución. Esta, y con ella la abreviación de la lucha, puede comenzar en Alemania en el caso de una gran incursión en Renania. Los renanos son naturalezas blandas y nunca han amado a un dominador berlinés. Pero, sobre todo, sería ésta la primera vez desde hace 125 años, en que el alemán vería al enemigo en casa. En 1914 lo tuvo sólo cuatro semanas en la Prusia oriental. Los alemanes, acostumbrados a la victoria desde hace cien años, no creen en una derrota mientras no la ven y la sienten. En 1918 estaban muy metidos en territorio enemigo cuando de repente hubieron de deponer las armas, y todavía hoy la sugestiva exposición que hacen los nazis se vale de ello precisamente para hacer creer al pueblo que estaban victoriosos y que sólo ocurrió que los apuñalaron por la espalda.

La Renania, bombardeada y tomada por el enemigo, de igual manera que los alemanes permanecieron cuatro años en Bélgica y Francia: esto produciría la mayor impresión y suscitaría revueltas, que podrían extenderse con rapidez. Se puede producir un Verdón al revés en el Rhin, pero no una marcha sobre París.

3) La actitud de Mussolini tardará en decidirse, si no es que se decide al final de la guerra. A juzgar por el conocimiento de su carácter, del que depende todo, y que yo he estudiado durante semanas de conversación, quedará neutral en tanto que le sea posible, y llegado el momento venderá cara su fuerza. No tiene una condición ni guerrera, ni cesarista; por el contrario, conoce las debilidades de su nación y la situación del país. Teme a Inglaterra, dominadora de los mares, aprecia y desconfía alternativamente de la cultura francesa, y sólo odia a los alemanes, que sin embargo le imponen mucho. «Si el romano Varo (en el año 9) —me dijo una vez— hubiese derrotado a los germanos, todo hubiera ido mejor». La actitud de los pueblos mediterráneos sólo

podría cambiar con grandes derrotas de los ingleses y ¿quién había de batirlos? Pero si todo el Mediterráneo se encuentra a favor de Inglaterra, y España no se coloca en frente de ella, estarían locos los italianos arriesgándose a una guerra. Por contra, podría plantearse a los franceses la cuestión solemne de devolver algo por propia voluntad. Hoy no parece que estuvieran dispuestos a ello, pues en el sur de Francia no se siente ningún respeto frente a los italianos.

4) América ayudará a las democracias con todo lo imaginable, a excepción de hombres.

5) El único peligro para Europa está, pues, en una alianza de Hitler con Stalin. Ambos Estados juntos son invencibles. Tal alianza es, en verdad, la última oportunidad de Hitler. Pues si lucha solo, está perdido a la larga, aun cuando ocupe Varsovia y Bucarest. En los años 1916-1918 la ampolla era cada vez más grande, pues los alemanes estaban en Bruselas, Varsovia y Bucarest, y sin embargo reventó al final.

Los alemanes están dispuestos a la alianza inmediata, pues consideraron siempre a los rusos como amigos y confían tanto en su conservadurismo como temen a su comunismo. Ambos hombres se agradan recíprocamente, porque sus métodos son iguales. Dos caracteres oscuros se entienden más pronto que dos caracteres claros, porque rara vez chocan con su semejante. Aun cuando cada uno habla su lengua materna, se entenderían al encontrarse, no más que con la mirada. Yo no sé quién es más cruel; ambos recuerdan a los zares rusos, y son capaces de todo, con tal de estar personalmente protegidos. En mayo último predije yo al Embajador ruso en Washington el pacto actual.

Y aun como sistemas pueden conciliarse el uno con el otro, aun cuando sean radicalmente distintos en sus primeros postulados. El sistema de Hitler es hoy mucho más socialista que al comienzo, y el de Stalin mucho más nacionalista. Sus Estados —

caracterizado éste con los productos del suelo, aquél por la industria— se adaptan el uno a otro como dos manos que se enlazan.

El sueño de alianza de Hitler sólo puede ser retardado por Stalin. Las razones que lo abonan son notorias, pero no pueden ser decisivas a la larga. En el caso de esa alianza, Mussolini podría llegar a representar el papel de «salvador», pues verosímilmente iría con las democracias. Es posible que la guerra acabe con la caída de Hitler, pero con el mantenimiento de Mussolini.

6) En el caso de que esa alianza se produzca, puede quedar por lo pronto sometida Europa, hasta que sea purificada por guerras civiles. Estas seguirán en todo caso a la guerra, y quizás la resuelvan. La alianza ruso-germana llevaría finalmente a una unión de los ciudadanos alemanes con las democracias occidentales, produciendo así las más graves sacudidas en toda Europa.

7) De las guerras civiles a que me refiero, que sólo podría impedir una guerra corta, y ésta sólo en parte, surgirá una Europa unificada. Ahora está ya madura para ello mientras que hace veinte años era todavía demasiado pronto. Su producto histórico será una Europa unida aun contra su voluntad. Esos Estados se regirán, en mayor o menor grado, por principios socialistas. En todo caso, nuestros hijos viajarán con pasaportes europeos. Esta guerra, emprendida para darle a Alemania un nuevo poder nacional y nuevas fronteras, terminará con la partición de Alemania, pero con nuevas fronteras entre las clases, con un nuevo poder social y con la destrucción del nacionalismo.

MUSSOLINI

Uno recibe poco reconocimiento de los hombres cuando pretende darles una gran idea de ellos mismos; pero cuando engaña a los pájaros, cuando cuenta cuentos de hadas, cuando los empeora cada día, entonces sí que uno se hace valer.

GOETHE

1

Cuando un hombre ocupa en la ópera un asiento de la primera fila de platea y otro se sienta en la fila más alta del paraíso, sus impresiones respectivas se diferencian entre sí tanto como las de una persona que contempla su tiempo y de otra que estudia Historia. Cada una de las situaciones tiene sus ventajas: el que está abajo, oye directamente la voz de Caruso, percibe aun su respiración, ve el juego de sus gestos al detalle, y por eso sabe del héroe más que el otro; pero éste, por su parte, abarca todo el escenario. El uno estudia el tenor; el otro, el drama. Por eso, en el gran espectáculo que se desarrolla desde hace ya veinticinco años ante nuestros ojos, yo me he reservado dos localidades, una en lo más alto y otra en primer término, y con frecuencia me cambio de sitio durante el mismo acto.

Se facilita la inteligencia de nuestra propia época por el hecho de que vemos actuar a los hombres muy cerca de nosotros; pero se dificulta, porque no conocemos sus papeles privados. Sin su historia conyugal y sus cartas a los amigos, nos sería más difícil darnos idea del carácter de Lincoln; esos elementos nos ayudan a entender mejor los motivos de su actividad pública. Sin las memorias de la corte de Napoleón no tendríamos ninguna imagen penetrante de él. Tales cosas no son inaccesibles al tratarse de personas vivientes, y por eso, cuando yo comencé a estudiar a Roosevelt le dije: «*The trouble is, Mr. President, that you are still living*». (La dificultad está, señor Presidente, en que usted vive todavía). Se echó a reír y dijo: «*I help it*» (Yo puedo solucionarlo).

2

Aquel a quien, en el curso de la Historia universal, le interesan más los caracteres que las cifras de la economía y las fronteras políticas sólo puede estudiar a los guías de su propia época, a falta de cartas de amor y otras intimidades de su persona, utilizando su fisonomía y su conversación. Ambas cosas han cautivado siempre, en todos los tiempos, al mundo contemporáneo, no por simple curiosidad, sino porque los grandes hombres de Estado son mucho más interesantes a causa de los motivos de su acción que a causa de los resultados obtenidos con ella. Pues éstos perecen; no queda nada de los grandes imperios, desde Alejandro hasta Napoleón; pero sus nombres, sus cabezas, las anécdotas de su vida, se han difundido por el mundo y constituyen un tesoro de prototipos y enseñanzas en el corazón de la juventud, de la misma manera que Robinson y Homero.

También entre los pueblos a quienes cautiva otro pueblo extraño sólo en virtud de su carácter. ¿Qué americano podría acalorarse por la tripartición de Polonia bajo tales o cuales reyes? Y ¿quién se interesa, si no es algunos cientos de oficiales, por los planes de invasión y las escuadrillas de aviones que ahora la han conquistado de nuevo? Pero el mensaje del Comandante de Varsovia, cuando se negó a entregar la ciudad, ha tocado en el corazón de todos los niños, pues habla el lenguaje de una de las pasiones eternas del hombre: el orgullo. Esta es la razón por la cual se reúne la atención de todo el mundo en torno a las figuras de unos pocos hombres que determinan hoy la marcha de la Historia. Sólo gente estúpida menosprecia a un jefe porque practica una doctrina incómoda u odiada. Si yo, como adversario decidido del fascismo, me hubiera abstenido de acercarme a los dictadores, no podría entender sus motivaciones, y, por lo tanto, no podría tampoco contar de antemano con lo que van a hacer. Pe-

ro como desde hace treinta años no me ocupo de otra cosa que de estudiar el corazón humano, y he analizado de cerca el carácter de las naciones y de sus jefes, pude anunciar desde hace ya siete años, en libros y conferencias, los acontecimientos de los últimos meses, en sus líneas capitales y con sólo pequeños errores en el detalle.

Mussolini, al que me acerqué en el año 1928, no se me apareció como el jefe odiado de un mundo antidemocrático, sino que investigué en él a un hombre de Estado, al que se podía suponer, por lo pronto, más o menos parecido a nosotros, sus enemigos políticos. Todavía hoy, en que desde hace siete años estoy separado de él por completo, incluso de manera formal, puesto que ha llegado a ser el amigo público de Hitler y el adversario secreto de las tres grandes democracias, todavía hoy, no temo declarar que para mí es el hombre de Estado más interesante con que me he enfrentado en Europa.

Comenzando, como suele hacerse al analizar a los hombres, por la cabeza, en que reside lo más significativo de la persona, la de Mussolini nos da a conocer enseguida su superioridad sobre la mayoría de sus amigos y adversarios. Por lo demás, conviene contemplar el proceso evolutivo de esa cabeza, lo que resulta fácil a causa de la multitud de sus retratos. De la juventud sólo hay uno, y su amigo (¿no será el hermano?) me contó cuanto hubo de sufrir Mussolini porque su pobreza no le consentía fotografiarse; y ahora, por mucho que lo haga, nunca le parece bastante. Yo le vi examinar atentamente varios retratos que estaban expuestos ante nosotros en la mesa de escritorio, antes de ser publicados, lo que permitió conocer en seguida su debilidad. (Sin embargo, también Hindenburg estudiaba cuidadosamente todos los retratos antes de autorizar su publicación, y tenía ochenta años, que le daban ocasión ciertamente de ser discreto). Es tan consciente del efecto de la apariencia externa sobre la masa, que daría de buena gana una batalla ganada a cambio de no ser calvo. César

llevaba con gusto por ese mismo motivo una corona de laurel, pero tal cosa haría ridículo a un contemporáneo.

En aquel retrato de los veinte años arde la mirada de un fanático o de un poeta. Ya entonces tenía mucho vivido tras de sí. «Mi verdadera biografía —me dijo una vez— está en los primeros quince años de mi vida». Pues de niño, este hijo de un herrero revolucionario de un villorrio italiano se sentaba en un ángulo cuando, en las noches de invierno, venían los amigos de su padre y sazonaban con canela y clavo el vino tinto caliente, como si de este modo se robusteciera en ellos el espíritu de rebelión. Entonces vio el joven cómo su padre admirado iba a la cárcel a causa de sus discursos perturbadores; supo cómo otro anarquista arrojaba una bomba al paso de los reyes de Italia. En esos años, la fragua actuó de un modo eficaz sobre su fantasía. «Esas impresiones —me dijo, contándome de su niñez— dejan una profunda huella en el hombre. El martillo y el fuego me hicieron adquirir pasión por la materia que uno dobla con su voluntad». Cuando murió el padre, miles de trabajadores siguieron el féretro. Honda impresión del muchacho. «Lo que más fuerza me ha prestado en mi vida —me dijo— es proceder del pueblo». Y es evidente que Mussolini ha heredado de su padre y del círculo de éste el poderoso elemento activo de su carácter.

Pero había allí una madre, una pobre maestra, que era reflexiva y tierna, y que dio a su hijo, por el camino de la sangre y de la educación, la otra mitad de su temperamento, con que se modera en él la sombría violencia. Ninguno de los progenitores le trasmitió el cristianismo, que es ajeno a todos los círculos socialistas, y que nunca pudo penetrar por completo en aquella región de Italia que ha producido la mayoría de los hombres de acción y dictadores, la Romagna, donde Mussolini ha nacido. Pero se formó en la poesía, leyendo con pasión a Shakespeare y a Nietzsche, así como también a D'Anunzio, quince años mayor que él. ¡Y, sobre todo, Historia! Su padre leía a los amigos y al mu-

chacho, ante el fuego de la fragua, las obras de Maquiavelo. Esto no es una leyenda: me lo ha contado él mismo. Precisamente en estos años tempranos se formó en su espíritu un ideal de César que no perdió nunca, al que aspiró siempre, y que sólo ha alcanzado de lejos.

¿Qué será de un muchacho tal, que, como los otros adolescentes bien dotados, no sabe todavía si lo que quiere es aspirar al bien de la sociedad o al suyo propio, si aspira a la felicidad del pueblo o al poder? ¿Qué será de él, que está en la mayor pobreza y, lo que es más importante, que siente un desprecio total del dinero, desprecio que todavía hoy le distingue de muchos de sus colaboradores? Va a ser escritor. Mussolini comienza a escribir ya a los diecisiete años, y por cierto, no simples artículos, sino dramas sociales. Pero como nadie compraba sus producciones, de los diecisiete a los veinte años trabaja como maestro y albañil, naturalmente siempre entre socialistas. Su orgullo no ha olvidado nunca el haberse visto humillado en su juventud por la pobreza. Fue a Suiza, pues en Italia era sospechoso como hijo de su padre, trabajó doce horas diarias en la fábrica de chocolate de Orbe, y en Lausana hubo de subir, como albañil, una carga de ladrillos ciento veinte veces al día a una altura de dos pisos; después, no teniendo trabajo, se vio obligado a pernoctar bajo un puente. Una tarde, frente al lago de Ginebra, vio en el jardín de un hotel a una familia que comía tranquilamente su rica cena mientras él pasaba hambre. Cuando iba a pedir pan, se asustó de sí mismo y huyó; no tenía un céntimo en el bolsillo, en el que llevaba siempre, en cambio, un medallón de Carlos Marx. «He renunciado a todos mis recuerdos, e incluso al ideal», escribe entonces en una carta impresionante a un amigo.

«El hambre es buena educadora —me dijo, y al contármelo miraba todavía con rabia—, casi tan buena como el enemigo. ¿Qué podía ser sino socialista, o más bien comunista? También la cárcel es una buena escuela. En la prisión y a bordo, navegando,

se aprende a cultivar la paciencia». Entonces me contó sus once prisiones, sufridas en cuatro Estados, y las llamó buenas vacaciones, de las que de otro modo no hubiera podido disfrutar.

Esta existencia sin descanso se consolidó cuando, expulsado de Suiza, hubo de regresar a los veintiún años, y fue soldado y periodista profesional. En ambas fuentes aprendió, pues tomó la milicia como escuela y obtuvo una enseñanza que todavía hoy le sirve de advertencia para no desencadenar una guerra por cualquier nadería. Es notable cómo el servicio militar de la mayoría de los grandes revolucionarios les aprovecha para finalidades internas que van en contra del régimen imperante. Pues cuando un espíritu rebelde lleva las armas, aun cuando sea dentro de una forma de Estado que él considera enemiga, ello le da ímpetu si es joven y no olvida nunca cuando ha mandado. Más tarde se probó en la guerra, ya mayor de treinta años; fue herido, y pronto fue retirado del frente para escribir en lugar de disparar. En una operación que le hicieron estando herido rechazaba el dejarse cloroformizar porque quería ver lo que hacían.

Pero nunca ha afirmado Mussolini, como Hitler, haber aprendido la estrategia siendo soldado; y cuando yo le pregunté una vez qué haría si un general inepto estropeara en la guerra toda su obra, rompió a reír a su manera sorda y malévola, hizo un movimiento con las manos hacia el suelo, y dijo: «Entonces todos rodaríamos juntos por tierra». En esa respuesta reconocí el cinismo con que hoy enfrenta el futuro. Y como quiera que los dictadores son grandes jugadores, esto les presta el encanto a que sucumben las gentes, especialmente las mujeres.

Entre los veinte y treinta años Mussolini no ha hecho otra cosa que escribir. Escribió una entusiasta historia de Hus, el revolucionario checo, que fue quemado en su tiempo, así como también una novela moderna, que iba dando en su periódico, por entregas que los lectores esperaban con interés, pues habían hecho del héroe su predilecto. Pero en esa época aprendía también

sin interrupción acerca de Europa, de estadística, de literatura, y entregaba lo mejor de su pensamiento en un artículo editorial diario, socialista radical, con lo que se fue formando una especie de público personalmente adicto.

Cuando yo le pregunté por qué un periodista tan grande amordazaba hoy a los periodistas de su país, se escudó en el pretexto de que con libertad de prensa ocurre igualmente que sólo escriben aquello que la gran industria y la Banca quieren ver impreso, pues tales potencias económicas son las que sostienen los periódicos. Es una de sus debilidades, que no osa confesar abiertamente, la de querer reducir por la violencia el espíritu para alcanzar sus fines. Una vez le cité la frase de mi destacado adversario, el profesor Borgese, que hoy se encuentra desterrado, en Chicago (y al que yo naturalmente no le nombré entonces): «¿Qué me aprovechan todas las magníficas carreteras y puentes nuevos, si yo no puedo pensar lo que quiera?».

Entonces me miró con una sonrisa astuta, y replicó: «Puede pensar tranquilamente lo que quiera de mis puentes».

Todavía hoy ama a su periódico, le llama su hijo predilecto, y cuenta cómo él mismo, muy próximo a tomar el poder, estudió la fisonomía de grandes hombres políticos y les entrevistó; hoy sigue leyendo todo lo que se escribe, y sobre todo los ataques dirigidos contra él, pensando a veces: «Ya hubiera podido el burro escribirlo mejor».

3

Mussolini, junto con D'Annunzio, condujo a Italia a la guerra en 1915. En agosto de 1914 era todavía lo bastante socialista para escribir en su periódico: «¡Abajo la guerra! ¡Queremos ser neutrales!». Pero rápidamente reconoció que un revolucionario

tiene más perspectivas en la guerra que en la paz. Pues el político que quiere hacer carrera desea la guerra y la acoge con regocijo cuando es otro quien la hace; el hombre que ya ha realizado carrera más bien la teme, y se mantiene neutral cuando otros la hacen. El gran negocio que quiere hacer todo neutral —en poder, cuando es un dirigente; en dinero, cuando pertenece a la burguesía— se impone a todo y no sólo resulta una infamia sino, lo que es mucho peor, una tontería cuando el jefe de un Estado neutral que no quiere ganar nada, sucumbe al deseo de entrar en la guerra de otros. Todo el mundo sabe por qué entró América en la guerra en 1917, y todo el mundo sabe también por qué no entrará en la guerra en 1940.

Mussolini, con quien yo he sostenido algunas conversaciones sobre esta cuestión que ha vuelto a hacerse actual, echó por delante otros motivos y resumió diciendo «que Italia, si bien victoriosa, al final hubo de enfrentarse con una coalición que nos trató en todos los casos con menosprecio. Hubimos de contar con la posibilidad de enfrentamos con una multitud de Estados, aun cuando estaban cansados. Pero sobre todo, yo quería el resurgimiento de Italia».

Con estas palabras él se tenía presente a sí mismo, y no a Italia. No es maravilla que todo arribista, desde César hasta Napoleón, se haya remitido siempre a los intereses de su pueblo, cuando tenía en la mente los suyos propios. No se trata de un engaño, sino de una autosugestión: ¿Qué gran actor no cree que si recibiera el papel de héroe en el teatro más importante lo haría mejor que todos los demás, y llenaría con ello la caja de la empresa? En Italia, un socialista no podía alcanzar la dirección sino mediante la revolución o la guerra. Mussolini calculaba que ésta podía desencadenar aquélla. Contaba con la victoria, pues sabía que para Alemania la enemistad había de ser más grave de lo que lo hubiera sido para Inglaterra. Inglaterra podía entonces, y puede todavía hoy, derrotar a un país que casi no tiene sino costas más

rápidamente que Alemania, cuyo aliado, Austria, limitaba con Italia sólo en una estrecha zona.

El hecho de que Mussolini traicionara a su dogma socialista para legitimarse personalmente en una Italia conducida a la guerra, no se disculpa por haber recibido como herencia esa falta de principios de una docena de grandes dominadores. Se ve cuán poco pueden, en la mayoría de los detentadores del poder, las ideas por las que antes han luchado. Con un sentimiento creciente de sí mismos, que a veces se convierte en monomanía de grandezas, les parece más importante el papel con el que les ha dotado el destino que todos los dogmas. Todo hombre que manda se justifica, por eso, a sí mismo fácilmente cuando cambia de orientación. El propio Lenin dijo: «Las revoluciones se hacen con la consigna del día».

A esto hay que añadir que los socialistas de todos los países, al estallar la guerra en 1914, abandonaron su dogma, que les prohibía hacer la guerra capitalista, votando todos a favor de los créditos de guerra y empuñando incluso las armas con pocas excepciones como las de Mac Donald en Inglaterra y Liebknecht en Alemania. Cuando Mussolini vio cómo sus camaradas socialistas, a los que había tuteado hacía poco tiempo en los Congresos, disparaban ahora unos contra otros, encontró en ello una disculpa para excitar él mismo a su nación a entrar en la refriega.

Más difícil le fue hacer la revolución después de la victoria; para ello se sirvió del peligro comunista. Pues, como todo lo que Hitler imitó más tarde, también fue él quien se valió primero del «fantasma comunista». Cuando después de la guerra se hicieron patentes en Italia tendencias comunistas, Mussolini las tomó como pretexto para aparecer en calidad de salvador del orden. Pero, como necesitó emplear tres años para hacer grande su ejército de partido, llegó demasiado tarde con su revolución. Cuando en octubre de 1922 hizo la marcha sobre Roma con el pretexto de

salvar a la Nación, es decir, para investir el poder, los peligros comunistas habían pasado hacía ya mucho tiempo.

Se le ha reprochado que hiciera la marcha sobre Roma en coche cama. Es la forma moderna del golpe de Estado. Ya no se ataca a caballo delante de regimientos para arrebatar la bandera al portaestandarte enemigo. Tampoco se marcha hacia la batalla entre músicas militares. Ordenaba desde su despacho de Milán. Sí, ordenaba, aunque en apariencia no era sino redactor de un periódico; pero en Roma temblaban, pues había allí un Presidente del Consejo de Ministros cuya falta de personalidad pude apreciar con mis propios ojos, meses antes, en la conferencia de Génova. Es, pues, completamente cierto que la gente a quien Mussolini quería derribar era más débil que él. Con ello no se ha dicho nada acerca de la verdad de su idea, pero ello es muy elocuente como signo de la fuerza de su personalidad.

Poco antes, decía a un amigo, con ocasión de una visita a Berlín, hablando de esta cuestión del reparto del poder: «Ahora no hay allí sino dos poderes: yo y el rey». Este sentimiento de sí mismo es ya en él, como en todas las naturalezas fuertes, la mitad del éxito. Por maravilla, resulta tan fecundo entre los hombres jóvenes antes de sus éxitos, como entre los mayores, saturados ya. En aquéllos, es la llama que les alumbra; más tarde, viene a arder en un altar, como fuego regularmente mantenido. El gran peligro para el dictador no está en su gran sentimiento de sí mismo antes del triunfo, sino en la monomanía de grandezas que puede asaltarle después de éste. Augusto es el ejemplo aleccionador. César fue precisamente asesinado todavía en el momento apropiado para formar una figura señorial.

Quiero aportar dos ejemplos de cómo era Mussolini cuando se estaba a solas con él, y cómo es todavía hoy. En octubre de 1922, cuando el rey, rodeado de hombres débiles, cedió al ejército en marcha de los fascistas revolucionarios, y telegrafió a su jefe llamándolo al gobierno, éste recibió el telegrama decisivo ha-

llándose en la redacción. Empujó las puertas del cuarto inmediato, donde su hermano se ocupaba de la impresión del periódico. Pero ¿qué gritó? ¿He sido nombrado? De ninguna manera. Gritó:

—Arnoldo, hay que preparar un número extraordinario.

—Pues ¿qué pasa?

—El nombramiento.

En otra ocasión le vi en la situación inversa. Todas las semanas en que nos ocupábamos por la tarde de despachar las conversaciones que yo preparaba, solo siempre en la sala gigantesca del Palazzo Venezia, él era de una naturalidad extrema. Pero una vez en que había entrado un obrero para reparar rápidamente un aparato telefónico, estuvo durante cinco minutos en posición forzada ante mí, pues hacía teatro para el obrero, que hubiera podido contar a sus camaradas después cómo era en realidad el Duce. Sólo gentes a quienes les gusta la «pose» le han descrito de otro modo. Así, uno de los jefes nazis de peor fama, el señor Von Neurath, a quien Hitler ha nombrado más tarde protector de Bohemia, ha inventado una escena en la que Mussolini, recién nombrado, le recibía en actitud napoleónica, con los brazos cruzados ante la chimenea. Pues, en realidad, es el hombre más natural del mundo, y nadie mejor que yo puede testimoniarlo, ya que casi todas las demás personas que lo visitaron, o son dependientes suyos, o desean algo de él.

Pero por el contrario, si habla en la *piazza* o se muestra en las grandes paradas, adopta sobre el caballo o en el auto la «pose» que ama la multitud. Pues así como los americanos se reirían de un Presidente que fuera por la calle con una cara adusta de preocupación, los italianos exigen precisamente esa «pose» de su jefe de Estado. El *pathos* de los italianos es una de las pocas explicaciones de por qué las dictaduras duran aquí mucho: el humor de

los americanos, por el contrario, es el medio más seguro para excluir definitivamente toda dictadura.

Sólo con este modo de ser ha logrado Mussolini, que llegó al poder a los cuarenta años, mantenerse hasta hoy, durante diecisiete años. En lugar de bramidos y «poses», Mussolini, apenas tuvo el poder en sus manos, supo asir, con toda la flexibilidad que ha caracterizado a la diplomacia de su país a lo largo de la historia, a todos los partidos y personas. Pues no era el primer dictador, sino que, como él me hizo observar, le han precedido novecientos en Italia. (Entre los tales parece que mete en la cuenta a todo alcalde terco). Pero todos ellos, incluido César Borgia y otros grandes *condottieri*, a los que se asemeja Mussolini en lo interno y lo externo, no eran de manera alguna soldados salvajes y bárbaros, pues la educación de siglos en las cortes de los Papas, duques y grandes Repúblicas, formó para el poder, en este pueblo mediterráneo, a hombres tan elegantes como osados, y tan activos como flexibles, en una mezcla maravillosa que ningún pueblo de la actualidad posee.

Con esa astucia, habilidad y elasticidad supo Mussolini disimular su revolución, pues, como él mismo dijo, comenzó con el cincuenta por ciento, dejando durante años que subsistieran los partidos, y después aplastándolos poco a poco. Para ello tuvo que asesinar a un hombre destacado. Cuando yo le mencioné a Matteotti, cuyo nombre no había sonado en su cuarto durante años, me dijo con una calma completa: «En los Estados democráticos tienen lugar con la misma frecuencia crímenes políticos. Bajo Napoleón III y en la República francesa se dieron muchos casos misteriosos, y en la nueva Alemania (1932) se han dado más asesinatos que en ningún otro país».

Si se compara eso con la brutal precipitación empleada por Hitler para desarmar en tres meses a todos los otros partidos, asesinando y encarcelando, salta el contraste entre los hábiles países meridionales frente a los bárbaros rabiosos.

A esa manera de proceder, se une, por contra, el modo resuelto y rápido con que Mussolini adopta las decisiones verdaderamente grandes. Cuando yo le pregunté qué hubiera hecho si su marcha sobre Roma hubiese fracasado, exclamó: «Eso no estaba previsto. Si yo lo hubiera considerado posible, ¿cómo hubiera podido actuar?». Dispara esta frase de modo agudo y hostil, como un mariscal que se acuerda de su mejor victoria. En momentos tales se está próximo a captar en su voz, en su mirada, en el rápido y singular gesto de su mano derecha, al hombre de voluntad. Esos tonos son tan raros en este hombre siempre recogido, siempre con respuestas sordas, que se comprende entonces cuánto dominio de sí mismo oculta. Hace treinta años —me contaba —, escribió su primer artículo político sobre la «Virtud de la paciencia», porque él mismo no tenía bastante.

4

De la actividad de un dictador lo que ve siempre el mundo es tan sólo la política externa. Sus mayores luchas, el trato con sus funcionarios, y lo que cada día y cada hora tiene que hacer para que sus amigos no se tornen en enemigos, eso muy ocasionalmente recibe publicidad. Las tensiones y pasiones entre los fascistas dirigentes, el odio con que persigue su jefe y antiguo amigo a uno de los más famosos, son cosas conocidas fuera de Roma. Han traspasado en todos los tiempos las cortes de los califas y emperadores, el ambiente de los antiguos triunviros y el cuartel general de los modernos *Generalissimi*, y con frecuencia han llevado al asesinato de un hombre que ha querido elevarse por encima de los otros.

Es natural la comparación con sus grandes modelos. Sobre Napoleón tiene Mussolini ideas muy críticas. Al igual que Ke-

mal Pachá, el difunto fundador de la nueva Turquía, me explicó prolijamente las faltas cometidas por Napoleón, y lo que él hacía para no incurrir en las mismas. «Quizá tenía algo de brutal en sí —me dijo de Napoleón, y quizá no notaba que él mismo tenía también momentos semejantes—. Por lo demás, los jacobinos estaban contra él porque había ahogado la revolución; los legitimistas porque era un advenedizo; los creyentes, a causa del Papa. Sólo le amaba el pueblo bajo, porque durante su gobierno tenía de qué comer. El pueblo es además el más sensible a la gloria. Pues la gloria no es una cosa que haya de comprenderse, sino que es preciso sentirla… A pesar de todo, mi respeto por él ha aumentado en los últimos años». Cuando yo le pregunté si pensaba como el joven general Bonaparte que un trono vacío invita a sentarse en él, puso Mussolini su rostro irónico, abriendo mucho los ojos y sonriendo, me dijo: «De entonces acá los tronos han perdido mucha de su fuerza de fascinación».

Por quien Mussolini siente una verdadera veneración religiosa es por César. En una ocasión en que le atraje a la ventana para prevenirle contra sus aduladores, uno de los cuales acababa de salir en aquel momento de la sala, recordándole al bufón que César hacía sentar en su Biga secretamente para protegerse de la borrachera de la multitud, se puso muy serio, denegó y dijo que conocía muy bien ese peligro. Pero César… «El asesinato de César fue una desgracia para la Humanidad. —Y entonces añadió en voz baja, con un tono singularmente agitado—: Yo amo la figura de César. El más grande de todos los hombres que jamás han vivido. Le quisieron llevar la cabeza de su enemigo Pompeyo, y en lugar de eso ordenó César que se le hicieran unos funerales. Es el único en quien la fuerza de voluntad del soldado se une al genio del sabio. En el fondo era un filósofo que contemplaba todo desde puntos de vista eternos. Amaba la gloria, es cierto, pero su ambición no le separaba de la Humanidad».

Otra vez que le hablé de César, tomó de la mesa que estaba tras de él un libro abierto, y leyó algunos versos del comienzo del *César* de Shakespeare, en italiano. Después volvió a dejar nuevamente el libro, se apoyó sobre el brazo e hizo una pausa, como si pareciera querer sólo una conversación platónica, y no activa.

«Y, sin embargo —dijo al fin—, es increíble cómo cayó en la trampa».

Le pregunté si se refería al hecho histórico, no sólo al drama.

«Naturalmente. ¿No conocía la lista de los conjurados? Es verosímil que no quisiera saber más y buscara él mismo la muerte».

Esta curiosa interpretación de César, y sobre todo su inclinación hacia él, está relacionada con el desprecio de Mussolini hacia la multitud, desprecio que le es común con el propio César. Sobre este punto ha sido más franco que otros, al menos hablando conmigo, y he podido aprender bastante para la Historia en este aspecto. En todo caso, él cree que no se puede gobernar sin despertar temor.

«También un dictador puede ser querido —me dijo otra vez — al mismo tiempo que le teme la multitud. La multitud ama al hombre fuerte. La multitud es una mujer».

Esto puede explicar el amor-odio que todas las multitudes sienten hacia los dictadores. Cuando, en cierta ocasión, encontré al Duce de uniforme en su sala, porque esperaba el paso de una manifestación fascista y quería saludarla, me asusté, tan cambiado estaba. Las escaleras del gigantesco palacio se encontraban llenas de oficiales, el tono era elevado y riente, y yo me sentía desplazado como único civil. Dentro de la sala, sin embargo, Mussolini estaba muy sosegado, sin que se viera en él nada de la fiebre de las candilejas de un cómico. Me preguntó sobre Abisinia (era, naturalmente, mucho antes de la guerra), de donde yo venía precisamente, y le conté algo de las fuentes del Nilo azul. Cuan-

do los gritos de abajo le reclamaron al balcón, yo entré en la ventana vecina y contemplé su perfil; de qué manera miraba ahora con rasgos irónicos al mar agitado de la multitud gritadora. Hizo seña de silencio, pronunció unas treinta frases que no tenían nada dentro, se dejó vitorear otra vez, y luego entró y me pidió que continuara lo que le iba diciendo en el mismo punto en que habíamos interrumpido nuestra conversación.

No habló con palabras críticas sobre la multitud. Pero el modo como pasó sobre el espectáculo, como si fuera un incidente, sin referirse a él, la vista de su perfil, la vaciedad de las frases echadas a la masa, me mostraron todo su desprecio.

«La masa no es nada por sí misma —me dijo más tarde, al preguntarle yo—, sino un rebaño de ovejas, hasta que no se la organiza; pero no por eso estoy en contra de ella. Le niego tan sólo que pueda gobernarse por sí misma. Si se la guía, hay que hacerlo con dos bridas: el entusiasmo y el interés, el lado místico y el lado político. ¿Puedo acaso pedir a la multitud la vida incómoda y peligrosa que yo llevo? Eso no es para todos. Cada discurso que se dirige a la multitud tiene la doble finalidad de aclarar la situación y sugerir algo a las masas. Por eso no se puede prescindir de los discursos populares si se quiere excitar a la guerra. A aquellos que no les aporta nada, les queda la esperanza. Yo lo sé bien desde hace treinta años. En Milán se vaciaban las calles cuando se me anunciaba como orador».

Al hacerle presente yo que, según sus propias palabras, preparaba sus discursos durante meses, de manera que el estado de ánimo de la masa de oyentes no podía cambiar nada en ellos, dijo:

«Eso es como la edificación de las casas americanas. Primero se edifica todo el armazón en obra de acero. Después se pone el cemento o ladrillos o bien un material costoso. Para mi discurso de octubre tenía ya preparado en abril el armazón. Luego dependerá de la atmósfera de la *piazza*, de los ojos y voces de los millares

de almas, el que yo lo rellene de argamasa, o de ladrillo de mármol. La multitud no necesita saber, sino creer. Tiene que dejarse configurar. Cuando yo siento la masa en mis manos me asalta a veces una aversión como la del artista contra el mármol que un momento quisiera destruir lleno de rabia, porque reproduce y da forma a su visión de manera exacta. Todo depende de dominar a la multitud como un artista».

Es sorprendente que la multitud no se aperciba de este desprecio. Habiendo estudiado durante años el carácter del pueblo italiano y habiendo aprendido a amarle al mismo tiempo, lo considero un pueblo crítico, músico, patético, indisciplinado y, en cualquier caso, no militar. De todo ello sólo el *pathos* parece acomodado al fascismo. Y eso lo sabe bien Mussolini. Ese conocimiento crítico de su pueblo no le ha impedido el gran experimento de su vida, y ello parece temerario o admirable. Pues aunque lo lleva adelante sin una gran guerra, no faltan en cambio los gritos belicosos, las armas, tanques, acorazados, y una militarización general de una nación que de ninguna manera ha nacido para ello. Llegó a concederme que, precisamente para el pueblo italiano, tan crítico, es nuevo en la historia el intento de educarlo en los sentimientos de masas y en la vida colectiva. Igualmente reconoció que en este aspecto no hace cosa distinta a lo que hace Stalin con los rusos: poner orden, sin más. Pero ahí están también los límites de su aventura. Tal vez sea precisamente ese escepticismo frente a su propio pueblo lo que en alguna ocasión constituye la salvación para él.

5

Mussolini ha expresado una de las críticas más agudas contra toda forma de teoría racial, en artículos suyos, así como en nues-

tras conversaciones. Eso era todavía antes de que Hitler subiera al poder; yo no tenía, pues, ningún motivo político para interrogarle sobre ello.

«Naturalmente no hay ninguna raza pura —decía con viveza —. Ni siquiera los judíos han permanecido sin mezcla. La fuerza y la belleza de una nación han sido con frecuencia justamente resultado de mezclas felices. Los americanos ofrecen el mejor ejemplo de esto. La raza es un sentimiento, no una realidad; el noventa y cinco por ciento es sentimiento. Yo no creeré nunca que se pueda probar biológicamente la raza más o menos pura. Es curioso que los heraldos de la llamada raza noble germánica sean todos ellos no germanos: Gobineau, francés; Chamberlain, inglés; Laponge, francés también; Woltman, judío. Chamberlain incurrió incluso en el exceso de llamar a Roma la capital del caos. Una cosa tal jamás nos ocurrirá a nosotros. El orgullo nacional no necesita de delirios raciales».

Y al llevarle hacia el punto del antisemitismo, completó su pensamiento:

«Eso no existe en Italia. Los italianos judíos se han acreditado siempre como buenos ciudadanos y se han batido como soldados valientes. Ocupan posiciones destacadas en universidades, bancos, en el ejército. Muchos de ellos son generales. Della Seta es uno de nuestros mayores sabios».

Esa tolerancia se acomoda con sus profundos sentimientos acerca de Dios y del destino. Cuando hablamos de estas cosas, el día antes de Pascua, y él se denominó a sí mismo fatalista, cuando me contó lo mal que soportaba de niño en la iglesia el órgano y las velas y, sin embargo, en su primer discurso ante la Cámara invocó el auxilio de Dios, le planteé la cuestión de si un discípulo de Maquiavelo podía creer en algo.

«Ya eso sería algo en sí mismo —dijo él rápidamente y riendo. Después se colocó ante el círculo luminoso de la lámpara y con-

tinuó—: En mi juventud yo no creía en nada. Había invocado inútilmente a Dios para que salvara a mi madre. Todo lo místico me es extraño, colores y tonos del claustro en el que pasé un tiempo siendo niño. Pero no excluyo que alguna vez haya habido una aparición sobrenatural y que la naturaleza sea divina. Creo ahora que hay una fuerza divina en el Universo. Los hombres pueden adorar a Dios de muchos modos. Hay que dejar a cada cual que lo haga a su manera».

Planteado por mí el dilema entre la voluntad y el destino me dio la siguiente hermosa respuesta: «Hay que reaccionar con la voluntad contra el fatalismo. Es una lucha interesante. La voluntad tiene que preparar el terreno sobre el que ha de desplegarse el destino. ¡Obrar, formar! ¿Qué es la gloria, entonces? Un consuelo a lo sumo: que uno no va a morirse por completo. La inmortalidad es la prenda de la gloria. Pero viene después».

6

Una comparación entre Mussolini y Hitler es en todos los puntos favorable al primero.

El efecto de Hitler está en el ritmo de su voz: para alcanzar su meta tenía que ser un orador. En Alemania no se había conocido nunca un gran orador popular. Los reyes y emperadores habían hablado siempre de arriba abajo en el palacio o en los banquetes, los ministros en el Reichstag. Bismarck pronunció su primer discurso popular a los setenta y siete años, cuando era un viejo jubilado. Tampoco los jefes de los partidos populares tuvieron nunca un orador verdaderamente grande desde hacía una o dos generaciones.

Con Hitler apareció un orador que fascinaba a los alemanes porque sus discursos eran la equivalencia de la música de Wag-

ner: motivos que se reiteran tercamente, superinstrumentación, sollozos y gritos, repetición por las masas corales; y sobre todo una especie de crepúsculo musical para el que se utilizaban amontonados Dios, los héroes, la raza, igual que en *Lohengrin*. Hitler ama exclusivamente a Wagner, que penetra también en el hombre no musical, y emplea en sus discursos lo que en él ha aprendido. La pomposidad y, al mismo tiempo, la nebulosidad, lo brutal y simultáneamente inocente, es lo que hace sus discursos tan sugestivos para los alemanes. Sobre todo Hitler se representa el gobierno como un acto de una ópera de Wagner, con relucientes armaduras. Mussolini, por el contrario, saca sus modelos de la historia y no del teatro.

Cuando Mussolini habla en la *piazza* hace penetrar en la multitud con martillazos su sistema metálico en frases simples. La gente se va a casa diciendo: «Le hemos entendido, y tiene razón». Cuando habla Hitler, crea en la sala una nube vaporosa, se empina sobre un llanto medio chillón, se conmueven todos y se van a casa diciendo: «No le hemos entendido. ¡Qué grande debe ser!». El teatro de Hitler está indicado en el aparato que tiene instalado en la tribuna, mediante el cual, apretando un resorte con el dedo, dirige sobre sí los proyectores cuando se propone caer en éxtasis. Mussolini habla en un país en que casi todo el mundo es orador nato; no puede con ello asombrar al pueblo, y sólo lentamente lo ha conquistado. La diferencia entre ambos modos de hablar: claro en éste, místico en aquél, corresponden a la música nacional de ambos pueblos: Verdi y Wagner.

También se distinguen ambos oradores dictatoriales en que uno casi nunca habla de sí mismo, y el otro casi siempre. Incluso cuando pronunció el discurso de la victoria, después de la guerra abisinia, en mayo de 1937. Mussolini dijo sólo dos veces «yo». Hitler pronuncia esta palabra cien veces en cada discurso, y entiende la nueva historia alemana como una expresión de su personalidad.

Todo su libro es ataque y odio. Tampoco Mussolini es un ser dado al amor, y en cierta ocasión me dijo que él no pertenece a la clase de César, que olvidaba a sus enemigos, sino a la de Bismarck, que los odiaba. Pero es hombre de actividad constructiva también, y ha gobernado a Italia sin guerra durante trece años.

Mussolini es hombre cabal, padre de una gran familia que aumenta constantemente. (Además se han conocido tres mujeres como amigas suyas: una rusa, una judía y una francesa). Cuando comenzó su gobierno, recorrió medio país manejando su coche para mostrar al pueblo que sabía «manejar»; ahora, con cincuenta y cinco años, hizo su examen de piloto aviador. A veces agarra él mismo el hacha, conduce un tractor, para ofrecer un ejemplo material.

Hitler no practica ningún deporte, no sabe conducir auto; también en esto se venga de él su soñolienta juventud. A esto hay que añadir el sentimiento del cómico que representa un papel de rey. Mientras que Mussolini, en su apariencia y conducta, representa todavía hoy al hombre del pueblo, Hitler es el pequeño-burgués que nunca elige bien un abrigo o una corbata. Mussolini muestra en todo su sentido de la representación, como se ve, por ejemplo, en su gigantesca sala, mientras que las habitaciones de Hitler muestran el gusto del tapicero.

Mussolini ha aumentado constantemente su cultura durante un trabajo de quince años. Primero aprendió francés y alemán, y luego inglés, durante la dictadura. Hitler, que en la época del aprendizaje juvenil de Mussolini se pasó ocho años sin hacer nada, no encontró tiempo para aprender una sola lengua. Mussolini quiere aprender siempre, Hitler siempre enseñar. Todo visitante de Mussolini recibe preguntas, y cuando el visitante se va, Mussolini ha aprendido algo. Todos los visitantes de Hitler aseguran que sólo él habla de modo ininterrumpido; truena ante el visitante, mueve los ojos, tamborilea contra los vidrios de la ventana. Y de repente despide a su huésped.

Hitler tiene con frecuencia tiempo libre para charlar; Mussolini, nunca. El uno abandona su capital a lo sumo en verano, trabaja sin interrupción en todos los ramos, no hace vida de sociedad, no recibe huéspedes; trabaja. Hitler se pasa la mayor parte del año en una casa de campo, en un rincón alejado del Reich. ¿Con quién se relaciona en ella y en Berlín? De preferencia, con actores de cine.

Digamos que ambos hombres han levantado en sus pueblos el sentimiento de su propio valor; por caso singular, arrancándoles la libertad de discurso. Pero si ello es verdad, el acontecimiento resultaría mucho menos peligroso para el mundo en Italia que en Alemania. En aquélla, un pueblo típicamente crítico habría sido educado en una mayor disciplina; pero el cínico Mussolini conoce las debilidades de su pueblo, mientras que Hitler cree en realidad todas las insensateces que manifiesta acerca de los germanos. En Alemania, el pueblo más disciplinado de la tierra ha sido espoleado hacia la obediencia en grado sumo, en lugar de soltar sus lazos en el sentido de la libertad, como hubiera sido conveniente.

Mussolini se encontró un pueblo que desde hacía siglos no era tenido ni se tenía por militar, y trató de formarle a su manera para la guerra.

Si Mussolini tuvo que luchar permanentemente contra el tradicional concepto de libertad de los italianos, Hitler no tuvo más que decirles a los alemanes obedientes, que nunca habían tenido tal concepto, que su breve excursión hacia la libertad había sido un extravío y que la esencia del Estado se encuentra en la autoridad, y todo afluyó hacia él. Mussolini necesitó ocho años hasta conseguir que el último profesor prestara el juramento; a Hitler le bastaron ocho semanas. Mucho tiempo antes de Hitler, dije yo a Mussolini que lo que él hubiera necesitado como material para su obra eran los alemanes, y él me confirmó cuán grandes le parecían las ventajas del viejo entrenamiento militar prusiano.

7

Grande fue el asombro del mundo al ver cómo el dictador discreto se doblegaba ante el loco. Para ello fueron menester tanto ciertas debilidades como secretas razones.

Las debilidades de Mussolini las he experimentado yo por primera vez cuando modificó aquellas conversaciones de que he citado aquí algunos fragmentos. Después de haber leído las pruebas de imprenta sin modificar nada, aprobándolo todo, y publicado trozos en su prensa, después de que hubo circulado libremente el libro por todos los países, se asustó tanto del efecto que, en una nueva edición de la versión italiana, redujo el texto para suprimir lo relativo a Dios, al fatalismo, la iglesia y la fe. Toda Italia lo supo y comparó ambas redacciones. El Papa hubo de decir en una ocasión a una persona de su confianza: «Este hombre ha llevado a Mussolini a decir verdades que hubiera debido callar siempre ante la multitud».

El modo como cedió en este caso y los detalles del hecho me mostraron lo pronto que podían influir sobre él.

Mucho peor fue su confesión de la doctrina racista, sobre la que se había expresado siempre despectivamente. Fue la condición que puso Hitler para concertar un gran suministro de bronce y otras cosas que necesitaba Mussolini, atándole de este modo a aquel escándalo público para no encontrarse solo en el mundo con su persecución racial. Por la misma razón, Mussolini prohibió de repente en escuelas y universidades la enseñanza de Maquiavelo, que hasta entonces había constituido su Biblia; pues este italiano prevenía en contra de toda alianza con los bárbaros del Norte.

Antes de plantearnos la cuestión final de lo que Mussolini hará en los años próximos, preguntemos ahora lo que ha conseguido para Italia en el curso de diecisiete años.

En el exterior ha sometido a unos pocos millones de negros, cuyo país se dice que oculta tesoros no vistos por nadie hasta ahora. Fue una incursión sin ganancia. Mussolini ha elevado, sin duda, el respeto del mundo hacia una Italia poderosa, disminuyendo al mismo tiempo la inclinación hacia una Italia bella. Antes de él este país era muy amado; ahora no es muy temido. En el interior ha querido cambiar por la violencia el carácter del pueblo, y todos los amigos de Italia ven con alegría que ha conseguido tan poca cosa como cualquiera otro que se hubiera propuesto hacer lo mismo en un tiempo tan breve. El orden no es mayor, los trenes llegan tan retrasados como antes, y cuando las gentes que en el sur no gustan de trabajar mucho rato, antes se iban a la plaza a charlar a mediodía con treinta minutos de anticipación, ahora lo hacen sólo un cuarto de hora antes. Ninguna clase social se encuentra mejor que antiguamente. El espíritu ha huido en todo este tiempo del país, no se han producido más poetas y artistas. Han sido desterrados grandes cerebros. La responsabilidad histórica de Mussolini es que ha sido el primero en volver a oprimir a un pueblo culto, animando con ello a otros aventureros para que en sus países intenten hacer lo mismo. Las carreteras y canales, las líneas de navegación aéreas y marítimas de que se vanagloria su sistema no han surgido a causa de éste, sino por el espíritu de la época que ha producido igual resultado durante la misma etapa en las grandes democracias. Tampoco los armamentos han fortalecido a Italia más que los suyos respectivos a los demás países en igual tiempo.

Del llamado fascismo, palabra que no significa otra cosa que unificación en un haz, no quedará después de la muerte de su jefe sino una cierta nueva ordenación externa de capital y trabajo, según se intenta realizar al mismo tiempo en todos los países. El

denominado Estado corporativo es una frase vacía creada para disimular el aplastamiento de la representación popular. El pueblo italiano recobrará también en la apariencia externa su ser natural, con sólo unas perturbaciones más o menos vivas, que, de otra parte, pudieran ser favorecidas por la casa real. El que se establezca allí un Estado socialista depende del resultado de la guerra.

Lo único que puede contar a favor de Mussolini en la Historia, después de tan gran sacrificio de sangre y libertad, es el haber atraído al mundo tanto tiempo con una personalidad tan interesante y bien dotada. Se ha elevado a la altura de un concepto y ha resucitado la idea romántica del *condottiere* del Renacimiento y de dictador de la antigüedad. El que entre en la Historia como organizador de importancia o como figura trágica va a depender del quinto acto de su vida, pues Mussolini se encuentra ante su decisión más grave: ¿entrará o no entrará en la guerra?

A favor de su entrada en la guerra habla el argumento de que, al final de ella, como en 1915, ha de encontrarse frente a una potencia o una coalición que habría de tratarle mal si no. También abona la presunción de que entre a participar en la guerra la idea de que, tras la caída de un dictador, la opinión mundial exigiría la caída del segundo. Si se derrumba en Alemania la forma de gobierno que, aun cuando no la haya fundado Mussolini, es imitación de la suya, cosa que sería indudable en el caso de la neutralidad de Italia, entonces se podía querer extirparla por completo del mundo. «El neutral —me dijo una vez—, se hace siempre antipático, como quien se escurre para no tomar partido».

Por contra hay importantes razones a favor de la permanencia dentro de la neutralidad, pues apenas encontraría el punto de unión con la Entente. En sí mismo es un amigo apasionado del espíritu francés en lo que se refiere a cultura y ciencia, y desprecia el espíritu alemán.

También hace presumir que ha de permanecer neutral su respeto hacia la flota inglesa, que puede cañonear, de acuerdo con la flota francesa, la mitad de sus costas, aun cuando su ejército estuviera en Niza. Además conoce la antipatía de todo el pueblo italiano, sin excluir a los fascistas más ardientes, hacia Hitler y el nazismo. En tercer lugar no se le oculta el miedo a la guerra de los italianos, y la gratitud que le testimoniarían si no los llevase a la refriega. Y, por último, sabe que si lo hiciera, sería el único caso en que le amenazara la revolución.

No es, pues, imposible que con la llamada neutralidad benévola de Mussolini se desarrolle ante nuestros ojos el derrumbamiento de Hitler mientras que aquél, a cambio de una neutralidad bien pagada, levantaba el país por encima de todas las dificultades de alimentación y de dinero.

Mussolini, que en diecisiete años de dominación sólo ha hecho una guerra, para él sin peligro, contra negros africanos, pero que ha evitado siempre con cuidado la guerra en Europa, no está atacado de manía cesarista. Hay que tener en cuenta además que yo mismo no he podido observarle personalmente sino hasta el año 1932. Algunos de mis amigos aseguran que en los últimos siete años ha cambiado. No creo que un hombre pueda cambiar su manera de ser en la cincuentena, sin que se hayan producido nuevos acontecimientos de volumen y permaneciendo siempre con el mismo poder y en el mismo puesto. Ha fundado un llamado *Impero* que se extiende a diez millones de negros, que no rinde nada, que cuesta miles de millones, y que el pueblo acoge con chistes y anécdotas. Lo ha hecho para dar a su teoría militar un ejemplo barato, y para crearse nuevos puntos de apoyo.

Hoy no hay ningún hombre en toda Italia que se proponga ir contra Francia, pues Francia es en Italia más querida que Alemania, No es un país que haya triunfado últimamente sobre Italia ni le haya impuesto ningún tratado. El sentimiento de revancha que domina a la juventud alemana educada por Hitler, falta por

completo en un país que ha ganado la última guerra, hombro con hombro junto a Francia.

En todo caso, la decisión se encuentra en las manos de Mussolini. Si él apoya en su aventura a su imitador, terminará hundiéndose con él. Si se mantiene alejado, demostrará cuánta es su superioridad sobre él en cuanto a prudencia política.

STALIN

El verdadero despotismo se desarrolla a partir del sentido de la libertad. Este hace esfuerzos en lo indeterminado, quiere imponerse, sin estar siempre en condiciones para ello ni adquirirlas. Si entonces se logra, he aquí el Déspota.

GOETHE

1

En la gran catedral se hallaba reunida, con ocasión del cumpleaños del Zar, vistiendo uniformes brillantes, la gente importante de la provincia, para rogar por la vida de Alejandro III. Tan pronto se ponían de pie como se arrodillaban. Después de un preludio, alzó su voz un coro de muchachos, invisible en lo alto de la galería, y cuando enmudeció el coro, una sola voz de chico se elevó sobre las otras, tan clara y fuerte, que las gentes que escuchaban abajo prestaron oído admirando las dotes del desconocido joven que cantaba. Nadie, fuera de los dirigentes que le habían descubierto, sabía quién era.

Estamos en Tiflis, la capital de Georgia; escribimos el 26 de febrero de 1894, y el joven que canta de manera tan bella en honor de su querido Zar, es el hijo de un zapatero a quien su madre había llevado con muchos esfuerzos al seminario eclesiástico para que así, por fin, uno de los hijos pudiera subir sobre el nivel de miseria en que vivía la familia y ascender al clero. De este modo tan paradójico dio comienzo la vida de José Stalin.

Y así fue cómo, precisamente a causa de esta escuela religiosa a que se le obligaba, se le desarrolló la resistencia y la desconfianza que le empujaron al otro extremo.

«En modo alguno —cuenta él mismo— me hice socialista, como se afirma, a los seis, ni tampoco a los diez años, por efecto de no se sabe qué impulso interno. Mis padres carecían de ilustración, pero eran muy buenos para conmigo. Sólo cuando estuve en el Seminario me fui, por oposición, hacia este régimen. Allí no había sino moscardones. Por la mañana, a las nueve, se nos llamaba para tomar el té; pero cuando volvíamos a las nueve y media ya habían registrado todos los cajones. Y de la misma

manera que nuestros papeles, maltrataban también nuestro corazón. Esto era ciertamente insoportable. Ahí me preparé desde entonces para la protesta. Cuando los primeros grupos ilegales de marxistas rusos llegaron al Cáucaso, comencé yo a tomar gusto a sus escritos».

Habla, y al contar eso, también la voz juvenil parece haber volado, con todos los otros recuerdos de iglesia. Estábamos sentados en una larga mesa de consejo, en una habitación fría, clara, mediana, de un cuerpo de edificio anejo al Kremlin, y Stalin dibujaba ahora al hablar, y siguió dibujando durante dos horas, signos y figuras en papeles que sacaba de un montón de cuartillas colocado ante sí y que luego tiraba al cesto una vez llenos con los jeroglíficos que había trazado. Lo dibujaba todo con un lápiz rojo, cuya curiosidad consiste en que teniendo este lápiz también una punta azul nunca la usaba.

Tal vez no dibujaba por nerviosismo, sino para no mirar a su visitante. Yo, al menos, no he conseguido atrapar en él sino muy raramente la mirada, que delata siempre al alma humana, una mirada gris, astuta, o incluso sombría.

Para que él llegara a sentarse aquí, en la plenitud de su poder, tuvo que recorrer un largo camino, mucho más largo que el que yo he necesitado seguir hasta verme aquí sentado enfrente de él. Pues para él este ámbito, con todo lo que significa, es la meta de su vida, mientras que para mí es tan sólo la caza de una nueva mariposa a fin de completar mi colección de caracteres humanos. No puedo decir que sea el más interesante ejemplar de esta colección. Pero pienso con un cierto asombro en la cantidad inaudita de fuerza humana que este hombre ha tenido que desarrollar hasta llegar al lugar donde se encuentra. Qué vida rica y atreví da, cuántos centenares de peligros físicos, martirios espirituales, cuántos miles de repentinas sorpresas, desengaños y privaciones, muy grandes y pequeñitas, altiveces y humillaciones: una cadena de emociones a lo largo de cuarenta años; una vida repleta de

sentimiento más que de pensamiento, de actos más que de sentimientos.

Pues tales hombres tenaces que arden en su juventud por un ideal, al que sacrifican todos los goces de la vida, se transforman sólo muy lentamente, y casi siempre de manera inconsciente, en hombres que buscan el poder como tal, y aun entonces, cuando lo tienen, no es tampoco éste su único móvil. Tantas veces como olviden su sueño de juventud, éste vuelve a hacerse presente de nuevo ante sus ojos. El auténtico revolucionario —y entre los tres dictadores solamente Stalin lo es— no perderá nunca por completo su primera visión. Quien crea, a causa de un rodeo y desviación sorprendente, que ha renunciado ya a la revolución, llegará un día en que se asombre.

Cuando, en aquella época lejana, el hijo del zapatero y novicio de la iglesia ortodoxa abjura del mundo clerical, su difícil camino comienza con un disfraz: se viste en secreto con una blusa de obrero para ir a encontrarse con sus nuevos amigos. Fue reconocido una vez al regreso y como hacía tiempo que era sospechoso de andar con escritos prohibidos, le expulsaron del claustro de la noche a la mañana. ¿Qué nombre se puso? Adoptó un nombre ruso impronunciable que, al fin, él mismo ha olvidado. Y luego se llamó Soso y después Kobe, David, Ivanovich, y sólo después de una serie de otros seudónimos encontró, cuando tenía veinte años, el nombre, igualmente postizo, de Stalin, que no se acomoda para nada a su apariencia y manera de ser.

Durante diecisiete años hubo de vivir como ser anónimo bajo nombres cambiantes, pues siempre estaba la policía sobre sus pasos. Esta vida ilegal ha sido siempre el destino y al mismo tiempo el goce secreto de agitadores subterráneos, incluso ya en la antigüedad. Con una inseguridad tal de la vida diaria crece en un alma joven la idea de que toda amistad es dudosa: se desarrolla la precaución y, sobre todo, la desconfianza. Esta vida de continuo cambio para sustraerse al poder del Estado, siempre con nuevos

disfraces, trajes y arreglos de la barba, tenía que educar al joven en el disimulo, y es sorprendente que a pesar de ello Stalin haya conservado, o quizá recuperado, su sencillez.

Hay que representarse con toda claridad la vida anterior de un pobre hijo de artesano, antes de poder juzgar al hombre de cincuenta o sesenta años que ha llegado a dictador omnipotente: sólo entonces se le entenderá bien. Stalin, por ejemplo, ha sido desde los dieciocho hasta los treinta y ocho años un agitador casi incesantemente perseguido, expulsado siempre, siempre fugitivo, de Tiflis a Batum, de allí a Bakú, después a Petersburgo, y entre todos estos domicilios de fuga, sufrió seis prisiones, cada una de tres a diez meses, y después fue desterrado seis veces a Siberia, de donde huyó cinco veces al cabo de pocas semanas o meses de estar allí, reapareciendo de nuevo en la lucha bajo un nombre distinto. Entre tanto trabajó como encuadernador, cajista de imprenta, impresor de periódicos prohibidos en el fondo de frías cuevas, y luego, otra vez, agitador viajero en fábricas de tabaco o minas de carbón. Una juventud tal, que tenía que renunciar al dinero y a la seguridad, a la cálida y esperanzada cría de hijos, a la consideración entre sus conciudadanos, sin recibir al mismo tiempo la satisfacción de la fama obtenida con escritos u obras, ¿no tiene que hacer a los hombres, si no los quiebra, firmes y cada vez más fanáticos, luchadores apasionados en favor de una comunidad?

Sólo una fe semejante puede apartar del deseo de los bienes generalmente deseados, a un hombre que siente crecer sus fuerzas espirituales, su influencia sobre otras personas, su superioridad. Pudo, como muchos de sus camaradas, haber elegido un papel político abierto, como diputado de la oposición o redactor de un periódico liberal. También así hubiera podido luchar contra los zares y a favor de los obreros. Pero prefería, en lugar de eso, andar enviando a sus amigos de la misma prisión noticias secretas en hojas de periódico invisibles, escritas con leche o con

orines, para entenderse con ellos acerca de una nueva acción o preparar una nueva fuga de los hielos de Irkutsk, en medio de soldados armados.

Una tal vida de conjurado, que nunca se hace legal y que no busca nunca tampoco la compensación material y sonante que persigue el delincuente con su actividad igualmente ilegal, tiene que crear una cínica imagen del mundo en un hombre que ve construirse sobre sí, difuso en el horizonte lejano, el cuadro de una esperanza que no cree va a poder vivir él mismo. De ello tiene que surgir un carácter distinto al del político formado en la Universidad, el Club, el Parlamento; pero también distinto del que corresponde a Hitler o Mussolini, que, en su juventud completamente diferente, no necesitaron nunca, ninguno de los dos, ocultarse o adoptar nombres y disfraces extraños. Esa juventud desarrollada dentro del campo de una tiranía asiática ha dejado en Stalin, a pesar de toda la novedad de sus ideas, la huella de la emulación de los métodos de un tirano asiático.

2

Stalin se mantuvo siempre con pasión en la extrema izquierda radical, combatiendo todo lo que, desde la escisión del partido socialista (es decir, desde el Congreso de Londres de 1903, cuando tenía él veinticuatro años), podía considerarse como «menchevique», esto es, perteneciente a la minoría, y por lo tanto, todo lo que significara reformismo social. No se conformaba con menos que con la solución radical: huelga, terror, atentados, levantamiento popular. Todo esto lo había él aprendido de una persona que, al conocerla por primera vez, acató en seguida como jefe único e incontestable. Era Lenin, que entonces llevaba ya doce años viviendo en el extranjero y que Stalin visitó durante

su permanencia en Cracovia y Viena, y más tarde, otra vez en Finlandia, para recibir de él, primero adoctrinamiento, y luego órdenes.

Los escritos de Stalin muestran bien que él es más discípulo de Lenin que discípulo de Marx. Incluso es posible que tuviera cariño a Lenin. En todo caso, hoy se considera él, aun poseyendo un poder que sobrepasa en mucho al de Lenin, sólo como el segundo suyo, y me decía a mí con sinuosas palabras cuando yo le hablaba de la sucesión de Pedro el Grande:

«Soy un discípulo de Lenin. Mi único deseo es ser digno de él. Si se quiere buscar una comparación, podría a lo sumo compararse a Lenin con Pedro. Yo en todo caso soy tan sólo un discípulo de Lenin».

Como no dudo de la autenticidad de este reconocimiento, sólo por una veneración personal puedo explicarme esa modestia desacostumbrada en un jefe, ese retroceso al segundo plano, que en modo alguno se acomoda a la manera de ser de Stalin y que en toda su vida no tiene otro ejemplo. Caracteres tales no se dejan influir por la gratitud.

Y, además, ¿por qué gratitud? ¿No era más bien Lenin quien, en el fondo, tenía que agradecer a su discípulo? En Stalin encontró Lenin, que siempre actuaba y esperaba en el extranjero, un ayudante ideal, como nunca había tenido otro. La completa sumisión de este hombre, tan capaz de obrar, a sus ideas; la ausencia de toda contradicción en una colaboración de veinte años, aun cuando durante muchos hubiera sido sólo por escrito; esa fe ciega de un hombre que, sin embargo, no es un vulgar empleado sino una cabeza extraordinariamente capaz de iniciativas, aportó a Lenin las mayores ventajas en cuanto a su influjo sobre los obreros rusos, dificultado tan grandemente por la lejanía. Stalin era el embajador de un pretendiente al trono situado en el extranjero. Cuando, durante años, redactaba en Petersburgo la *Pra-*

vda, una pequeña hoja prohibida, recibía los artículos de Lenin y Gorki enrollados en papel de fumar o en cajitas que nadaban dentro de barricas de aceite.

Y era Lenin quien mantenía a Stalin en Rusia. Pues ¿no asaltaría a éste, a veces, el deseo natural de vivir y estudiar algunos años en el extranjero, esto es, en libertad y seguridad? Cuando yo le pregunté si no echaba de menos el conocimiento del extranjero —no conoce ninguna lengua y hasta el ruso lo habla con acento, pues en su casa emplea el georgiano—, negó esa necesidad, y añadió:

«Muy pocos de los que vivíamos en Rusia hemos estado tan ligados en realidad a la vida rusa como lo estuvo Lenin desde el extranjero. Cada vez que yo me acerqué a él, encontré sobre su mesa montones de cartas de políticos rusos, y él sabía más que los que estaban dentro. Y él consideraba una maldición tener que estar fuera. Hoy tienen asiento en el Comité Central setenta hombres de los que sólo tres o cuatro han vivido en el extranjero. Pero yo conozco algunos compañeros que estuvieron veinte años en Alemania y que no tienen información ninguna sobre una cuestión concreta».

La solución radical que predicaba Lenin era consecuencia de la derrota de 1905, cuando fracasó la primera revolución bajo los fusiles del ministro Stolypin; cuando se levantaron en todas las ciudades horcas para los trabajadores a las que llamaba el pueblo corbatas de Stolypin. Entonces huyó Lenin a Finlandia y sólo volvió a ver Rusia en su liberación: Trotski fue desterrado al mismo tiempo a Siberia, y Stalin le siguió muy pronto.

A partir de aquellos actos de terror del Zar, Lenin dio su anuencia y aprobación a cualquier medio que fuera bueno para perjudicar a aquel gobierno, incluso el atentado y el robo; y cuando el partido se vio en una ocasión sin dinero, pues ni siquiera aportaban bastante los casamientos de algunos miembros

secretos del comunismo con viudas ricas de la burguesía, resolvió Stalin, de acuerdo con Lenin, que le aconsejaba desde fuera, intentar un gran golpe. Después de cuidadosa preparación, en un día de junio de 1907, asaltaron a pleno día y en la calle principal un gran transporte bancario que anualmente venía a Tiflis desde la Capital, mataron con bombas en el coche al cajero y empleados, y un jinete se apoderó y huyó con el saco del dinero. Cincuenta hombres quedaron muertos. De los autores no se encontró huella alguna, no se pudo acusar a nadie; pero el partido había adquirido 341 000 rublos en billetes, que más tarde fueron sacados al extranjero sin que se notara.

Esta historia ha sido contada en un libro, algo jactanciosamente y con toda clase de detalles, por uno de los participantes en el hecho, veinte años más tarde. Cuando le pregunté a Stalin sobre ello, salió el campesino que lleva adentro: se puso en pie, alcanzó un pequeño escrito, que contiene algunos datos biográficos sobre él, que naturalmente no dicen nada de lo que yo había preguntado, y me respondió sonriendo: «Aquí encontrará usted todo lo que se refiere a mí».

Cosas tales debieron hacerle a Lenin tanto mayor impresión cuanto que no participaba en ellas. Pero él apreciaba en Stalin, que evidentemente sólo participó de modo ocasional en hechos semejantes, más que nada la labor incansable entre los trabajadores. También para esto era Stalin el ayudante nato inmejorable, porque no había nacido como Lenin en una casa ilustrada y acomodada, sino estrecha y pobre. Cuando Stalin comparaba en Bakú las miserables casas de hojalata de los peones de los molinos aceiteros, con los *chalets* brillantes de los reyes del aceite y de sus directores en la playa del Mar Negro había de apretar el puño dentro del bolsillo.

Stalin, que rechaza todo parentesco de su revolución con los bandidos románticos de la leyenda rusa, ha conservado una cierta debilidad hacia ellos, pero se expresa a su respecto con el be-

névolo menosprecio del auténtico conocedor, algo así como se podría expresar Hitler respecto de los *gangsters* de Chicago: «Nosotros los bolcheviques, me dijo, nos hemos interesado siempre por esas figuras, porque en ellas se refleja la elemental rebeldía de los campesinos contra sus opresores. Pero tales rebeliones aisladas no conducen a nada. La rebelión campesina sólo puede lograrse cuando va ligada a la rebelión obrera y tiene a ésta por directora. Sólo una rebelión controlada puede alcanzar su meta. Los campesinos solos no constituyen una clase independiente».

Lo que desilusiona en tales manifestaciones de Stalin, ciertas en sí mismas, es la lógica pedantesca y el perfecto estilo de cosa para la imprenta en que se expresan. Él es, en un grado inquietante, discípulo de Hegel, a quien todos los revolucionarios, desde Lasalle y Marx hasta Lenin han estudiado: evidentemente es un castigo para la sombra de Hegel, que mora en los infiernos, el que su genio haya de secarse al final en el yermo de las estepas nacionales. Todo lo que dice Stalin lo construye con las tesis, antítesis y síntesis, todo se confirma con cifras y porcentajes, todo entra sin residuo dentro de las conclusiones: el problema aparece resuelto, pero yace muerto por tierra. De aquella manera personal de Mussolini para ver y mostrar el abismo bajo las claves del entendimiento, no hay nada en este hombre tan claro como reflexivo, tan apagado como silencioso, de paso lento y algo resbaladizo y mirada siempre cambiante.

3

Durante cuatro años Stalin había permanecido tranquilo e ignorado. Cuando en el año 1913 le atraparon de nuevo —ello tuvo lugar en una reunión, y en vano trataron sus amigos de disfrazarle rápidamente con ropas de mujer en la habitación de al

lado— la policía del Zar, de cuyas manos había huido ya cinco veces, le mantuvo esta sexta vez más vigilado que antes, y por ello hubo de permanecer en el norte de Siberia hasta la revolución. También entonces fue acompañado de su mujer, de la que más tarde, en medio de la guerra civil, se divorció para casarse con la hija de un amigo.

Un sorprendente silencio hay alrededor de esta época: no sólo porque no intentó huir de nuevo, sino también porque fue libertado a causa de acontecimientos en los que durante tan larga época no había podido influir. Por lo demás, aquella aldea abandonada estaba en las proximidades del círculo polar, y le habían puesto, por si fuera poco, una especial vigilancia. Allí habitaba este hombre de unos treinta años en un paraje embarrizado, azotado en invierno por tempestades de nieve, cazando gansos y patos, ejercitando en verano su paciencia con la pesca, encendiendo fuego y guisando para sí mismo. Allí residía Stalin, que supo del comienzo de la guerra, pero no oyó nada de su curso; leía a Marx y a Lenin, sólo con un amigo, hasta que ambos comenzaron a odiarse en su soledad: siempre esperando, siempre a la escucha.

Cuando por fin, en marzo de 1917 la revolución de Kerenski abrió todas las prisiones rusas, regresó Stalin, pero no como Lenin y Trotski en calidad de guía del mañana saludado con entusiasmo; para eso tenía que esperar aún otros siete años. Su gran condición es la paciencia. Los hombres que no olvidan ningún mal, que son trabajados en silencio por el rencor y la sed de venganza, hombres de paso lento y mirada morosa, de sonrisa sorda, reciben el don de la paciencia como regalo del destino, o la practican hasta que aprenden a aguardar su gran momento.

Junto a esa paciencia, caracteriza a este hombre sin escrúpulos el valor personal que todos los jefes rusos han demostrado. En julio de 1917 en una crítica noche en que los marineros querían romper de una vez, para lo que, según la impresión de Lenin, era demasiado pronto, éste envió a su ayudante Stalin a la fortaleza

de Pedro y Pablo a fin de oponerse al torrente. Ello significaba jugarse el todo por el todo, y visto desde hoy no pierde nada de su valor porque resultaba inútil: los marineros dieron comienzo a la lucha, la perdieron, y Stalin tuvo que huir, como Lenin y los otros. A veces le ha elogiado Lenin en sus cartas por su fidelidad, pero siempre moderadamente. Una vez más se ve que el hombre se acostumbra demasiado rápidamente, en el poder como en el amor, a la fidelidad incondicional, y que lo que ya no tiene que conquistar lo aprecia en poco.

También en la distribución de los altos cargos, cuando en octubre alcanzaron por fin, efectivamente, el poder, dio Lenin a Stalin sólo un puesto de segundo rango, nombrándole Comisario del Pueblo para las nacionalidades, mientras que Trotski se elevaba como Ministro del Exterior a una especie de co-regerencia con Lenin.

Aquí comienza la lucha de diez años entre ambos hombres, que, después de Lenin, son los más nombrados en el mundo. Lenin, a quien no conocí y sólo puedo representarme por retratos, relatos y documentos, era visiblemente superior a uno y otro: un hombre al mismo tiempo fogoso y razonable, al mismo tiempo resuelto y flexible, Pero a Trotski, a quien he visitado en el destierro, y a Stalin, con quien he sostenido una muy larga conversación, puedo compararlos bien.

La cabeza de Trotski delata toda la pasión que los acontecimientos demuestran. Una interesante desarmonía se encuentra expresada en su frente y sus ojos. Stalin tiene una cabeza mucho menos creada por el destino; su frente es hundida hasta llamar la atención, y su mirada está en continuo cambio, por perplejidad y, en parte, por astucia. Naturalmente que las hondas arrugas, esas huellas dactilares del destino, son comunes a los dos. La cabeza de Trotski no está acabada, las interiores contradicciones y tensiones le mantienen joven e inquieto. El cráneo pesado de Stalin produce una imagen unida y no muy cautivadora. Sólo

tienen de parecido las bellas manos; este rasgo lo he encontrado siempre entre los dictadores.

Sus caracteres confirman su fisonomía. Son el ligero y muy ilustrado hijo de un granjero judío acomodado, y el tosco hijo de un pobre zapatero, que se formó tardíamente, los que se encuentran uno frente a otro. Trotski, semejante a Lasalle, muy viajero, receptivo, en parte poeta y en parte

No platónico, es uno de los más brillantes autores de nuestra época; Stalin, trabajando siempre en la sombra, amusical, predominantemente lógico. El uno comparte con Lenin el fuego, el otro la solidez. Trotski tiene el impulso, Stalin la paciencia. Trotski tiene el patetismo y el ímpetu del orador, Stalin el vigor peligroso del silencio. Aquél demasiado abierto, éste demasiado cerrado. En Trotski todo es ágil, habla con facilidad; en Stalin todo pesado, y lee siempre sus discursos.

Podría llamar a Trotski mensajero, y a Stalin guardián. Igual [que] Trotski a un chófer brillante que pasea por todas partes, podría compararse Stalin, con uno de esos tractores que en su país, con un movimiento lento y constante de progreso, aran la tierra, la apartan a un lado y al mismo tiempo dejan en ella una nueva sementera; pesado, inexorable, aplastando todo lo que encuentra en su camino.

¡Cómo hubiera podido evitarse un choque de estos dos hombres en tiempos tan anárquicos, en la estrechez y perentoriedad del trabajo revolucionario! El único que podía suavizarlos era Lenin. Las constantes quejas de uno de sus colaboradores contra el otro, que conocemos por las cartas, fueron allanadas por Lenin con todo cuidado. La naturaleza genial de Trotski sentía un arraigado menosprecio hacia Stalin, al que llamaba «la más destacada medianía de nuestro partido». Stalin, por su parte, desconfiaba en lo más profundo de la flexible y locuaz naturaleza de Trotski, que tan rápidamente comprendía todo. Ninguno de

ellos quería sustraerse a Lenin, aun cuando le amenazaron repetidamente, durante la guerra civil, con la dimisión si el otro no cedía. Cuando las luchas por Zaryzin, el jefe de etapas [comandante en jefe] Stalin se acreditó brillantemente, pero Trotski, Ministro de la Guerra y Mariscal, pensaba de distinta manera y pedía su destitución, Lenin le dejó, sin embargo, en su puesto.

Junto a esto, la simpatía de Lenin por Trotski estaba perjudicada por el hecho de que éste había sido desde el comienzo de la revolución su mayor adversario dentro del partido, es decir, que había continuado siendo menchevique, y como tal, atraía hacia sí la desconfianza de los luchadores más antiguos. Por contrapartida, Lenin se sentía atraído por el genio de Trotski, la educación y las formas de vida en los países extranjeros de Occidente les aproximaban de modo tan natural, la independencia del pensamiento, la múltiple contradicción de Trotski causaba un efecto tan fecundo sobre el Lenin gobernante, que hacía palidecer tras de sí la capacidad y ciega adhesión de Stalin. Responde a una condición histórica el hecho de que dos intelectuales natos hayan dirigido la primera revolución de los trabajadores, así como tiene también su razón histórica el que después de ellos sea un obrero nato el que la ha continuado constructivamente. En el curso de los acontecimientos los Stalins siguen siempre a los Trotskis.

En aquellas luchas por Zaryzin, en el frente meridional ruso, que hoy se llama Stalingrado, todo dependía en verdad de que se pudieran asegurar los abastecimientos, y cuando el desconfiado Stalin se decidió a emplear, contra el criterio de Trotski, oficiales zaristas, hubo de convertirse él mismo por la fuerza de la necesidad y a toda prisa en un general que llevaba la guerra con su puño. En el fondo ambos habían sido hasta ayer hombres civiles. Stalin derribó entonces, mediante un informe de setenta líneas, todo el plan de campaña contra Denikin, y con ello se ganó la guerra contra los planes de Trotski. ¿Qué pensaría éste cuando Stalin dejó de cumplir sus órdenes, aun cuando no llegó a saber

que había escrito sobre un telegrama de su jefe las palabras: «No hacer caso»?

Pero por el contrario, ¿qué experimentaría Stalin al ver cómo subía constantemente la fama de Trotski, mientras que nadie hablaba de él? Por aquel entonces el mundo se asombraba de la obra de Trotski, y la historia le ha atribuido a él personalmente la victoria sobre el ejército blanco. Era el mismo hombre, el literato en apariencia ocioso, que escribía antes de la guerra en su café vienés y del que decía entonces el insensato y optimista conde Berchtold, el causante culpable de la guerra mundial: «¡Voy a asustarme yo de los *socis* rusos! ¿A quién tienen ellos? ¿Es acaso al señor Trotski, el del Café Central?». Pues este mismo hombre había creado el ejército rojo en medio de las circunstancias más tremendas, entre el hambre, la anarquía y los ataques del mundo occidental, y Lenin le había confiado la dirección de ese ejército, del ejército del país.

Pero la revolución juntaba siempre de nuevo a estos dos hombres que se odiaban, y cuando en la primavera de 1919 se salvó Petersburgo del ataque del general Judenitch, precisamente contra la opinión de Lenin, que había querido abandonar la ciudad al enemigo, ambos recibieron juntos la nueva condecoración suprema. Y sin embargo, aun cuando después de la guerra civil ambos figuraban entre los ocho miembros del Politburó, de nuevo tuvo que contentarse Stalin con un cargo de segunda categoría, mientras que Trotski brillaba al lado de Lenin.

No obstante, dos años después hizo Lenin Secretario General del Partido Comunista a su más fiel seguidor. Necesitaba allí una persona incondicionalmente devota, en el puesto en el que se reunía el poder decisivo, mientras que él se convertía en dictador por una ley no escrita. Con este nombramiento, que tuvo lugar cuando Stalin tenía cuarenta y dos años, comienza su poder. Este hombre que había vivido siempre construyendo y combinando entre las intrigas y sectas del partido, que conocía más camaradas

personalmente que Lenin y Trotski juntos, alejados durante tanto tiempo del país, podía emplear ahora su conocimiento personal para dirigir a su conveniencia todas las cien elecciones para soviets grandes y pequeños, haciendo designar amigos y emisarios suyos. Se asoció para este fin con Simovief y Kamenef que formaban en el partido la Troika. Su mejor instrumento, sin embargo, fue su amigo y secretario Molotov, que le era tan devoto como él respecto de Lenin.

4

De repente Lenin se puso enfermo bajo la inaudita presión de estos cinco años. Estaba casi impedido, no podía hablar mucho rato, pero no obstante seguía pensando con claridad, y emitía, aunque de modo irregular, su opinión o sus órdenes. Cuando después de un año volvió para breve tiempo a su puesto, tuvo que asustarse: la Troika había tomado el poder y Stalin, secretario del partido, era el verdadero dueño de la situación. Lenin envió entonces una carta privada a Trotski, que después se ha hecho famosa, para que en una cuestión importante relativa a Georgia, el país natal de Stalin, enviase a Stalin mismo en lugar del ya nombrado. Al mismo tiempo dictó Lenin una carta enfadada a Stalin, en la que rompía con él por haber sido grosero y sucio para con todo el mundo y, sobre todo, para con la mujer de Lenin. Esto lo ha confirmado públicamente más tarde ésta, y Stalin ha guardado silencio. Desde entonces la enemistad entre ambos no ha cedido. La viuda de Lenin es hoy la única persona en Rusia que puede atacar impunemente al dictador.

Cuando murió Lenin un año más tarde, en enero de 1924, el pueblo ruso tuvo el instintivo sentimiento de perder a un gran jefe. La peregrinación a su féretro, desde todas partes del país, en

medio del invierno, fue tan interminable que los camaradas encargaron a un químico de preparar el cadáver para que pudiera mantenerse artificialmente durante algunos días. Sólo más tarde surgió la idea de eternizar los restos para siempre. El sabio que lo consiguió me ha contado esta historia con toda clase de detalles. Hoy el mausoleo de Lenin adosado a los muros del Kremlin hace el efecto de las capillas funerarias de los reyes.

Lenin dejó una carta que valía como testamento, entregada a Stalin, y que inútilmente se quiso guardar secreta. Desde entonces se han publicado en el extranjero versiones repetidas de su contenido aproximado, con un texto siempre casi el mismo. En esta carta Lenin señalaba como sus posibles sucesores sólo a Stalin y a Trotski, pero añadía:

«Las relaciones entre ambos hombres crean el peligro sobre todo de una escisión. Stalin tiene gran poder como secretario general, pero no estoy seguro de que lo emplee siempre con tino. Trotski posee no sólo facultades extraordinarias —pues personalmente es, sin duda, el mejor dotado de cuantos hombres componen el actual Comité—, sino que también tiene una confianza en sí mismo, quizá excesiva, y la inclinación a supervalorar el aspecto puramente oficial… Su pasado no bolchevique no es una casualidad… Esa diferencia entre los dos jefes más capaces podría conducir a la escisión aun contra su voluntad». *Post scriptum*-. «Stalin es demasiado desconsiderado, y si esa falta puede soportarse entre nosotros los comunistas, es insoportable en el despacho del Secretario General. Por eso propongo encontrar un camino para separarle de ese puesto y dárselo a otro que se diferencie sólo de Stalin en que sea mejor, es decir, más paciente, leal, cortés y atento para los compañeros, y no se deje tanto llevar del humor. Estas cosas que a primera vista parecen pequeñeces pueden adquirir un día importancia decisiva».

Poco después de la muerte de Lenin —así me lo contó Radek — se reunieron los diecinueve miembros del Comité de enton-

ces, para escuchar con la mayor tensión lo que su jefe les aconsejaría todavía desde su féretro de cristal. Stalin leyó la carta. Nadie se movió. En el pasaje relativo al pasado no bolchevique de Trotski éste interrumpió para preguntar: «¿Cómo es eso?». Stalin repitió la frase. Y ésas fueron las únicas palabras que pesaron en la hora decisiva.

Trotski impugna ese texto del testamento diciendo que la frase respecto a su pasado estaba redactada de un modo muy distinto, a saber: «Quiero hacer recordar que el episodio de octubre de Simovief no fue naturalmente ninguna casualidad, y que no puede ser empleado como pretexto de ataques personales, al igual que tampoco puede serlo la antigua no pertenencia de Trotski al bolchevismo».

En todo caso el juicio y la advertencia de Lenin parecen ser de un hombre ya medio roto, muy inquieto, y poco preciso. El congreso del partido se ocupó de ello en varios discursos y terminó confirmando a Stalin en su puesto de Secretario General. Ahora tenían que gobernar juntos los dos rivales. Pronto comenzó la lucha por el poder. En apariencia, como un duelo en la prensa, pero en el fondo mediante el hundimiento sistemáticamente practicado por Stalin de la fama y la posición de Trotski entre los soldados y entre los obreros. Esta lucha duró cinco años, y al exterior aparece revestida con los caracteres de una lucha sobre la forma de llevar adelante la revolución.

En lo esencial, ambos hombres deseaban la misma cosa: Estado industrial y expropiación de los campesinos. Trotski tenía, al comienzo, a los obreros a su favor; al final, Stalin tenía a los campesinos, o a una parte de ellos. Lo que diferenciaba a ambos caracteres, y también la forma de dirección del Estado que recomendaban, era el ritmo. Los campesinos, el 85 por ciento de todos los rusos, habían recibido tierra en propiedad: el primero y más fuerte éxito de la revolución. Trotski mismo me dijo: «Es incluso posible hasta la vuelta de los zares. Pero lo que parece

imposible es que los campesinos pierdan la tierra». Pero, exclama Trotski, sobre todo para atacar a Stalin: «No hemos hecho una revolución en las ciudades para fundar en el campo un nuevo capitalismo: ¡La revolución es permanente!». A esto, Stalin responde: «Necesitamos una solución intermedia, como el retroceso temporal de Lenin al comercio privado, que él mismo consideró serio y de larga duración. Trotski, en su constante apresuramiento, se asemeja a un mal jardinero que agarrase las plantas por el tallo, y las arrancase de la tierra para hacerlas crecer».

De esto se deducen dos caminos, mediante los cuales Rusia podría alcanzar la misma meta a velocidad distinta: la revolución permanente de Trotski se conecta con la economía mundial, y considera imposible la autarquía de un solo país. La reforma lenta de Stalin quiere hacer a Rusia independiente en el término de veinte años, poniendo a su disposición todas las materias primas y transformando en fábricas toda la explotación agraria, de modo que este Estado socialista sea modelo para todos los otros, sumidos en la mayor confusión, y entonces estalle por todas partes la revolución mundial. Se remite a la exigencia de Lenin de sólo llevar adelante la revolución cuando al menos otro Estado de Europa se haya hecho socialista, así como invoca también la célebre fórmula de Lenin: «Comunismo equivale a poder soviético más electrificación de todo el país». De aquí el plan quinquenal, una de las mayores empresas de Estado, no menos digna de admiración porque no se haya logrado en seguida ni por completo. La hora en que el jefe burocrático del plan quinquenal encendió poco a poco lámparas sucesivas sobre un mapa gigantesco de Rusia ante la Conferencia del partido para mostrar las nuevas minas, vías de comunicación y diques, fábricas y conducciones planeadas y, en parte, ejecutadas ya, fue una gran hora en la historia de Rusia. El júbilo que suscitó al final el mapa que tenían ante los ojos enteramente iluminado representaba las esperanzas del pue-

blo, riquísimo, pero hasta entonces mantenido en la oscuridad y gobernado por el odio.

Esta pasión por mecanizarlo todo, que nos aterra a nosotros los individualistas y de la que Stalin está poseído, explica también su inclinación hacia los Estados Unidos. Cuando yo le pregunté cómo un Estado puramente socialista podía honrar así al que era Estado capitalista máximo (ello ocurría aún antes del advenimiento de Roosevelt, en 1931), me contestó Stalin:

«No tenemos ningún respeto por todo lo que sea americano, pero sí lo sentimos grande hacia la objetividad de América. Pues aun cuando capitalistas, son, sin embargo, gente sana, o hay mucha gente sana entre ellos, física y espiritualmente, que está enteramente puesta al quehacer o al trabajo. Esa actividad y sencillez tiene nuestra simpatía. A pesar de todo, las prácticas en la industria y economía son allí más democráticas que en ningún punto de Europa. Es un país de colonizadores, sin señores feudales ni condes, y de ahí también las costumbres vigorosas. Nuestros trabajadores, que se han convertido en directores de la economía, lo perciben en seguida. En América es difícil distinguir durante el trabajo a un ingeniero de un obrero».

Para esta obra de transformar por entero, y hasta con relativa rapidez, aunque en la práctica despacio, un país gigantesco, su jefe es el más indicado por razón de su carácter, y parece nacido para ello. Trotski me dijo una gran verdad histórica cuando me confesó:

«Siempre ocurre igual: después de los primeros fundadores, los revolucionarios auténticos, viene siempre un segundo grupo, una serie de gentes de segundo plano, que edifican con los materiales que los otros han creado».

Me lo decía en su casita miserable de madera, abierta a los vientos, en la isla de príncipes Antígona, en medio del Mar de Mármara, a una o dos millas marinas de Estambul. Me lo dijo

con esa hermosa voz, algo alta, que le es propia, en presencia de su mujer, que con mirada seria seguía en silencio nuestra conversación, y cuya profunda comunidad de destino con él tenía que admirar uno. Tal vez pensaba Trotski, que ha estudiado mucho la Historia, en esa identidad de destino con Temístocles, Alcibíades, Cimón, Arístides, que hicieron grande a Atenas, y que sin embargo fueron desterrados.

Y no obstante, la suerte de Trotski hubiera podido ser muy otra. Después de la muerte de Lenin, cuando Stalin se apoderó de la dirección del partido, cuando tendía cada vez más sus redes, Trotski, jefe y favorito del Ejército, hubiera podido arrancársela mediante un golpe de Estado. Pero no tenía, en modo alguno, un carácter napoleónico, y evitó, al igual que Bolívar, del modo más apasionado, la imitación de aquello que hace sospechosa la figura de Napoleón para todos los espíritus libres. Atacó por eso con la pluma y no con la espada, si bien pensaba como Danton: «*Ils n'oseront pas*» [No se atreverán].

Se equivocó. Stalin supo colocarlo primero en situación de frialdad, y después imposibilitarlo. El Politburó, entregado a él, y más tarde el Congreso del Partido, que había sabido convertir con artes casi hitlerianas en su órgano ciego, quitó a Trotski la dirección del Ejército y le dio un puesto en la economía nacional. Se le echó públicamente en cara que traicionaba al leninismo, y pronto la única persona importante que permanecía a su lado era la viuda de Lenin.

Entretanto comenzaron las conspiraciones, exactamente igual que en la época de los zares. Estos hombres habían aprendido todos los métodos y sistemas con los que habían sido perseguidos antes, y los aplicaron ahora a sus propios enemigos políticos. Cuando el décimo congreso anual celebraba la revolución —esa revolución que ninguno entre los vivos había empujado al triunfo tanto como Trotski— un soldado disparó sobre su auto en el cortejo, y un obrero rompió los vidrios del coche. Todo ello fue

a parar al terrible proceso en el que más tarde aniquiló Stalin a sus rivales, a la manera rusa, es decir, en aquella forma medio asiática que durante siglos había dominado en el país. Para entender, y en parte disculpar esta fechoría, basta con reflexionar acerca del hecho de que en este país nunca había imperado la libertad, y el fin político, por entero renovado y transformado, trataba de imponerse y prevalecer por los mismos medios de violencia que eran ayer la costumbre.

De este modo intento yo explicarme el espantoso proceso en que un jefe de Estado condujo a la muerte a sus más antiguos amigos, a causa de crímenes que, aun aceptando que hubieran sido planeados, no iban dirigidos contra la obra y el pensamiento de la revolución socialista, sino contra su accidental jefe y los métodos de éste. Para lo que yo no encuentro explicación aún hoy es para la confesión de los acusados, más deprimente aún y penosa para el espectador que la acusación misma.

Sólo a uno, sólo a Trotski se abstuvo Stalin de acusar y matar. Poco después de aquella fiesta nacional eliminó Stalin del partido a su enemigo, después le desterró, y como Trotski se negara a obedecer fue violentamente sacado por la policía en un auto. Después le expulsó también de Siberia, es decir de los territorios de la Unión, yendo a parar al fin a Turquía cuando ya no le quería nadie. Hubiera debido para ello abrirse un proceso, sin el cual la orden de expulsión fue un acto de naturaleza propiamente hitleriana.

Por lo demás Stalin era lo bastante listo para cuidarse de no aparecer como triunfador, tanto más que no buscaba una posición espectacular: se contentaba con el sentimiento del poder y no necesitaba su brillo. Se muestra raramente, apenas habla de sí mismo, cede siempre la presidencia del partido, del que sólo es secretario. En la lucha con sus adversarios le basta la venganza y no necesita ningún teatro político.

5

Quien entra en el Kremlin, es recibido por Napoleón. Una «N» de oro se encuentra encima de las bocas de los muchos cientos de cañones que fueron instalados aquí como botín de la campaña rusa del Emperador. Los controles ejercidos por la guardia de la entrada fueron mínimos —ya pude haber llevado conmigo toda clase de armas, pude también haber sido una persona distinta de la que era—, y ello me sorprendió aquí, como me había sorprendido en Roma. Mis amigos dicen que se me tenía en todas partes por un pacifista y se sacaba de ello la falsa conclusión de que yo no podría cometer un atentado.

Allí el dictador ocupa en dos piezas extremadamente sencillas de un edificio anejo, y con la misma sencillez está instalado con su familia en otra casa del Kremlin. Su habitación de trabajo parece más bien el higiénico consultorio de un médico, y el hombre mismo, dentro de su chaqueta gris clara, una especie de chaqueta militar sin botones ni insignias, hace también el efecto de estar terriblemente bien limpio. En la larga mesa está todo apilado, sin gusto y con exactitud: botellas de agua, ceniceros y montones de papel. Si no viese en la pared la señorial frente abombada de Marx, que a mí me recuerda siempre a una persona cara, podría uno creerse en la oficina X del ministerio en la capital Z.

La perplejidad en que pone a este dictador un visitante occidental le va bien a un hombre de tan gran poder. No ve a casi nadie, y por eso me invitaron los embajadores de dos grandes potencias, acreditados en Moscú desde hacía años, a contarles con toda exactitud «cómo era él en realidad». La mayor sencillez personal, condición que le caracteriza, es bien comprensible en un hombre de entendimiento que no quiere convertirse en un maniático de grandezas. Pues el culto que arrastra tras de sí es tan ridículo como el que se practica en Roma y Berlín. Cuando yo

le pregunté a este propósito por qué permitía que en todas las vitrinas aparecieran bustos y retratos suyos, siendo así que esto contradice la teoría de Marx, para quien sólo las cifras producen la Historia, me contestó:

«Se equivoca usted. Su verdadera teoría de que, en realidad, son los hombres quienes hacen la Historia se encuentra en la *Miseria de la Filosofía* de Marx. No a la manera que implicaría descubrimientos de la fantasía, sino con arreglo a ciertas condiciones que para estos hombres se encuentran dadas. Los grandes hombres adquieren su valor de eficacia sólo en la medida en que aprecian debidamente tales condiciones; en otro caso se convierten en Quijotes. Marx no contrapone hombres y circunstancias, ni tampoco negó nunca el papel de los héroes. Y, en lo que yo puedo juzgar, son hombres ciertamente quienes hacen la Historia».

Cuando le pregunté después si no gobernaba aquí también un solo hombre en lugar de un consejo, me mostró las dieciséis butacas alrededor de nuestra mesa, y dijo: «Tres revoluciones nos han enseñado que de cien decisiones noventa resultan equivocadas. Nuestro comité cuenta con setenta miembros, entre los cuales figuran los mejores directores de industria, los mejores comerciantes, los mejores agitadores, los mejores conocedores de la agricultura, de las nacionalidades. Cada cual puede corregir con su experiencia una resolución».

«Si ustedes son tan demócratas en esta casa —repliqué yo—, ¿por qué gobiernan desde hace catorce años de forma cada vez más cruel, de manera que en su Estado toda la gente les teme?».

A esta brusca interpelación —pues yo me había propuesto ser áspero y descortés en el Kremlin—, dio Stalin una larga y tranquila respuesta sobre la historia de los bolcheviques, demasiado blandos en los comienzos, y dijo por fin, que mi error en este punto era cosa vulgar. «¿Cree usted verdaderamente que sólo mediante la intimidación podría sostenerse uno en el poder du-

rante catorce años? ¿Sólo persiguiendo a la gente con el miedo? Los zares entendieron a maravilla este oficio y ¿dónde fueron a parar? El temor es una cuestión de la mecánica de la Administración. Durante uno o dos años se puede despertar temor. Y entre los campesinos, en ningún caso. Nuestros obreros y campesinos no son tan apocados como usted cree. Si Europa se imagina que nuestras gentes son flojas como los viejos señores territoriales rusos que se divertían en París, se aprecia mal el deseo que sienten de ser interpretados por su jefe. Plejanov, que disfrutaba de una gran autoridad, fue rápidamente olvidado por la multitud tan pronto como empezó a claudicar políticamente. Trotski, también hombre de gran autoridad, fue olvidado. Y cuando se les recuerda es sólo con un sentimiento de rabia».

Como en este punto se interrumpiera Stalin malhumorado, y pintase con su lápiz rojo, que no dejaba de funcionar, un signo ilegible que clérigos orientales hubieran interpretado como un anatema, volví a preguntar sobre Trotski.

«Si se habla con obreros activistas —me contestó Stalin, ahora con una frialdad sorprendente—, el noventa por ciento se expresarán acerca de él con rabia y encono. ¿Preguntaba usted por el miedo? Sí, una pequeña parte de los campesinos, los kulaks, tienen miedo: temen a los otros grupos de campesinos. También en la vieja burguesía, y entre los comerciantes, se produce el mismo fenómeno. Pero entre los campesinos y obreros adultos hay a lo sumo un quince por ciento que sean capaces de callar por miedo. Por lo demás, nuestros obreros tienen tras sí tres revoluciones, y con ellas la bastante experiencia para deshacerse de sus jefes cuando no les gusten».

Después le llevé hacia el sorprendente viraje con el que se separaba el comunismo en época reciente de toda igualdad, y Stalin me dio una larga respuesta doctrinal, en que señalaba que por lo pronto era imposible una sociedad socialista perfecta, en tanto

subsistieran clases y en tanto el trabajo fuera todavía para muchos una carga y sólo para unos pocos una necesidad vital:

«A cada cual según sus aptitudes y según su rendimiento: tal es la fórmula marxista para la primera etapa del socialismo. En la etapa perfecta cada cual rendirá lo que pueda y será retribuido según sus necesidades. El socialismo no ha negado nunca la diferencia en cuanto al gusto, las necesidades y la cuantía de éstas. Marx atacó el mal igualitarismo precisamente. En Occidente se creen que nosotros queremos reunir todo y luego repartirlo por igual. Esto estaba bien para Cromwell, pero no para nuestro socialismo científico».

6

A pesar de todo, las puras ideas revolucionarias dirigen a Stalin, como dirigieron a Lenin. Cuando un revolucionario ha perseguido sin interrupción durante cuarenta años la misma meta, sólo cabe considerar posible un cambio en sus concepciones cuando éstas ponen en peligro su puesto. En realidad, Stalin, como todo dictador, sería hombre muerto si retrocediera. Hitler puede acentuar tan pronto el aspecto nacional como el aspecto socialista, y esforzarse por realizar uno u otro, pues ambos figuran en el nombre de su partido; también Mussolini puede jugar en un amplio sector con sus formas económicas, y lo ha hecho. Stalin podrá oprimir la libertad de sus obreros, pero no puede colocarles ante las narices otra clase con mayores derechos y mayores ingresos, no puede volver a restablecer las clases, ni lo quiere.

Lo que contra él preparan sus enemigos, no lo sabemos. A una serie de atentados ha contestado con el rapto y muerte de un enemigo importante, ruso blanco, en París, que parecía ocultarse

tras esos atentados. Pero aun cuando Stalin sólo tuviera presente el deseo de mantener su poder personal, tendría que seguir siendo socialista. Pues si el pueblo, que en realidad tiene más miedo del que él quiso reconocer en su conversación conmigo, deseara otro sistema, hubiera elegido como jefes otros hombres por completo distintos.

Por eso su alianza con la Alemania capitalista es también enteramente distinta a la alianza de Mussolini con el capital. Mussolini comenzó su marcha hacia el poder con un viraje; fundó su partido y su ejército sobre una nueva doctrina completamente alejada del socialismo. Esa vuelta la dio ya en 1915, cuando tenía treinta años. Stalin, por el contrario, no ha cambiado en su régimen nada de lo que Lenin no hubiera cambiado en tales circunstancias, ni tampoco el propio Trotski. Por eso yo no puedo interpretar su alianza con Alemania, concertada cuando él tiene sesenta años, sino como un aterrizaje entre dos etapas de su vuelo.

Naturalmente, con ello quiere consolidar su posición, pues ha reincorporado casi sin desenvainar la espada las viejas provincias rusas. ¡Es lo más natural para un gobierno poco escrupuloso atacar al vecino débil, cuando nada tiene que temer por su conducta de la parte del vecino fuerte! La indulgencia hacia los pequeños Estados pesa menos en la moral y en la mente de un dictador, que la indulgencia entre hombres privados en caso análogo.

La diferencia está en saber las finalidades que se sirven con ello. Si Stalin no quisiera otra cosa que una Rusia que comprenda tantas millas cuadradas como en tiempo de los zares, entonces sería también él un pequeño Hitler. Entonces desconocería tanto como éste el espíritu de la época, que no se dirige hacia imperios mundiales, sino hacia imperios sociales. En contra de este supuesto habla su vida entera, su doctrina, su herencia; y sus propias faltas hablan también en contra.

Al conquistar sin lucha nuevos territorios y engrandecer el país, despertando la fantasía con ello de los millones de personas que han oído hablar a sus padres de una Riga rusa, quiere Stalin al mismo tiempo ganarse a aquellos que callan por temor, y que no son, como él me decía, el quince por ciento, sino tal vez el cincuenta por ciento, o quizá más. Pues ahora, después de diez años de transformación, y una vez que Rusia no sólo se ha hecho independiente, sino que por primera vez aparece como un gran país exportador, puede tener la esperanza de inquietar al mundo occidental cada vez más rápida y notoriamente con una presión progresiva y creciente. No puede ser la intención de un hombre tan fanático, lógico y paciente; no puede ser la intención de un tan apasionado discípulo de Lenin y Marx, traicionarlos a ambos, y obrar de acuerdo con los fascistas. Antes bien, se propone hundirlos.

Todo el mundo pudo comprender que Hitler y Stalin quisieran engañarse el uno al otro al concertar su pacto. Pero no todos saben que Stalin tiene muchas más perspectivas de ganar en este gran juego. Cuando yo le pregunté por su ambición, y acerca de si tenía que refrenar o acelerar su fuerza de actuación, me replicó:

«Según. En ciertas circunstancias puede ser un estimulante, pero de ordinario es un obstáculo para el destino de una persona».

«¿Destino? —le contesté—. ¿Cree usted en el destino?».

De repente se puso por primera vez estirado, me miró por primera vez abiertamente, y por primera vez hizo una pausa. Después me dijo con voz dura:

«No. No creo en el destino. Eso es un prejuicio. El concepto es absurdo. ¡El destino! Eso es una cosa de los griegos, que tenían dioses y diosas dirigiéndolo todo. Una cosa mística. En tal mística, yo no creo. Se han dado causas por las que yo no sucumbí en

la guerra. Pero es una casualidad que sea yo el que se sienta aquí ahora, y no otro».

Un hombre tal es más fuerte que su antípoda místicohistérico.

UN CUARTO DICTADOR: PRUSIA

Tenga cuidado, amigo, que son prusianos. Quieren siempre saber todo mejor que las otras gentes.

GOETHE

1

Desde hace más de cien años se asombra el mundo viendo a dos Alemanias que, una junto a otra, atraen y repelen al mismo tiempo, de modo constante, a los contemporáneos. ¿Cómo es posible —se preguntan los extraños—, que del país de Goethe, Kant y Beethoven surjan siempre nuevos ímpetus bárbaros que ya no mancillan a ningún otro país, aun cuando sea de menores rendimientos espirituales?

La respuesta es simple: todo lo que ennoblece el nombre alemán en el mundo procede de la Alemania no prusiana. Pero, en cambio, todo lo que se designa como peligro alemán es en realidad peligro prusiano. Si conseguimos demostrar esta tesis en las páginas que siguen, habremos ofrecido el medio de separar las condiciones apreciables de los alemanes y las nocivas —a saber: aislar a Prusia cuando se concierte la paz.

En este sentido, habría que designar a esta guerra como guerra contra Prusia y no como una guerra contra Hitler, pues una Alemania sin Hitler no significaría garantía alguna. Este es un hombre que en cualquier momento puede ser sustituido por otro; pero Prusia es una enfermedad que urge poner en cuarentena. Quien conteste riendo que es demasiado pronto para vender la piel del oso todavía no cazado, olvidaría que en 1919 fue demasiado tarde para decidir acerca de cómo había de establecerse la paz, y así fue como se precipitaron y fracasaron. Los gobiernos tuvieron más tiempo entonces para preparar la guerra que para preparar la paz. Lo mismo puede volver a ocurrirnos ahora si no comenzamos enseguida. En estas páginas se ofrece a la discusión pública una nueva propuesta.

A los efectos de ésta llamaremos, por abreviar y generalizando algo, alemán del sur a todo lo que, siendo de lengua alemana dentro del Reich actual, no es, sin embargo, prusiano. Antes de ahora se ha hablado de la línea del Main, pero esto equivoca a los extraños. No prusiano es, pues, no sólo Austria, Baviera, Suabia, Badén, sino también los principados sajones, el Sarre y la Renania, pues Renania está unida a Prusia contra su voluntad. De los setenta millones de alemanes que comprende el nuevo Reich, incluidos los alemanes austríacos —pues Checoslovaquia no es, ni siquiera formalmente, un territorio del Reich—, viven hoy en Prusia treinta y dos. El territorio prusiano asciende hoy también a poco más de la mitad del territorio alemán. Teniendo en cuenta el conjunto de los factores, un Estado federal que mereciera este nombre en el sentido mismo de los Estados Unidos tendría, pues, que reservar a Prusia el cincuenta por ciento de la influencia. En realidad, hoy tiene el cien por cien.

Sólo quien cuente tan sólo con las votaciones —que precisamente no eran decisivas en el viejo Imperio alemán—, podrá decir que esta cifra es una exageración; Pero quien haya estudiado el espíritu de Prusia imputará a este país toda la responsabilidad por lo que ha llegado a ser Alemania, cuando menos desde hace ochenta años. La fatal separación de Estado y Espíritu, que distingue a la historia de Alemania de las de todos los otros pueblos cultos, sólo se inició con la preponderancia prusiana.

En el nuevo Reich los actuales elementos que lo componen no están reunidos, como los de Inglaterra y los de Francia, por una necesidad interna, sino por la conquista, la violencia y la amenaza. En este proceso nunca ha sido sacrificada Prusia, sino que siempre salió ganando. Mientras que en los libros de Historia se enseña que Prusia ha hecho grande a Alemania, nosotros afirmamos que Prusia ha conducido tan mal a Alemania que para el futuro es necesario privarla de su posición dictadora.

2

Una ojeada retrospectiva sobre la historia de Prusia mostrará al lector que aquello que alemanes y extranjeros odian como afán y codicia prusianos, es cosa que no proviene de los últimos tiempos de supremacía. Los pecados de Prusia dentro de la comunidad alemana son, por el contrario, tan viejos como Prusia misma, y, por lo tanto, se remontan trescientos años atrás, en esa época, al final de la Guerra de los Treinta años, Prusia está integrada por Brandenburgo, Baja Pomerania y Prusia oriental. En el siglo XVIII Prusia, reino a la sazón, se desarrolló hasta el doble de su volumen al conquistar Silesia, Prusia occidental y media Polonia, Varsovia incluida, hasta casi exactamente la nueva frontera que ahora acaba de construirse. En el siglo XIX se incorporan todavía grandes trozos del occidente alemán, y en el Tratado de Versalles vuelven a desprenderse grandes trozos orientales, pues la pérdida territorial de Alemania en la paz de Versalles afectó tan sólo a Prusia.

Todos los soberanos prusianos han tenido inculcada por sus padres, como postulado básico de gobierno, la máxima de engrandecer constantemente a Prusia a costa de Alemania, aun cuando sea mediante la entrega de territorios alemanes.

El príncipe elector Federico, y el rey Federico, a quien después se ha llamado el «Grande», se mantuvieron en esta dirección antialemana y la intensificaron. Los celos de los Hohenzollern contra los Habsburgos, odio de advenedizos y protestantes contra una vieja estirpe católica, era más fuerte en ellos que la misión natural histórica de defender a Alemania contra las expediciones de conquista de Francia. El gran Príncipe Elector se obligó en 1679 a promover la elección del rey de Francia, su hijo o un protegido como Emperador de Alemania, y recibió por ello del Rey Sol durante diez anualidades una renta de cien mil li-

bras. Mientras que no detenía a Francia en Alsacia, se negaba, si no era mediante pago especial, a detener a los turcos ante Viena.

Medio siglo después: el rey Federico Guillermo I, en el año 1713, deja abandonado al Emperador alemán en Viena, y para ello proporciona a Francia Estrasburgo. Otro medio siglo: su hijo Federico el Grande recomienda en su primer testamento —que sólo más tarde fue dado a conocer— apoyar siempre a Francia contra Austria, incluso en el Rhin. Cuando los austríacos volvieron a cruzar el Rhin para reconquistar Alsacia y Lorena, atacó Federico en Austria; y en el segundo testamento invocó la ayuda hasta de los turcos y sardos.

Por cuarta vez un rey prusiano traiciona la unidad alemana cuando de nuevo avanzó contra Alemania la joven República francesa: se sustrajo a la coalición germánica, cedió en la paz de Basilea la orilla izquierda del Rhin para que Francia le asegurara a la derecha del Rhin grandes territorios a costa de sus aliados alemanes. Y también después, cuando Napoleón batía tan sólo a Austria, se regocijaban los prusianos. Al recibirse en Berlín la noticia de la victoria napoleónica en Austerlitz, reinó el júbilo en casa del filósofo prusiano Fichte, quien llega a escribir: «Yo no soy alemán, ni quiero serlo. Soy prusiano, y además, prusiano patriota».

Por todos los medios de la persuasión, llegando hasta la revuelta, pudo por fin coaccionarse al rey prusiano, después de su derrota frente a Napoleón: contra su voluntad, proclamada durante años, se obligó con la violencia moral a este prusiano a que consintiera al pueblo hacer la guerra contra el país enemigo. Medio siglo más tarde, en 1849, comparece ante el rey de Prusia una delegación del Parlamento alemán reunido en Fráncfort para ofrecerle la corona del Imperio alemán. Pero el rey la rechaza y declara que este ofrecimiento tiene adherido el olor a carroña de la Revolución; no acepta ninguna corona del pueblo; sólo la recibe de manos de Dios.

Y mientras tanto ¿cómo estaban las cosas en el interior? ¿En qué se diferenciaba la Prusia en formación de los otros países de la Europa de la misma época, en cuanto se refiere al edificio político y las costumbres sociales? Los países al este del Elba habían sido conquistados como colonias. El ejemplo actual del señor Hitler ilustra acerca de la manera como trataba Prusia a esos países, considerándolos como Estados negros de África, poblándolos a la fuerza con campesinos alemanes, en parte secuestrados y en parte aterrorizados. Los campesinos alemanes fueron reducidos a la condición de esclavos y obligados a prestaciones de tal naturaleza como sólo eran ya posibles por aquella época en Rusia. Una capa social dominante, que se llamó a sí misma los *Junkers*, y que amenazaba constantemente al rey con deponerle y destronarle si no hacía su voluntad, ha sido durante trescientos años la médula y el tronco de toda la Historia de los Hohenzollern. Permanecieron hasta dentro de la República de Weimar, donde Hindenburg y Papen se regalaban a sí mismos y a sus parientes del este del Elba bienes territoriales, o los aseguraban con un dinero que ahora recibía el bonito nombre de «subsidio del Estado». Todavía hoy, bajo Hitler, permanecen intactos los privilegios de aquellos *Junkers* prusianos en cuanto a dinero y puestos de mando. Son los únicos elementos que han sobrevenido durante tres siglos a todas las transformaciones.

Hasta entrado el siglo XIX, el campesino no tenía libertad de domicilio ni gozaba del derecho a casarse sin permiso del señor de la tierra, que se sentía, tal «por la gracia de Dios», no menos que el rey. Y eso, en una época en que campesinos y burgueses habían sido libertados tiempo atrás en el Rhin por las ideas francesas, y en Baviera por el poder de las ciudades florecientes, mientras que en Weimar el Ministro de Estado Goethe prohibía respetuosamente a su señor y duque que destrozara los campos de los labriegos con sus cacerías.

Estos súbditos prusianos, agarrados con ganchos de acero al servicio de las armas, obligados por la recluta forzosa y el secuestro al servicio militar para el rey, no eran ya el ejército de un país; pues por el contrario, Prusia era el país de un ejército. «El hijo del *Junker* que instruye, en el juego, a los hijos de los campesinos —escribe el general Von York— los adiestrará luego excelentemente como oficial, y las dirigirá contra el enemigo». En un lado los palos, en el otro el honor militar; la sombría presión que nada puede aliviar, a un lado; y la altanería, al otro: ¿cómo podría desarrollarse ahí espiritualidad, amor al prójimo; cómo podría desarrollarse siquiera un escrúpulo, cuando toda virtud está allí condicionada por el miedo a la revuelta?

El «Estado-presidio» —así se llamó a la Prusia de Federico el Grande— no llevó la cultura alemana, como se afirma hoy, a los países prusianos, sino que fundó una situación zarista allí donde la pequeñez de las proporciones hacía mucho más peligroso que en la propia Rusia todo intento de evasión. Las virtudes que inculcaban a los hijos de los ciudadanos los suboficiales que hacían las veces de maestros se llamaban miedo, disciplina y obediencia. La doctrina luterana era también un medio del Estado, obligándose al clero a enseñar de todos modos el origen divino del príncipe y la obediencia que Dios ordena observar a los súbditos, cosas que hacía proclamar con maligna sonrisa el gran ateo Federico.

Lo que en otros Estados se llamaba Constitución era para la Prusia de Federico el Grande el presupuesto del ejército, y nada más. No hay que comparar a Prusia con Inglaterra; basta compararla con otros países alemanes donde florecieron mucho tiempo los derechos del ciudadano. Pero en ella todo se hacía a favor de aquellos *Junkers* sobre cuya benevolencia descansaba el poder del rey. Ningún ciudadano tenía el derecho de adquirir mercancías, pues todos los productos estaban destinados al ejército: cereales, metales, tejidos. Los ministros de Estado se llamaban ministros

de la Guerra; los consejeros de Hacienda, consejeros de Guerra, y hasta 1918 todo empleado de correos tenía que llevar uniforme en Prusia.

Por todo eso no es maravilla que el rey soldado golpeara con su bastón a un recluta díscolo, al mismo tiempo que gritaba: «¡Tiene el deber de amarme, de amarme!». Era, pues, muy natural que Federico el Grande, su hijo, obligase a sentarse a tejer a hombres, mujeres y niños, y limitara la duración del luto para colocar la producción de telas de lana en colores. Para desarrollar los impuestos llevó al país funcionarios franceses, que consideraba más refinados, y para asegurar el impuesto de la molienda hizo destruir los molinos de mano que los campesinos habían fabricado para sus necesidades domésticas. Cuando quería colocar a algún viejo espadón estúpido y sin cultura, lo nombraba presidente de una provincia, cosa de la que entendía tan poco como ciento cincuenta años después el viejo espadón Hindenburg. Como los actuales, ese dictador se aferraba fanáticamente al propósito de aumentar la población para tener más soldados, e hizo encerrar a un párroco que había impuesto penitencia a una muchacha agraciada porque de sus asuntos de amor aguardaba un soldado.

Y todo eso, para producir hombres típicamente no alemanes, ya que Prusia había llegado a ser medio eslava por la mezcla con habitantes del este del Elba; y todo eso, para provecho de unos miles de orgullosas familias de *Junkers*, alejadas de toda espiritualidad; y todo eso, para esclavizar a millones de campesinos. El patriota alemán Ernst Moritz Arndt los describe como «hombres que nunca tienen una cólera viril, nunca un amor orgulloso, nunca una voluntad propia; que, como si fueran ovejas, son vendidos, cambiados, regalados o cedidos. Los suizos, los francos, los de Hessen, los tiroleses, los de Holstein —¡qué sentido tan orgulloso y libre han mostrado siempre!— Quiero deciros por qué los habitantes de las montañas y de los países accidentados

son gente tan vigorosa. Las condiciones de esos países no permiten a los grandes señores extenderse tanto con palacios y parques como la llanura».

Las cifras vienen a confirmar esta visión del problema, pues hasta el día de la fecha, en los países de *Junkers* del este del Elba el cincuenta por ciento de todo el terreno está formado por fincas de nobles, superiores a doscientos kilómetros cuadrados, mientras que en la Alemania del Sur propiedades de tal extensión no llegan a ocupar el uno por ciento de la superficie.

3

Todo eso llama la atención de los extraños menos que el *happy end* que Bismarck pudo encontrar para la cuestión alemana. Nuestros contemporáneos han visto prosperar ante sus ojos, desde 1871 a 1918, un Reich floreciente y unido. Lo han considerado a ratos con desconfianza, siempre con respeto, y no se han preguntado nunca si en realidad era una rosa profundamente arraigada. En otro lugar he dudado yo públicamente de esa firmeza, mostrando cuáles eran las fuerzas centrípetas en el cuerpo de la nación alemana.

Nuestros padres quisieron esa unión, pues reunir las diversas ramas de una nación es lo que correspondía a la marcha del siglo. Quien hoy reprochara a Bismarck el que no hubiera debido fundar el Reich sin Austria, podría también dirigir reproches a los fundadores de los Estados Unidos por haber incluido en la Federación trece de ellos y no, desde el comienzo, cuarenta y ocho.

La solución ideal de fundar una Alemania habitada tan sólo por alemanes era imposible bajo los Habsburgos, en cuyos estados aparecían los billetes de Banco en siete lenguas, porque esta dinastía dominaba siete pueblos distintos. En tanto subsistiera es-

ta singular estructura habsburguesa sólo era posible una unión alemana sin incluir esa Monarquía. Cuando se desmoronó en 1918, la incorporación de su pequeña parte germánica al Reich alemán era tan natural que formaba el contenido del primer párrafo de la Constitución austríaca de 1918. Ningún hombre liberal podía oponerse a esa inclusión, y por eso resultó tan difícil para ciertos intereses vieneses la necesidad de combatir la incorporación. Fueron los grandes Bancos e industrias, aquí como también en el territorio alemán de los Sudetes, quienes impidieron esta unión natural en el momento en que, aprovechando el caos de la derrota, era todavía posible hacerla contra la voluntad de la Entente.

Lo que impuso Hitler en 1938 mediante la violencia era el deseo de todos los alemanes, aunque sin violencia ninguna. La incorporación de Austria sobrevivirá de seguro a la nueva guerra, pues sería absurda una segunda segregación de este pequeño pueblo de seis millones de habitantes que le separe de sus hermanos alemanes. Lo que aterraba a los austríacos y al mundo entero no era el hecho, sino la forma, y muy en especial el régimen de los nazis, que realizaban la anexión a su favor.

Lo que para el día de mañana se hace necesario no es el restablecimiento de los veintidós principados del Imperio alemán bismarckiano ni la separación de Austria: es la segregación de Prusia. Veinticinco millones de alemanes del norte pueden formar un Estado, y cincuenta y cinco millones de alemanes del sur, otro. En cuanto a religión, los dos tercios de los Estados de la Alemania del Sur pertenecen a la cultura de Austria. La resistencia cesaría en todas partes cuando por fin se suprimiera la dirección prusiana.

4

¿Y qué fue Bismarck? ¿Un episodio? Yo, que durante un decenio he estado en lucha con lo que él significó, y que de nuevo vuelvo a sentirme atraído por su genio, hoy que he revisado a fondo mis ideas, podría responder: Bismarck fue un meteoro. Durante un breve lapso su brillo deslumbró a Europa, y cruzó y perturbó la ruta de las grandes estrellas; después desapareció sin efectos ni ley, sin dejar tras de sí nada más que el recuerdo del espectáculo pirotécnico de su aparición encantadora.

¿Y acaso es poco eso? ¿No se fueron al fondo los imperios de los grandes reyes de la Historia, sin dejar otra cosa que la leyenda de su persona fascinante? ¿No dejó Napoleón su país más pequeño y pobre que lo había encontrado?

Y sin embargo, la fantasía de todo un siglo se encendió al conjuro de su figura. En los últimos decenios he visto crecer el nombre de Bismarck en países extranjeros, mientras que menguaba en Alemania. Lo mismo ha ocurrido con Napoleón en su país y en el resto del Mundo; hoy todavía el único lugar donde se le critica es París.

Conocemos los errores y limitaciones de Bismarck, revelados también en aquellos casos en que su actuación no se encontraba entorpecida, como en el caso de Austria, por condiciones naturales adversas. La riqueza de sus dotes, la gran naturaleza problemática que él representa, se mantendrá quizás todavía un siglo, simbolizada en su expresivo rostro, en la fantasía, cuando menos, de los alemanes.

Tampoco puede decirse que su obra fuera inútil. Por primera vez, en la figura de Bismarck, aparece ante el mundo el experimento alemán, único y grandioso, con todos sus peligros. Si él o su espíritu hubieran regido el Reich cien años más de la misma manera que lo rigió después de la unión, se hubiera convertido en una estructura, ya no peligrosa, sino consolidada; no ya aterradora en su novedad, sino embellecida por la pátina. Pues Bis-

marck fue el último baluarte levantado en Prusia contra la altanería y el imperialismo. Él fue quien impidió con toda clase de esfuerzos una nueva guerra en Europa durante doce años, quien al fin aceptó la adquisición de colonias sólo en forma muy limitada y con cierta resistencia.

Este prusiano creador del Imperio alemán no amó nunca a Alemania. De manifestaciones confidenciales y cartas se deduce que consideraba a los otros Estados alemanes como colonias de Prusia, y que sólo frente a Austria sentía respeto y atención, porque estaba fuera, y porque del antiguo enemigo había hecho un aliado. El punto supremo de su política fue que Bismarck —en agudo contraste con lo hecho por Hitler— se abstuvo de tomar una Viena conseguida mediante las armas, porque prefería tener a sus costados un amigo libre mejor que un vasallo rencoroso. La paz a que obligó Bismarck contra el deseo de los generales victoriosos fue la primera paz wilsoniana de la Historia moderna.

Lo mucho que había hecho en pro de Alemania pudo verse claro cuando el joven heredero y emperador despidió al anciano Bismarck, y llevó a la ruina al pueblo alemán con pasos temerarios, en alas de la violencia prusiana y de la arrogancia de los Hohenzollern, empleando las mismas frases y con el despliegue del mismo brillo que hoy pone en escena su sucesor, en lugar de llevarle hacia los tiempos de dominación que le prometía. En ninguna parte se ve tan netamente la diferencia entre Bismarck y Guillermo como en la prehistoria de sus guerras respectivas: en 1870 Bismarck supo aislar como un maestro al enemigo, mientras que Guillermo en 1914, e Hitler en 1939, como guías inexpertos, se pusieron al mundo enfrente.

Sin embargo, mientras que Guillermo creía en un bello porvenir, con la ingenua confianza de un diletante endiosado, Bismarck estuvo atormentado en sus últimos años acerca de si su obra era lo bastante consistente. La duda contiene ya la negación. En sus memorias escribe que no cree en la subsistencia de Alemania,

caso de que un día fueran todos sus príncipes derrocados al mismo tiempo. Veinte años después de su muerte se produce el caso, y el Reich sigue subsistiendo. Ahora nos encontrarnos ante la perspectiva de disolución. El presentimiento de Bismarck va a convertirse ahora en realidad y, por cierto, como suele ser el destino de las profecías, con una variante.

5

El ardid decisivo de Bismarck en la fundación del Imperio, en el año 1871, fue que el emperador hubiera de ser siempre necesariamente el rey de Prusia. A ello iba ligado el poder supremo: el alto mando del ejército imperial y el derecho a declarar la guerra en nombre de todos los Estados alemanes. Esto era una novedad revolucionaria en la historia de Alemania, y todavía en las primeras semanas de la guerra de 1870 no había estado seguro Bismarck de si Baviera marcharía a su lado contra Francia. Era como si el Estado de Nueva York tuviera para siempre el privilegio de que su gobernador fuera el Presidente de los Estados Unidos, y al mismo tiempo el general en jefe del ejército americano.

Y más aún. Pues mientras que Roosevelt no puede declarar hoy guerra alguna sin la anuencia del Congreso, el rey de Prusia podía en todo instante adoptar por sí solo una decisión en materia que afecta el destino, y no sólo al de Prusia precisamente. Mientras que en el Reich ningún ministro era responsable ante el Reichstag, sino sólo ante el Canciller, a quien el emperador despedía a su libre arbitrio, se confiaba con el título de Kaiser toda esta maquinaria al rey de Prusia, poniendo así en sus manos el destino del Imperio. De modo que durante medio siglo ha gobernado Prusia a Alemania sin limitación alguna, convirtiendo de hecho a los veintiún príncipes en gobernadores de provincias,

con mucho menos poder que el que tienen en América los gobernadores de los Estados. Un solo e incontrolable hombre de uniforme gobernaba y, como los hechos mostraron, llevaba a la ruina a todo un pueblo: entonces como ahora.

Igual que en una gran farsa, en agosto de 1918, ya en la catástrofe, se produjo un acontecimiento del que no se rió el mundo entero porque estaba demasiado cansado y triste para ello; la dictadura militar prusiana ordenó, por decreto, la parlamentarización del Imperio. Es decir, que el Mariscal Hindenburg se descargó de la responsabilidad de la guerra, que él había perdido, sobre los hombros de unos centenares de ciudadanos inocentes, llamando a eso «la elevación de los alemanes a la categoría de pueblo emancipado».

Entretanto, ¡adonde iríamos a parar si dedujéramos de una derrota la interior corrupción de un sistema! Prusia podía muy bien considerarse nacida para sostener el Estado y seguir mandando en Alemania, a pesar de Versalles, cuya culpa le era imputable. No por un solo golpe del destino puede desconocerse la capacidad de un pueblo para el gobierno. Después de los reyes, de cuyo egoísmo hablamos, vamos a ver ahora las aportaciones del pueblo mismo, y a situarlas ante el juicio de la Historia.

6

El pueblo alemán, que está compuesto por una docena de ramas (algunos hacen subir la cifra aun a dos docenas), el pueblo más mezclado de Europa, y el que tiene menos justificación para cualquier especie de prejuicio racial, ha producido obras que se cuentan entre las creaciones más altas del espíritu humano. Aunque no hubiera podido presentar otra cosa que Goethe y la música alemana, se hubiera asegurado ya con ello frente al orgullo de

cualquier otro pueblo. En la historia del espíritu moderno ningún pueblo se encuentra por encima del pueblo alemán.

Pero por cualquiera parte que abramos las páginas de esa historia resultará, para sorpresa de los extraños, que todos los espíritus de primera categoría proceden de la Alemania del Sur y que ninguno de ellos es prusiano. Este hecho adquiere mayor significación cuando se pregunta a los pueblos extranjeros qué entienden por grandeza alemana. ¿Contestarán acaso diciendo que son los margraves o reyes, citarán al general Gneisenau o al general Scharnhorst? No; contestarán: Lutero, Goethe, Beethoven, Mozart, incluso el nombre del Brandenburgo sería desconocido del mundo actual si Bach no se hubiera dignado denominar así algunos conciertos. ¿Ha salido de Prusia —con excepción del Gran Federico, a quien se juzga de modos diversos— un solo soberano que pueda contar en la Historia entre príncipes del rango de Carlos V, el Rey Sol o Enrique IV?

¿Porqué el mundo apenas si tiene interés hacia todos esos príncipes electores, reyes y emperadores prusianos? ¿Por qué no han sido trabajados por la leyenda o la poesía, como tantos príncipes menos poderosos de todos los rincones de la tierra? Porque no avanzaron en ninguna cosa, porque no quisieron ni crearon nada más que un incremento de su poder y su tesoro, el ensanchamiento de sus fronteras, siempre a beneficio de una casta cuyo apoyo empleaban siempre en perjuicio de su pueblo. De Prusia no ha salido ninguna idea política, ni ninguna revolución. De las tres únicas lamentables rebeliones que el pueblo alemán se ha atrevido a llevar a cabo contra sus príncipes en quinientos años, la primera, la rebelión campesina, apenas si se extendió hacia el Norte, y las otras dos, la de 1848 y la de 1918, se iniciaron en Alemania del Sur y fueron derrotadas en Prusia. Dos siglos después que Inglaterra, y un siglo después que Francia se hubieran levantado con nuevas y claras ideas, llevándolas más allá del Rhin, Prusia seguía estando dominada por *Junkers* que superaban

en ranciedad de espíritu, codicia y orgullo de clase a todo lo que había sido barrido hacía tiempo en los otros países de Europa.

¿Qué pensaba de sus queridos súbditos el más famoso de todos los reyes prusianos? «Esta nación —escribía Federico el Grande en su testamento— es torpe y floja; una masa que se mueve cuando se la empuja, pero que permanece inerte cuando se deja de empujarla un momento. Cada cual sabe tan sólo aquello que ha oído de su padre; nadie pide saber lo que ocurre en los otros países». Lo que no escribe ni ve es que él es, en verdad, quien empuja esa masa, pero no la instruye. En la misma época, en otras cosas de gobierno alemanas, príncipes alemanes y, en las ciudades mercantiles, burgueses alemanes producían y estimulaban el espíritu y la belleza, con obras maestras, en construcciones y en libros, en filosofía y música, de manera análoga a lo que ocurría al mismo tiempo en las dinastías y ciudades de Francia e Italia.

Pero aquellas catedrales y claustros que hoy visita el extranjero en Alemania, aquellos parques, palacios, castillos y casas consistoriales, se encuentran casi todos en el oeste y en el sur, y tanto Berlín como las otras ciudades de Prusia tienen muy poco que enseñar de esas cosas. Lo que se pintó, cinceló y edificó desde el siglo XVI en países alemanes procede de manos y cerebros alemanes del sur; lo que se escribió de poesía y música, de genios alemanes del sur; la música floreció en las pequeñas cámaras de Viena y Múnich, mientras que el filisteo berlinés sudaba bailando la polca en los jardines de las cervecerías. Los pensadores e investigadores que personifican en el extranjero la gloria de Alemania no han sido ninguno de ellos prusianos.

En el curso de trescientos años, Prusia, parte del pueblo más musical del mundo, no ha producido ni un solo gran músico; en cuanto a investigadores y pensadores, junto a sabios como Helmholtz y Virchow, sólo ha producido en suma tres espíritus de primera categoría, el poeta Kleist y el filósofo Herder, a quienes

si apenas conoce el mundo no alemán. Herder odiaba tanto a los prusianos que, cuando huyó de su patria, se hizo grabar en una sortija de sello un pájaro libertado de la jaula. Y luego viene Kant. Este *único* prusiano, que pertenece al mundo, es tan sólo medio prusiano pues su madre era de Núremberg. A pesar de sus precauciones como profesor real prusiano, dirigió manifestaciones políticas contra el espíritu prusiano, siendo por ello amonestado por el ministro, y destruyó todos los ideales prusianos en su libro *La paz perpetua*, escribiendo contra el nacionalismo y la educación militar.

Como bloques erráticos se levantan solitarias estas tres figuras en la estepa prusiana. Sin embargo, entre el sur y el oeste, al otro lado de la frontera de Prusia, resplandece el templo del espíritu alemán adornado con cien estatuas.

En él están Gutenberg de Maguncia, Kepler de Suabia, Copérnico de Thorn, Durero, Cranach y Holbein de Baviera y Franconia, Grünewald de Suabia, Erasmo de Holanda, Lutero de Sajonia. Y en la *cella*, Goethe y Schiller, Lessing y Wieland, Klopstock y Hölderlin, Bach y Haendel, Haydn y Gluck, Mozart, Schubert y Weber. Siguen después Schuman y Wagner, Brahms, Strauss y Bruckner, Feuerbach y Schwind, Jean Paul y Novalis, Schopenhauer, Hegel y Fichte, Schelling y Nietzsche, los hermanos Schlegel y los hermanos Grimm. Siguen los sabios Schliemann y Mommsen, Liebig y Bunsen, bajando desde ahí hasta los espíritus de categoría inferior que hoy representa el espíritu alemán, como Zeppelin o Richard Strauss: todos ellos son no prusianos, todos alemanes del sur o sajones o austríacos o hanseáticos. El resto, como Beethoven o los Humboldt, es, en general, de sangre medio alemana, medio extranjera, o fueron judíos, como Mendelssohn y Meyerbeer, Offenbach, Heine y Marx.

De este modo, al hacerse una distribución del espíritu alemán por países y territorios, aparece bien distinta la parte de Prusia de

la que corresponde al resto de Alemania.

Ni siquiera los grandes generales y hombres de Estado que han influido en la historia alemana son prusianos, con las únicas excepciones constituidas por Federico y Bismarck. El príncipe Eugenio era francés, Tilly holandés, Wallenstein checo, e incluso el barón Von Stein, Hardenberg, Gneisenau, Scharnhorst, Keith, York, el viejo Dessauer, el viejo Blücher y el viejo Moltke no nacieron prusianos.

Si se quisiera reunir lo que han escrito contra el espíritu de Prusia los mejores espíritus alemanes, resultaría de ello un bonito libro de propaganda en el que habría que reservar sólo a Nietzsche todo un capítulo. «Ningún estado, escribe Novalis, ha sido tratado más como si fuera una fábrica que Prusia desde Federico Guillermo I». O bien Lessing: «¿Qué tenía yo que buscar en la galera desesperada de Prusia? ¿Cómo puede estarse sano en Berlín? Todo lo que allí se ve tiene que llenarle a uno la sangre de bilis». Herder llamaba a Prusia el imperio de Pirro; Winckelmann manifestaba que prefería ser un turco castrado a un prusiano. Klopstock huyó de Prusia hacia Dinamarca. Herder hacia Riga. Winckelman hacia Roma.

El propio Goethe tenía tal horror de Prusia que sólo estuvo en Berlín por pocos días una vez en su vida, a pesar de lo cerca que queda de Weimar, y cuando regresó a Silesia, su informe comenzó con el verso: «Lejos del hombre civilizado, al fin del imperio, en el oriente»; en otros pasajes se burló de «la casta de los osados».

¡Quién, después de una revista semejante de los creadores de la cultura alemana, podría confiar aún el predominio a una de las ramas del pueblo que se ha elevado hasta él al margen de esa cultura y sin participar en ella, apoyada sólo en la superioridad de sus cañones, en su disciplina más rígida; que mediante el terror y la penalidad ha obligado a aquellos ciudadanos que quisieron

cultivar la emoción musical del espíritu humano a refugiarse para ello en sus cámaras privadas, olvidando la existencia del Estado!

Como los caracteres que dominan en Prusia necesitan una honda zanja que los separe del pueblo, tuvo que producirse en éste un tipo temeroso y obediente, mientras que las multitudes ligeras de Austria, desligadas por la ironía y la broma, se unían con más dificultad, se organizaban peor, pero se dejaban conducir más fácilmente en la vida común. Mientras que el ciudadano prusiano, en inseguridad permanente, era empujado, cada vez con más prisa, a hacerlo todo lo mejor posible, el alemán del sur gozaba de la vida al aire libre. Aquél produciría y veneraría mejores militares; éste, artistas más grandes. Berlín y Viena aparecen otra vez como Esparta y Atenas. Pero ¿qué es hoy Esparta? Lo más que pueden alcanzar los prusianos en la Historia es que se hable de ellos como se habla de los espartanos: considerándolos un pueblo valiente, sobrio, carente de necesidades y por completo desprovisto de interés, un pueblo que nada ha dejado tras de sí.

Como allí, también basta aquí el paisaje para distinguir a los favorecidos del destino de los perjudicados por él. Pues mientras que en Austria se ve diversificarse los paisajes más idílicos, en Brandenburgo y Pomerania, Prusia y Silesia, se extienden los yermos campos de papas sobre cuya infinitud se levanta de vez en cuando una casa roja, que parece una prisión, y que efectivamente lo es.

7

Goethe, que ha escrito las palabras más amargas acerca de los alemanes, manteniendo el récord junto a Nietzsche, reconoció

también el peligro de la centralización, y dijo: «Cuando se piensa que la unidad de Alemania ha de consistir en que el muy grande Reich tenga un solo palacio de gobierno, se incurre en un error… ¡Qué es lo que hace grande a Alemania sino su maravillosa cultura popular, que se ha abierto paso igualmente en todas las partes del Reich!».

De estas palabras de Goethe se deduce la posibilidad de volver a desarrollar una cultura alemana dispersa, incluso sin los príncipes, con sólo que se prive de su poder a la capital peligrosa, cuyos señores actuales se han apoderado del mando en el Estado y en la economía con los peores medios, y que en todo tiempo y bajo todos los regímenes han traicionado los intereses alemanes. Precisamente, desde Bismarck esto ha vuelto a evidenciarse de un modo aterrador ante el mundo. Su época, y sobre todo la de Guillermo II, han actuado en un sentido antiartístico. Pensadores e investigadores, pintores y escultores, se han sustraído al Estado prusiano en los últimos setenta años, en tanto que no buscaban honores ni dinero de la corte y de la sociedad, llegando a crear un premio popular privado para el teatro. Todo lo que resta para el mundo de la época de Guillermo II ha surgido contra su voluntad.

También entonces la razón de ello era el predominio de una clase cuyo desprecio por el espíritu no era menor que el que hoy sienten los nazis. El monopolio de los puestos ministeriales y diplomáticos por la nobleza prusiana tenía la doble consecuencia de que casi siempre estaban mal servidas estas posiciones oficiales de decisiva importancia, y que las mejores cabezas burguesas eran ahuyentadas de la aspiración a estas actividades.

¿Qué había cambiado desde hacía doscientos años? El gusto de la edificación berlinesa era mucho peor; los monumentos habían llegado a ser absurdos, las imágenes destinadas a honrar a los Hohenzollern se habían convertido en objeto de chistes populares. Cuando en la famosa avenida de la Victoria se descubrió el

monumento a un rey vicioso y mezquino que, en mármol blanco, adelantaba pomposamente su pierna derecha, era de notar tras él como un pequeño Hermes, la figura de Kant, que había sido su súbdito.

¿Qué había cambiado desde hacía doscientos años? Cuando Federico Guillermo I oyó, estando en la mesa, que el célebre profesor Baumgarten era un gran hombre, creyó que mediría unos dos metros y podría figurar como buen granadero en su colección de mozos altos. Mandó que fueran a buscarlo al atrio de la Universidad, hizo que se lo presentaran después de la parada en Berlín, y se encontró con un sabio pequeño y viejo de frente ancha, que se inclinaba ante él. Entonces exclamó espantado el rey: «Yo creí que era un hombre grande. ¡Pero si es una basura de hombre! ¡Puede irse por donde ha venido!». Esto era en 1710. Cuando en 1910 se produjo en Berlín una disputa entre sabios sobre si un cierto busto procedía de Leonardo da Vinci o era una falsificación, discusión en la que participaron los mayores entendidos, Guillermo II, descendiente de aquel rey, se hizo llevar el busto, lo miró, y declaró enseguida: «¡Ni una palabra más! Es un Leonardo auténtico».

¿Qué había cambiado desde hacía doscientos años? Si Federico el Grande, cuando le desagradaba algún hombre del pueblo lo hacía azotar y lo encerraba, Guillermo II gritaba en la parada a los jóvenes reclutas: «Sólo mi voluntad gobierna. Si yo os mando disparar sobre vuestros propios hijos, tenéis que obedecer». Y no fue hace doscientos años, sino sólo treinta, cuando en el Landstag (Dieta de Prusia) se propuso para secretario a un viejo *Junker*, y otro noble de la asamblea arguyo entonces: «No puede ser. No sabe escribir».

Por todas partes dominaba a su arbitrio, aun contra las prescripciones de la ley, el poder militar. Cuando, poco antes de la gran guerra, un comandante prusiano prometió en la ciudad alsaciana de Zabern, diez marcos a cada soldado que, en un alter-

cado, derribase a un alsaciano, el comandante fue, por lo pronto, arrestado; pero le absolvieron luego en el proceso que se le siguió, y el Kronprinz se adhirió a él en un telegrama con palabras iguales a las que más tarde dirigió Hitler al asesino condenado por haber dado muerte a un comunista de Silesia. El espíritu de 1914 y el de 1932, en Alsacia y en Silesia, manifestado por un grosero e inculto Hohenzollern y un grosero e inculto oficial de tapicero, es el mismo: es el espíritu prusiano, que antepone la fuerza al derecho, y el arrojo a los escrúpulos.

El último emperador se sentía tan soldado que ninguno de sus súbditos le vio nunca en traje civil. Bismarck, a quien no le caía bien ningún uniforme, aparecía, en los años últimos, de uniforme en el Reichstag, porque de este modo le testimoniaban más consideración. Por otra parte, odiaba a los militares que trataron de cruzarse constantemente en la política de paz de su segundo período. Yo he conocido todavía en Prusia sabios que llegaron a ser, en su juventud, tenientes de reserva y que se ponían su uniforme militar en el cumpleaños del Kaiser, cubriendo con las bajas insignias de teniente su barba blanca y sus largos cabellos de filósofo. Hombres de fama europea hacían imprimir en sus tarjetas de visita el título *teniente de reserva*, o se hacían llamar en casa por el mucamo: «Mi capitán». Había historiadores que falsificaban los hechos para merecer una condecoración de los Hohenzollern, y el destacado profesor de historia Lamprecht escribe, un año antes de la guerra mundial, un panegírico de Guillermo II. El número de desafíos no sólo decidía acerca del rango del estudiantado, sino que también servía como criterio de selección entre médicos y químicos, prefiriéndose aquellos que habían estudiado en una corporación arriesgada o servido en un regimiento bravucón.

Todos esos fenómenos eran y son todavía hoy prusianos, pero no por ello son alemanes. En Múnich y Viena, en Darmstadt y Weimar, en Hamburgo y Heidelberg se mantuvieron todavía

bajo Bismarck y bajo Guillermo la cultura y la literatura, y las pequeñas cortes de los príncipes eran el objeto de burla de todos los prusianos. Todavía decenios después de la reconciliación, el odio a Prusia es apreciable en Austria. Yo he escuchado este odio manifestarse con estrépito, durante la guerra mundial, en medio de la colaboración de dos aliados, tan pronto como se cerraban las puertas. Quien más tarde se resistió en Austria a la incorporación al Reich, lo hizo por odio a Prusia.

8

¡Y ahora estamos ya tan lejos! Hay una prueba concluyente de que el aislamiento de Prusia distendería el íntimo humor de todos los otros pueblos alemanes. El intento de Hitler de unir los pequeños Estados y ramas supuestamente abandonadas por la caída de los príncipes ha fracasado, a pesar de todos sus medios de violencia, como el intento idéntico realizado por la República de Weimar. El pueblo, los pueblos no querían, y en realidad no por que los bávaros odiasen a los suabos, sino porque ambos juntos no podían soportar a los prusianos.

Las cosas se han empeorado bajo el gobierno de Hitler. La destrucción de las más hermosas plazas de Múnich ha suscitado un profundo rencor entre los muniqueses. La ocupación de la mayoría de los altos cargos por prusianos ha sustraído a Hitler la participación en su partido de millones de alemanes del Sur. A esto se añade el catolicismo que predomina en el Sur. El odio de Hitler contra su patria, Austria, el desprecio con que la ha tratado siempre, la divinización del espíritu prusiano en que encuentra juntos brutalidad y mecanismo, cosas que todo dictador necesita, ofrecen testimonio simbólico de su propia alma, que quiere elevarse constantemente con las durezas marciales, militaris-

tas, pues se siente débil por naturaleza. La gran venganza de Austria por la batalla de Sadowa es que Hitler se haya hecho prusiano.

Ya no se puede creer que bastaría derribar a Hitler para encontrarse de repente con una Alemania dirigida por una orientación nueva. Los alemanes han elegido y reelegido a este hombre, y aun cuando hubo millones de personas que votaron a la fuerza, otros millones eran realmente entusiastas suyos. Llamar a la guerra una guerra contra Hitler es preparar un nuevo error mundial, a saber, el de considerar a Hitler como un fenómeno no alemán. Al menos, lo es prusiano en alto grado. Todo lo que él aporta, sus métodos y sus ideales, son prusianos viejos, y solamente se han agudizado porque él es un tránsfuga hacia el prusianismo y todos los conversos quieren mostrarse siempre exagerados. Lo que actualmente combate el mundo, es, no un simple aventurero, sino el guía simbólico de millones de alemanes que, de no haber encontrado a Hitler, hubieran elegido a un hombre de condiciones análogas, y con seguridad no a uno que tuviera mentalidad distinta. Todo lo que dice, y sobre todo la manera como lo dice, es típicamente prusiano. Por eso en ninguna parte es tan bien entendido como en Prusia. En Alemania solamente se ha imitado esa mentalidad a causa del gran éxito que ha venido procurando en aquel país.

Por el contrario, en Prusia hasta el obrero está tan explotado que señala siempre su servicio militar como la más hermosa etapa de su vida, en canciones y en sus conversaciones de la cervecería. En vano buscaron algunos jefes libertar a sus camaradas de esa ilusión. La historia del partido social-demócrata en Prusia demuestra claramente que tuvo allí más organización y menos espíritu, más obediencia y menos ideas que otros partidos hermanos, como por ejemplo el de Austria. Entre los socialistas alemanes todo iba tan bien y con tanto esplendor como entre las tropas durante la guerra mundial; hasta que tanto aquéllos como

éstas perdieron la partida. Mientras que los socialistas vieneses lucharon en la calle contra su gobierno, los socialistas de Berlín cedieron el campo sin ninguna resistencia cuando los nazis los desplazaron, simplemente, porque estaban acostumbrados a obedecer. Pues también entre los trabajadores el espíritu prusiano era más fuerte que el de la revolución, y por eso se perdió la revolución alemana.

La separación de los alemanes en Norte y Sur, que proponemos nosotros, no es ni difícil ni deshonrosa. Las administraciones de los distintos países del Reich y Austria están tan hechas que pueden ser separadas como compartimientos independientes. Y en lo que afecta al honor, ambas partes entrarían como miembros de derechos iguales en la federación de Estados europeos, federación ésta que se preparará definitivamente después de la guerra actual. Podría la Alemania no prusiana llamarse «Reich meridional», «Reich oriental», «Reich danubiano», «Reich alpino», o bien «Unión Alemana», pues el nombre no le hace.

Lo que importa más en esta nueva partición y fundación, en que veo yo el fin primordial de la guerra, no es tanto la forma política y la delimitación de fronteras como el espíritu de la partición misma, pues el prusianismo no es ámbito político cuya extensión y número de habitantes haya que fijar por las estadísticas. El prusianismo es una actitud espiritual más agudamente circunscrita que la actitud alemana general. Al prusianismo pertenecen también algunos millones de alemanes no prusianos, mientras que algunos millones de prusianos lo rechazan.

Eso lo mostrarán los plebiscitos que harán también necesarias en el oeste separaciones de provincias. Pues tanto la forma de gobierno como la frontera habrán de fijarse, naturalmente, mediante plebiscitos, y será el estado de ánimo de ochenta millones de alemanes el que decida si quieren tener dos reyes o dos repúblicas federales. Y cada cual decidirá si quiere pertenecer a Prusia o a la Unión Alemana.

Berlín y Viena son las capitales indicadas, y no pueden ser sustituidas por Fráncfort y Múnich, pues Berlín fue desde hace muchos siglos la capital de los fundadores de Prusia, como Viena fue siempre la capital del viejo imperio germánico. No puede nadie prodigar el tesoro de una tal tradición, tanto más en Viena, donde una situación única sobre el río y a la salida de las montañas se ofrece en una metrópoli, con toda la grandiosidad de edificios y establecimientos. Además, la gente de Fráncfort y de Colonia que pertenecía a la Unión Germánica, estaría a sólo una hora escasa más de vuelo de Viena de las que ahora necesita para ir a su actual capital, Berlín.

Las fronteras se determinarían por la voluntad del pueblo y no por recuerdos de conquistas, divisiones o negocios oscuros con que los reyes de Prusia han reunido sus países. Pues como Prusia es lo menos querido en el occidente alemán, las provincias renanas y Westfalia, al menos, se declararían a favor de la Unión Germánica. Su deseo coincidiría entonces con la voluntad de Europa, que no ha querido ver nunca el Rhin en manos prusianas. Todavía hoy es difícil calcular las cifras que corresponderían a una y otra formación, pero quizá no será muy equivocado el atribuir a Prusia veinte millones de habitantes y sesenta millones a la nueva Unión Germánica.

Entre estos dos Estados alemanes separados son de presumir probables tratados de comercio, unión aduanera, moneda común, y toda clase de intercambio que corresponde a dos culturas de la misma lengua. Lo único que Europa no debería consentir nunca al fundarlos es un parlamento común y un ejército común.

Pues si en la paz venidera no se les ocurriera a los señores otra cosa sino un desarme unilateral, que despertase rencor sin ofrecer seguridad, también esta segunda guerra mundial habría sido inútil. Los Estados Unidos de Europa con un ejército federal, o al menos con una flota federal (única salvación de Europa, a fa-

vor de la cual empezamos ya a escribir en 1917), estarían en peligro, sin embargo, si uno de los Estados miembros fuera una Alemania gigantesca, no dividida, pues la tradición guerrera de los prusianos constituiría dentro de la Unión un permanente foco de intranquilidad. Sólo como Estado de segundo rango puede ser soportada en el futuro Prusia sobre el mapa. Por su habilidad y sentido de los negocios será pronto tan importante en la vida económica como una gran potencia, sólo que ahora sin dientes venenosos.

Para esto resultará decisivo que las ramas menos militarizadas del pueblo alemán, los Estados menos mecanizados y más espirituales, el hogar de los ciudadanos independientes con menos miedo a la autoridad, presenten reunidos los mejores elementos alemanes. Prusia aislada y empequeñecida, rodeada de Estados alemanes y no alemanes pacíficos, influida por sus hermanos alemanes independientes del otro lado de la nueva frontera podrá acreditar actividad, aplicación y organización en la industria y el comercio, en el tráfico internacional, en los descubrimientos y en la ciencia. Pero con la dirección de todos los pueblos alemanes habrá perdido en cambio aquella peligrosidad con que ha inquietado al continente europeo desde hace ochenta años. El mundo recibirá por fin dones y obras alemanes, sin las amenazas prusianas.

EPÍLOGO

Al comparar los tres dictadores, salta a mis ojos la nota común de una voluntad de poder que no consiente ningún escrúpulo, que aniquila a todo enemigo, que no conoce moral ninguna, consideración o caballerosidad. De ahí viene el fin de toda libertad para aquellos sobre quienes dominan, la asfixia de todo discurso viril de oposición, el menosprecio de la multitud, la persecución del espíritu.

A pesar de ello, la posición de cada uno de los tres dentro del Estado es diferente: Hitler y Mussolini, carentes de una idea política fundamental, sin escuela ni dogma, prontos a introducir cualquier forma de la sociedad que mantenga su poder. Stalin, el único heredero entre ellos, realizando formas que ha recibido de manos de otros y que nunca puede suprimir. Aquellos dos, por lo tanto, más aventureros y jugadores que Stalin.

Si se comparan los tres caracteres, se verá que los tres hombres están ligados por tres sentimientos profundamente arraigados: mínima capacidad de amor, gran capacidad de odio y un predominante sentimiento de sí mismos. Otras condiciones les separan en grupos distintos, a saber:

Stalin y Hitler están unidos por sentimientos predominantes de venganza, que aparecen más débiles en Mussolini, así como por la falta de ilustración.

Stalin y Mussolini están unidos por el coraje, la paciencia, el realismo, la normalidad sexual, el desprecio del dinero. Estas cinco condiciones son ajenas a Hitler.

Hitler y Mussolini están unidos por la vanidad, la falta de humorismo, la superstición, el desprecio de la multitud y el desprecio de la idea que fingen servir. Estas cinco condiciones son ajenas a Stalin.

Resulta de ello que, de los tres, el único convencido es Stalin, el único con personalidad Mussolini, y el único loco Hitler.

A base de estos caracteres y de la situación interna de sus países pueden deducirse consecuencias relativas al porvenir. Dejando aparte la eventualidad de atentados y enfermedades, con que no se puede contar, puede conjeturarse que al final de la guerra Stalin permanecerá todavía en el poder, Mussolini sólo en el caso de continuar neutral, y Hitler, en ningún caso.

De manera análoga pueden trazarse sus posiciones en el mundo que venga. El hombre que ha transformado a Rusia tiene ciertamente su puesto en la historia. Es una cosa llena de significación el haber despertado un país gigantesco, medio dormido, para continuar luego transformándolo en un país de alto desarrollo técnico. Pero un hombre que agranda su país sin fundar una nueva idea o cultura, sólo puede alcanzar la fama y la perpetuidad si es una gran personalidad. Una Victoria que alcanzase Hitler no podría mantenerse para los alemanes más allá de un decenio, y una victoria de Mussolini para los italianos, más allá de tres años. Por el contrario, la derrota de los dictadores significaría para sus propios pueblos la salvación.

Pues la guerra tiene que concluir con el restablecimiento de la libertad personal en el interior, y con la unidad de Europa en el exterior. Se apartará el mundo con hartazgo de todos los tribunos populares que han fundado su poder en el estrépito y los desfiles, la fotografía y la radio. Se rechazará como cosa de mal gusto el reclamo en la vida del Estado que ha envilecido la política. Los tres dictadores que han quitado la libertad y la vida a millones de seres para afirmar el sentimiento de sí mismos, serán

olvidados tan rápidamente como Napoleón III, quien durante veinte años ha sido más poderoso que ellos y del que no ha quedado nada, mientras que, en cambio, han quedado de su tiempo Hugo y Offenbach. Cuando los nombres de Hitler, Mussolini y Stalin hayan sido olvidados fuera de sus países, seguirá hablando la historia de Zeppelin, de Marconi y de Gorki. Recaerán, después de la guerra, el poder y el influjo otra vez en el hombre de Estado que sea menos actor y más técnico, menos orador y más especialista. El aire de circo y de cine en que respiran los dictadores de nuestros días será sustituido por un cuarto de trabajo bien ventilado, donde se negocie en lugar de amenazar, y donde en lugar de tronar se arriesgue incluso la sonrisa.

EMIL LUDWIG (Breslau, 1881 - Moscia, 1948) nació en el seno de una familia de la alta burguesía judía y estudió derecho en diferentes ciudades europeas, pero pronto descubrió su interés por la escritura. Trabajó como periodista en el *Berliner Tageblatt* y obtuvo un enorme éxito con sus biografías. Tras el triunfo del nazismo en Alemania, se nacionalizó suizo en 1932. En 1933 Goebbels lo consideró un escritor peligroso y se quemaron públicamente todos sus libros.

Notas

[1] Fecha en que su autor nos remitió este capítulo; los subsiguientes acabaron de llegar a nuestro poder el 15 de noviembre. (*N. del E. de la primera edición*). <<

ÍNDICE

Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia 2

Prólogo 8

HITLER 10

I UN HISTÉRICO CREADOR DE HISTORIA 12

1 12

2 24

3 27

4 33

5 36

6 42

II HITLER ANTE LA JUSTICIA 49

III PRONÓSTICOS 60

MUSSOLINI 64

1 66

2 67

3 72

4 78

5 82

6 84

7 88

STALIN 93

1 95

2 99

3 103

4 109
5 116
6 119
UN CUARTO DICTADOR: PRUSIA 123
1 125
2 127
3 132
4 133
5 136
6 137
7 142
8 146
EPÍLOGO 151
Sobre el autor 154
Notas 155